

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

● Jornada "Pro Orantibus"	583
● Los Medios de Comunicación al servicio de la auténtica paz.....	585
● Ante la solemnidad del Corpus Christi	588
● Carta pastoral en el Día Nacional del Apostolado Seglar y de la Acción Católica	590
● Carta a los misioneros en la Jornada de los Misioneros Diocesanos	595
● Carta a los diocesanos en la Jornada de los Misioneros Diocesanos	597
● Carta a los familiares en la Jornada de los Misioneros Diocesanos	600
● Discurso inaugural en la LXXX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal	602
● Homilía en la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo	617
● Presentación de la Exhortación Apostólica Postsinodal "Ecclesia in Europa"	622
● Carta pastoral con ocasión del Día del Papa	631

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

● Consejo Presbiteral.....	634
● Nombramientos	637
● Sagradas Órdenes	639
● Defunciones.....	642
● Actividades del Sr. Cardenal. Junio 2003	643

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

● Visita pastoral a la parroquia de San Sebastián Mártir	645
● Visita pastoral a la parroquia de Santa María de los Ángeles	648
● Fiesta de la Cofradía del "Cristo Universitario de los Doctrinos"	651
● Visita pastoral a la parroquia de Madre del Rosario	658
● Jesucristo, sumo y eterno sacerdote	662
● Visita pastoral a la parroquia de los "Santos Juan y Pablo"	668
● "Corpus Christi"	672
● Clausura de la visita pastoral al Arciprestazgo de Coslada-San Fernando	676

VICARÍA GENERAL

● Actividades diocesanas	681
--------------------------------	-----

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

● Defunciones	686
● Actividades del Sr. Obispo. Junio 2003	687

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- | | |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| ● Homilía en la eucaristía de la clausura del curso 2002-2003 del Centro Diocesano de Teología | 689 |
| ● Homilía en el día del Sagrado Corazón de Jesús | 693 |

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- | | |
|-------------------|-----|
| ● Defunción | 697 |
|-------------------|-----|

INFORMACIÓN

- | | |
|---------------------------------------------|-----|
| ● VIII Curso de teología para jóvenes | 698 |
|---------------------------------------------|-----|

DELEGACIÓN DE ASOCIACIONES DE FIELES

- | | |
|---------------------------------|-----|
| ● Nueva Junta de Gobierno | 700 |
|---------------------------------|-----|

Iglesia Universal

ROMANO PONTÍFICE

- | | |
|----------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| ● Exhortación Apostólica Postsinodal "Ecclesia in Europa" | 701 |
| ● Mensaje para la 37 ^a Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales | 777 |

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Cauchó, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teleline.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXI - Núm. 2750 - D. Legal: M-5697-1958



Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

JORNADA PRO ORANTIBUS

Mis queridos hermanos y hermanas:

En la solemnidad de la Santísima Trinidad -el domingo 15 de junio- la Iglesia en España celebra la Jornada «Pro Orantibus», de la vida consagrada contemplativa.

En este año el lema escogido por la Comisión Episcopal para la vida consagrada *«La Vida Contemplativa: brocal de intimidad»* quiere poner de relieve uno de los mensajes que el Papa **Juan Pablo II** dirigió a los jóvenes el pasado día 3 en Cuatro Vientos: *«Sin interioridad el hombre moderno pone en peligro su misma integridad»*.

Las monjas y los monjes contemplativos, de los treinta y ocho monasterios de nuestra archidiócesis, nos dan testimonio -con su vida dedicada a la oración- de que, cuando se promueve el espíritu contemplativo, todo lo humano llega a su verdadera y definitiva plenitud. La vida contemplativa, por medio del monacato, estuvo presente en la formación cristiana de Europa, por eso el Santo Padre nos decía: *«Contribuiréis mejor al nacimiento de la nueva Europa del espíritu abierta al diálogo y a la colaboración con los demás pueblos en el servicio a la paz y a la solidaridad, si no separáis nunca la acción de la contemplación»*. La vida contemplativa de nuestros monasterios, además del testimonio de sus personas y comunidades, nos estimula a todos a unir en la existencia cristiana la oración y la acción pastoral y apostólica. Gracias a los

contemplativos podemos crecer en vitalidad dentro de la comunión eclesial al servicio de la misión evangelizadora.

Los cinco santos que fueron canonizados por el Papa en la Plaza de Colón el primer domingo de mayo, vivieron su entrega heroica a Dios y a los hermanos gracias a la experiencia interior de Jesucristo, alcanzada y madurada en la oración. Entre ellos figura una contemplativa y mística de nuestros días, la madrileña Santa María Maravillas de Jesús, que supo responder al amor del Corazón de Jesús con un amor esponsal sin paliativos, ardiente y oblativo, ofrecido por la salvación de las almas y comprometido con los pobres, a los que llegó eficazmente, incluso desde la clausura.

A la vez que damos gracias a Dios por las personas consagradas en la vida religiosa contemplativa y por las nuevas vocaciones que van surgiendo, les agradecemos en esta jornada también a todas ellas su oración, sacrificio y entrega en favor de la Iglesia y del mundo, al servicio -desde lo escondido- de la fraternidad y de la paz. Pedimos para que sigan las huellas de los santos y santas que les han precedido en la misma vida contemplativa y que el Señor las bendiga y nos agracie con nuevas vocaciones para esta vida consagrada en la Iglesia.

Con mi afecto y bendición.

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

Madrid, 29 de mayo de 2003

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN AL SERVICIO DE LA AUTENTICA PAZ

XXVII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales

**Alocución para Radio COPE
Madrid, 1 de junio de 2003**

Mis queridos hermanos y amigos:

La importancia pastoral de la Jornada Mundial de los Medios de Comunicación para la Iglesia y la sociedad, sobre todo considerada y vista en la perspectiva del Mensaje del Santo Padre para la misma -«los Medios de Comunicación Social al servicio de la auténtica paz»- ha cobrado en España este año un acento de dramática y acuciante actualidad con el atentado cometido por ETA anteayer en la localidad navarra de Sangüesa en el que han sido asesinados dos policías nacionales, otro gravísimamente herido, más un trabajador de Telefónica que sufre también lesiones graves.

La colocación de esta Jornada en el día de la Solemnidad de la Ascensión del Señor, hace ya treinta y siete años, indica a toda la comunidad eclesial donde se encuentra uno de los campos de la misión y evangelización más decisivos para la sociedad y cultura de nuestro tiempo. Cuando el Señor, antes de su

Ascensión al Cielo, se despide de los suyos, les deja el mandato del anuncio universal del Evangelio y del Bautismo de todas las gentes en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ordenándoles que retornen a Jerusalén para aguardar la venida del Espíritu que les había prometido. No les impone otras condiciones. Los medios humanos para la evangelización quedan abiertos a la luz y al impulso amoroso del Espíritu y a la discreción apostólica de la Iglesia. El futuro los irá desvelando a tenor de «los signos de los tiempos», propios de cada época. La nuestra, inmersa en un sistema global de comunicación entre las personas y los pueblos, o será evangelizada recurriendo eficazmente a los instrumentos de esa comunicación universal -los escritos, los audiovisuales, los electrónicos, internet, etc.- o no será evangelizada, al menos con la efectividad cultural y la hondura existencial precisas.

Por ejemplo, ateniéndonos al tenor del Mensaje de este año, resultará extremadamente difícil llevar a todos los miembros y realidades institucionales, que articulan las sociedades y los pueblos, la verdad y la vida del Evangelio de la Paz, si los medios de comunicación social prescinden de la verdad, de la justicia, del amor y de la libertad a la hora de proporcionar la información sobre los acontecimientos y protagonistas de la actualidad y, muy especialmente, cuando tratan de valorar e interpretar «la noticia» o «el suceso» del acontecer particular o general que constituye la materia informativa. El evangelio de Jesucristo, Crucificado y Glorificado por la salvación del mundo, la Buena Noticia de la justicia misericordiosa, del amor gratuito y de la gracia que perdona y sana toda herida del corazón del hombre, sólo es participable a través de los medios de comunicación social si los periodistas y los comunicadores están dispuestos y saben trasmitir convicciones, sentimientos, actitudes y compromisos impregnados de la verdad y de la misericordia de Cristo Jesús, el Salvador del hombre, con el vigor y la fuerza interior inspirada por su Espíritu.

Todo un reto ético y espiritual para los profesionales de la comunicación, especialmente grave y exigente para aquellos que intentan ejercer su profesión cristianamente, en la forma de una verdadera y actualísima vocación del seglar llamado al compromiso de la evangelización. Un reto que demanda no pocas veces el comportamiento heroico de los testigos cristianos: del mártir de la fe y de la verdad de Dios y del hombre. ¡Cuán frecuentemente ocurre eso en la España de hoy, cuando se trata de anunciar y proponer con obras y palabras el Evangelio de la Paz contra toda violencia terrorista y toda lesión de los derechos a la vida del ser humano y de los demás derechos fundamentales de la

persona humana a la libertad, a la participación y a la solidaridad social! Para salir victoriosos en esa apuesta por el Evangelio, por el que se proclama y siembra la Paz de Dios en el corazón del hombre y de los pueblos en España y en Europa, -¡en el mundo entero!- resulta imprescindible un retorno, en unos casos, y una profundización, en otros de la vida interior, a la que invitaba el Papa al dirigirse a los jóvenes de España en «Cuatro Vientos». Decía Juan Pablo II: «El drama de la cultura actual es la falta de interioridad, la ausencia de contemplación. Sin interioridad la cultura carece de entrañas, es como un cuerpo que no ha encontrado todavía su alma... Sin interioridad el hombre moderno pone en peligro su misma integridad». Ese drama moderno de una cultura sin dimensión contemplativa, que se expresa y vive con plenitud en el encuentro con Jesucristo, sólo es superable en su raíz si se entra decididamente por los senderos de una auténtica espiritualidad cristiana. El proponérselo y perseguirlo con firmeza y perseverancia constituye para los profesionales cristianos de la comunicación una cuestión de vida o muerte.

A eso nos convoca el Papa a todos, con expresiones de especial afecto a los jóvenes católicos, y con indudable y obvia aplicación a los periodistas; animándonos a acudir a «la Escuela de la Virgen María» para que se logre esa relación íntima, personal y salvadora, con el Señor. En la medida en que avancemos por ese camino, se hará realidad cumplida, cada vez más al alcance de nuestras manos, el primer saludo que nos dirigía el Santo Padre en el Aeropuerto de Barajas al tocar tierra española el pasado tres de mayo: ¡LA PAZ ESTE CONTIGO, ESPAÑA! ¡ESPAÑA TIERRA DE MARÍA!

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

ANTE LA SOLEMNIDAD DEL CORPUS CHRISTI

Queridos diocesanos:

La cercanía de la solemnidad del Corpus Christi me mueve a dirigirme a vosotros para exhortaros a participar en los actos que cada año pretenden avivar la fe y la devoción al misterio eucarístico que, como ha recordado recientemente el Papa Juan Pablo II, vive la Iglesia. Ciertamente, «la Iglesia vive de la Eucaristía» (Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 1); en ella tiene el manantial de su vida y hacia ella tiende todo lo que realiza durante su peregrinación en este mundo. La Eucaristía es el centro de la fe y del culto cristiano y el tesoro que esconde todas las riquezas de la gracia, por la sencilla razón de que es el mismo Cristo. Gracias a ella hemos conocido el amor de Cristo, que se entregó a sí mismo, en el sacrificio de su Cuerpo y Sangre, y, gracias a ella, podemos caminar con seguridad hacia la patria definitiva porque es el aliento que anticipa, ya aquí, el banquete del Reino de los cielos. Como Sacrificio y como Banquete, la Eucaristía nos permite entrar en la misteriosa comunión del Cuerpo y de la Sangre del Señor.

En su reciente encíclica sobre la Eucaristía, Juan Pablo II nos recuerda a los Pastores de la Iglesia nuestra misión de animar «el culto eucarístico, particularmente la exposición del Santísimo Sacramento y la adoración de Cristo presente en las especies eucarísticas» (Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucaristía*, 25). La solemnidad del Corpus Christi es la mejor ocasión para invitar a toda la Diócesis a la contemplación y adoración de Cristo presente entre nosotros hasta el fin de

la historia en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. Venid y adoremos a Cristo. Venid y saciemos nuestra hambre y nuestra sed de vida eterna, participando en la mesa en la que el Hijo de Dios nos ofrece la comida y la bebida de la inmortalidad. Os invito, pues, a participar en la solemne celebración eucarística que tendrá lugar el día 22 de Junio, a las 19,00 horas, en la explanada de la Catedral, al término de la cual comenzará la procesión del Santísimo Sacramento por las calles de Madrid. Invito de modo especial a los sacerdotes, ministros de la Eucaristía; a los religiosos y religiosas y miembros de Institutos seculares, a los movimientos y asociaciones apostólicas, y a todos los fieles cristianos, a que participen en esta solemne liturgia que pretende dar gloria a Cristo, Pan vivo bajado del cielo, y acrecentar la comunión eclesial. Los ecos de la Visita del Santo Padre en nuestras almas, todavía tan vivos, nos alientan a todos a reunirnos de nuevo como Iglesia Diocesana en torno a Jesús Sacramentado.

Como preparación a esta solemnidad, y según la tradición ya implantada en la Diócesis, nos congregaremos la víspera, 21 de Junio, a las 21,00 horas en la Catedral, para celebrar una vigilia de adoración a Cristo de modo que podamos gustar que «es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cf. Jn 13,25), palpar el amor infinito de su corazón» (Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 25). De ahí nacerá, sin duda, el deseo de amar como Él nos amó y de llevar a los hombres el testimonio de nuestra caridad, cumpliendo así lo que dice san Juan: «En esto hemos conocido la caridad, en que Él dio su vida por nosotros; también nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1Jn 3,16).

Con el deseo de que todos, sacerdotes y comunidades cristianas, seáis portavoces de estas celebraciones y animéis a participar en ellas, os espero con gozo para que todos juntos alabemos a Dios por este gran Sacramento y demos testimonio público de la fe en Cristo resucitado, siempre presente en su Iglesia.

Con mi afecto y bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

CARTA PASTORAL EN EL DÍA NACIONAL DEL APOSTOLADO SEGLAR Y DE LA ACCIÓN CATÓLICA

«CRISTIANOS LAICOS, INSTRUMENTOS DE PAZ»

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

«Se llenaron todos del Espíritu Santo, y hablaban las maravillas de Dios» (Hch 2, 4.11). Dios sigue obrando en nuestro mundo, y con una generosidad desbordante llena los corazones de sus hijos con el don del Espíritu Santo que envía a nuestros corazones.

Cuando estemos celebrando la Solemnidad de Pentecostés, habrá pasado un mes de la visita que el Santo Padre realizó a España. Días intensos, Pentecostés adelantado para la Iglesia en Madrid. El Espíritu Santo nos concedió vivir de un modo nuevo su presencia entre nosotros. El Santo Padre, con su visita, ha renovado nuestra entrega y nuestro deseo de servir fielmente a la Iglesia. Para todos los que tuvimos la oportunidad de participar en los diferentes actos, aunque fuera por televisión, ha supuesto una renovación interior, y un nuevo impulso a nuestro afán apostólico.

En el encuentro que el Santo Padre mantuvo en Cuatro Vientos, y junto al testimonio hermoso de los jóvenes que contaron su experiencia, él nos mani-

festó cómo, tras cincuenta y seis años de sacerdocio, el servicio a Dios y a los hombres merece la pena. Este testimonio, junto con el de los enfermos allí presentes, o el de los jóvenes que nos hablaron, fue una nueva manifestación de la presencia del Espíritu entre nosotros.

Estoy seguro que todos, como yo mismo, sentisteis aquellos días que un nuevo Pentecostés se estaba produciendo en nuestra diócesis. Con la llegada de cientos y cientos de miles de jóvenes y de adultos de todas las diócesis de España -¡más de un millón!-, con la riqueza manifestada en la pluralidad de vocaciones concretas que se descubrían por las calles de nuestra ciudad, hemos revivido aquella primera predicación de Pedro en Jerusalén y hemos oido hablar de las maravillas de Dios (cf. Hch 2,10). El sucesor de Pedro, visitando nuestra nación, ha provocado otro nuevo prodigo en el corazón de los que estábamos allí y hemos sido testigos de la acción del Espíritu Santo.

Esto ha suscitado en mi alma, como Pastor de la Diócesis, un profundo sentimiento de agradecimiento al Señor por todo lo que hemos vivido. Ahora, ante la fiesta de Pentecostés, pido de nuevo al Espíritu de Dios que llene los corazones de sus fieles y encienda en todos nosotros la llama de su amor. ¡Qué hermosa fiesta! La llegada del Espíritu Divino a los apóstoles reunidos en oración, junto con María, la madre del Señor, es el comienzo de la predicación apostólica. La Iglesia desde entonces lleva a los hombres y mujeres la Buena Nueva, el mensaje salvador de Cristo. «El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad» (Rom 8,26) y nos anima a dar un testimonio veraz de nuestra fe.

Ese Espíritu nos impulsa a sembrar la paz de Dios en el corazón de los hombres: la paz que el mundo no puede dar, sino que procede del Corazón de Cristo. Esa paz que el mundo ansía, y que se ve quebrantada en tatas ocasiones por el pecado del hombre. La paz fue el saludo de Cristo resucitado a sus apóstoles. Es el saludo de los pastores de la Iglesia a los fieles: «La paz del Señor esté con vosotros». Pedimos al Señor que «la Iglesia sea, en medio de nuestro mundo, dividido por las guerras y discordias, instrumento de unidad, de concordia y de paz» (Plegaria Eucarística V/D).

Este ha sido también el mensaje de Juan Pablo II en su reciente visita: «la espiral de violencia, el terrorismo y la guerra provoca, todavía en nuestros días, odio y muerte. La paz -lo sabemos- es ante todo un don de lo Alto que debemos pedir con insistencia y que, además, debemos construir entre todos

mediante una profunda conversión interior. Por eso, hoy quiero comprometeros a ser operadores y artífices de paz» (Juan Pablo II, Saludo inicial en el Aeródromo de Cuatro Vientos, 3).

La Comisión Episcopal de Apostolado Seglar ha elegido, para esta fiesta de Pentecostés, en la que celebramos el Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, un lema que hace referencia a esta inquietud del corazón del Papa y de la Iglesia. «Cristianos laicos, instrumentos de paz».

Los seglares estáis llamados a ser los sembradores de la paz que el Espíritu Santo ha puesto en vuestro corazón. La responsabilidad de la paz no recae solamente en quienes tienen autoridad en los gobiernos de las naciones. Cada uno en su lugar, en las familias, en los trabajos más dispares, en los lugares de descanso y convivencia, debe sembrar con su ejemplo y con su palabra, como verdadero testigo de la fe, la paz del Señor.

Ahí radica la grandeza de la vocación cristiana vivida por los seglares. Sin miedos ni complejos, con libertad de espíritu, implantan en el mundo el Reino de Cristo: «reino eterno y universal; el reino de la verdad y la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz» (Prefacio de la solemnidad de Cristo Rey). Ser sembradores de paz, tal como nos recordaba Su Santidad, implica la conversión del corazón. Tenemos que vivir esa paz nosotros. Para poder entregarla debemos nosotros mismos poseer esa paz interior, que es fruto de nuestro deseo de agradar a Dios en todas las cosas y de vivir en justicia y amor con los demás. Esa paz del corazón la han tenido los hombres y mujeres que nos precedieron en nuestro peregrinar por la tierra, a pesar de las dificultades y contrariedades que tuvieron que soportar. Esa paz la tienen hoy quienes viven con rectitud de corazón, los que buscan la voluntad de Dios y la cumplen. Los bautizados buscan esa voluntad en los ámbitos y compromisos en los que se desenvuelve su vida cotidiana. Allí, viviendo las virtudes humanas y cristianas, conforman su vida con el querer de Dios y buscan realmente la santidad personal.

Conviviendo con los demás en la vida ordinaria serán capaces de transmitir la paz a los hombres. Si siempre ha debido ser así, cuánto más en nuestros días en los que los hombres viven con angustia y tensión muchas de sus ocupaciones. La vida de familia está a veces llena de dificultades, de situaciones dolorosas y complejas: «en contraste con su vocación originaria de paz la familia es,

por desgracia y no raramente, lugar de tensiones y agresiones o bien víctima indefensa de las numerosas formas de violencia que marcan a nuestra sociedad» (Juan Pablo II, Mensaje, 1 de enero de 1994). El trabajo provoca en muchos también desencanto y nervios y el mismo descanso se ha transformado en un momento para hacer muchas cosas que ni sosiegan ni alivian, en muchas ocasiones, las tensiones interiores. Ser sembradores de paz y de alegría significa que el seglar está como la levadura en la masa, ofreciendo al mundo, a los más cercanos, la solución de sus angustias y la respuesta a sus interrogantes.

Como el Santo Padre nos ha recordado hace apenas un mes, es la vida interior, la relación con Cristo, la única fórmula para poder transmitir a la sociedad la paz que el mundo no puede dar pero de la que están tan necesitados nuestros coetáneos.

En este día de Pentecostés en el que recordamos el valor y la dignidad del apostolado de los seglares, quiero hacer un llamamiento a todos los fieles de la Diócesis de Madrid a tomar en serio la necesidad de evangelizar, de transmitir con entusiasmo y perseverancia el Evangelio de Cristo. Sólo acercando a los hombres el amor de Dios, seremos capaces de construir esa civilización del amor, en la que el hombre, todo hombre, viva conforme a su dignidad de hijo de Dios y se pueda ir consolidando la paz en el mundo.

Las asociaciones y movimientos que han ido surgiendo a lo largo de los siglos de la vida de la Iglesia han nacido, en muchas ocasiones, con esa vocación evangelizadora desde dentro del mundo. Por ello han sido tan importantes en el desarrollo de la cultura de la paz en el mundo y sociedad contemporáneas. La Iglesia no sólo las mira con afecto sino que las propone como verdaderos vehículos de transmisión de la fe en Cristo Jesús.

Al comienzo de su pontificado el Santo Padre le especificaba a la Acción Católica cuál debía ser ese talante peculiar de sus militantes en su testimonio cristiano: «¿Qué debe hacer la Acción Católica?» Llevar la sonrisa de la amistad y de la bondad a todos y a todas partes. El error y el mal deben ser siempre condenados y combatidos; pero el hombre que cae o se equivoca debe ser comprendido y amado. Las recriminaciones, las críticas amargas y polémicas, las lamentaciones sirven de poco; debemos amar nuestro tiempo y ayudar al hombre de nuestra época. Un ansia de amor debe brotar continuamente del corazón de la Acción Católica» (Juan Pablo II, 30-XII-78).

Por su específica vinculación con las Diócesis, la Acción Católica está siempre presente en el corazón del Obispo que encomienda a sus militantes el trabajo apostólico de modo orgánico y organizado. Ante el reto de la llamada del Santo Padre a la evangelización, los miembros de esta asociación deben sentir no sólo la responsabilidad de ser apóstoles sino también la alegría de saberse llamados de un modo peculiar a implantar la Iglesia en el corazón del mundo y de la sociedad en estos comienzos del siglo XXI: ¡un magnífico servicio a la paz en este comienzo de siglo y de milenio, tan conmocionado por la violencia terrorista y por las guerras!

Animo en este día hermoso de Pentecostés a que todos valoremos el esfuerzo de los militantes de Acción Católica y de tantos otros movimientos eclesiales, por sacar adelante los proyectos de la Iglesia, así como a redescubrir el valor del apostolado asociado de tal modo que entre todos lo fomentemos en nuestras parroquias como instrumento de formación, de profundización en la fe y de vivencia apostólica de niños, jóvenes y personas adultas.

Pido a nuestra Señora de la Almudena que la solemnidad de Pentecostés reavive en todos nosotros, y muy especialmente en los miembros de la Acción Católica y de los otros movimientos eclesiales, el deseo de santidad y de apostolado que el Santo Padre Juan Pablo II dejó en su viaje a España.

Con todo afecto y mi bendición

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

CARTA A LOS MISIONEROS EN LA JORNADA DE LOS MISIONEROS DIOCESANOS

Domingo 15 de junio de 2003
Solemnidad de la Santísima Trinidad

«Iglesia diocesana, ¡sé misionera!»

A los misioneros y misioneras diocesanos

Mis queridos misioneros y misioneras madrileños:

Es para mí motivo de gozo y de satisfacción grande dirigirme a vosotros, siguiendo la tradición anual, con motivo de la Jornada que nuestra Iglesia particular de Madrid dedica a avivar el recuerdo de los misioneros y misioneras que de ella habéis partido para anunciar a lo largo y ancho del mundo, con vuestra palabra y vuestra vida entera, la Salvación obrada por Jesucristo, mediante el misterio de su Muerte y Resurrección, para reunir a los hijos de Dios dispersos, en la unidad del Padre, del hijo y del Espíritu Santo.

Este año tiene lugar este Día tan vuestro, y tan de toda la Iglesia en Madrid, como es la Jornada de los Misioneros Diocesanos, en la Fiesta de la

Santísima Trinidad. La Misión de la Iglesia, vuestra Misión es justamente congregar, reunir a los hombres para formar la única familia de los hijos de Dios, hijos «en el Hijo», que nos ha enviado su Espíritu para que podamos decir con Él, en verdad, «Abba, Padre». El misterio de Dios Uno y Trino es, pues, luz poderosa que ha de guiar en todo momento vuestro ser y vuestro obrar misionero. Al igual que toda nuestra comunidad diocesana. El lema de la Jornada de este año es bien elocuente: «Iglesia diocesana, ¡sé misionera!». Todos y cada uno de los miembros de nuestra Diócesis, pastores y fieles, consagrados y familias, niños, miembros de nuestra Diócesis, pastores y fieles, consagrados y familias, niños, jóvenes y mayores, hemos de vivir esa dimensión «misionera» que constituye el centro mismo de nuestro ser Iglesia. Para que eso sea así, el testimonio de vuestra vida, don precioso del Señor, es sin duda de vital importancia. No sólo vosotros hacéis que la Iglesia sea misionera, sino la Diócesis entera. Pero no cabe duda que vuestra vida, a todos lo que permanecemos en Madrid, nos alienta de manera especialísima, y es justo reconocerlo y proclamarlo. Contad, pues, con nuestra gratitud, y con nuestras oraciones, al tiempo que nos encomendamos igualmente a las vuestras.

A vuestra oración encomiendo, de manera especial, el Sínodo Diocesano. Quiera el Señor que de él salga «más» misionera nuestra Iglesia particular de Madrid. A ello también va a contribuir la reciente Visita del Santo Padre a España. Dejemos que resuenen fuertemente en el corazón de todos sus palabras al finalizar la Misa de las canonizaciones en la madrileña Plaza de Colón «¡España evangelizada, España evangelizadora! ¡Ese es el camino!».

No puedo terminar sin dirigir la mirada a la Virgen de la Almudena, nuestra Madre y Patrona, pidiéndole que bendiga vuestros esfuerzos y os ayude a preservar en la fidelidad a su Hijo. Con todo afecto y mi bendición.

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

CARTA A LOS DIOCESANOS EN LA JORNADA DE LOS MISIONEROS DIOCESANOS

Domingo 15 de junio de 2003
Solemnidad de la Santísima Trinidad

«Iglesia diocesana, ¡sé misionera!»

A los diocesanos

Mis queridos diocesanos:

En este año 2003, en el que hemos recibido la gracia extraordinaria de la quinta Visita Apostólica a España del Santo Padre Juan Pablo II, «incansable misionero», es la Fiesta de la Santísima Trinidad la ocasión elegida para celebrar la Jornada anual en que nuestra Iglesia diocesana de Madrid hace especial memoria de los misioneros y misioneras que de ella han partido hacia lo largo y ancho del mundo para anunciar la Buena Nueva de Jesucristo, hacia aquellas tierras a las que todavía no ha llegado, o en las que aún la Iglesia no se ha consolidado.

El misterio de Dios Uno y Trino, sacrosanto y al mismo tiempo cercanísimo, pues es de dónde brota y se mantiene nuestra vida, nos sitúa en el

corazón mismo de la Misión. ¡Dios es familia, Dios es Amor que se difunde! El Padre, que en la unidad del Espíritu Santo, desde toda la eternidad, se entrega al Hijo, «en la plenitud de los tiempos» lo envió a la tierra, «se encarnó de Santa María Virgen y se hizo hombre». Y de este modo el Hijo de Dios e Hijo de María, Jesucristo Nuestro Señor, se convierte en «el primogénito entre muchos hermanos», que llama a la Humanidad entera a constituir en Él una sola familia, reunida por el Don del Espíritu Santo, por el que podemos llamar a Dios, en verdad, «Abba, Padre». La historia humana se hace así «historia de salvación».

Del mismo modo que Jesús, «Misionero del Padre», congregó a los Apóstoles y les dio su Espíritu de Amor, surgiendo así la Iglesia naciente, ésta llevaba en el centro de su ser la llamada a la misión universal: «Id -les dijo a los Apóstoles en el momento de la Ascensión- y haced discípulos míos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt.28,19). La Iglesia es, por tanto, misionera por naturaleza, lo que tiene su aplicación tanto a la Iglesia universal como a cada una de las Iglesias particulares en que el misterio de la Iglesia halla su encarnación y realización en un lugar o comunidad determinados.

En el documento, aún reciente, «La Misión *ad gentes* y la Iglesia en España», hecho público por la Comisión Episcopal de Misiones, se nos recuerda esta exigencia vital del ser mismo de la Iglesia y de cada uno de sus miembros: «Como el latido pertenece al corazón humano, la misión pertenece a la Iglesia. Una Iglesia que no cumple con su misión deja de ser Iglesia de Jesús. El mandato misionero recibido del Señor no es un puro encargo que le asigna una tarea añadida, sino una palabra que constituye a la Iglesia por dentro. La Iglesia se negaría a sí misma si dejara de cumplirla». Testigos espléndidos de este latido vital y vitalizador de la Iglesia son nuestros misioneros diocesanos, que en esta Jornada a ellos dedicada para alentarlos y fortalecerlos, se tornan admirablemente en aliento y fortaleza para nosotros.

«Iglesia diocesana, ¡sé misionera!»: así reza el lema elegido este año para el Día Misionero por excelencia en nuestra Iglesia madrileña. Cerca de mil setecientos son nuestros misioneros y misioneras diocesanos, y ellos son los representantes visiblemente más cualificados de la condición misionera de nuestra Iglesia particular de Madrid. Pero ellos solos no la hacen misionera. Por eso, esta Jornada viene a recordarnos que ellos constituyen un estímulo poderoso

para que la diócesis entera parroquias, asociaciones y movimientos, comunidades religiosas, laicos consagrados, familias, fieles todos, sientan la Misión desde el fondo de su ser y asuman su concreta responsabilidad en orden a la misión universal. Tendremos ocasión de abordarlo específicamente a lo largo del Sínodo Diocesano en cuyo período de gestación nos encontramos.

Justo es que en este «Día de los misioneros diocesanos», de modo muy especial, les ofrezcamos nuestra colaboración generosa, tanto con la oración y el sacrificio personales, como con las ayudas económicas, debidamente canalizadas a través del Consejo Diocesano de Misiones.

Por último, debemos poner en primerísimo plano las palabras que nos dijo el Papa Juan Pablo II en su «adiós improvisado» al concluir la Misa de las Canonizaciones de cinco santos españoles contemporáneos nuestros, testigos extraordinarios precisamente de ese latido misionero que constituye el centro del corazón de la Iglesia, en la madrileña Plaza de Colón el pasado 4 de mayo: «¡España evangelizada, España evangelizadora! ¡Ése es el camino! No descuidéis la misión que hizo noble a vuestro país en el pasado y es el reto intrépido para el futuro».

A nuestra Madre y Patrona, Santa María la Real de la Almudena, encendamos a nuestros misioneros, a la vez que pedimos su intercesión para que su Hijo no deje de suscitar en nuestra Iglesia diocesana vocaciones para la Misión universal, especialmente entre los jóvenes; sacerdotes, religiosos y religiosas, miembros de asociaciones y movimientos laicales, familias enteras. Será riqueza para toda la Humanidad y, por ello mismo -a la luz del Misterio de Dios, Uno y Trino, a cuya imagen hemos sido creados-, riqueza inmensa para cada uno de nosotros.

Con mi afecto y bendición.

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

CARTA A LOS FAMILIARES EN LA JORNADA DE LOS MISIONEROS DIOCESANOS

Domingo 15 de junio de 2003
Solemnidad de la Santísima Trinidad

«Iglesia diocesana, ¡sé misionera!»

A los familiares de los misioneros diocesanos

Queridos padres y familiares de los misioneros y misioneras madrileños:

Siguiendo la tradición anual, después de escribir a vuestros hijos y familiares que se encuentran en la Misión en diversas partes del mundo, con motivo del «Día del Misionero Diocesano», os toca a vosotros recibir mi saludo cariñoso, y mi más calurosa enhorabuena porque alguno de los miembros de vuestra familia, dejando a su tierra y a los suyos, ha partido a lugares lejanos para anunciar la salvación de Jesucristo, a aquellos que aún no lo conocen y cuyas culturas no han sido penetradas por el espíritu del Evangelio. Por ello merecéis mi gratitud, y la de toda la Archidiócesis de Madrid, e igualmente mi felicitación. Sí, porque, aunque la lejanía en el espacio suponga un dolor para vosotros, en definitiva es motivo de alegría. A través de ellos, vosotros estáis siendo también, de un modo especial, misioneros. Y ellos, asimismo, a través de vosotros, de

vuestro aliento y vuestra oración por ellos, encuentran el gozo y la fortaleza verdaderos.

Vuestros queridos hijos, o familiares, constituyen, con todos los demás misioneros diocesanos, el grupo más espléndido de testigos de Jesucristo por toda la tierra, y por ello los más verdaderos bienhechores de la Humanidad. No importa que el mundo no lo reconozca; su labor constante y silenciosa no pasa inadvertida a los ojos de Quien todo lo ve y sabe recompensar con «el ciento por uno». Para nuestra Iglesia diocesana, son un ejemplo y un estímulo poderoso. Como lo sois vosotros también.

Os ruego que oréis al Señor, y que pidáis no sólo por ellos, y más en concreto por su perseverancia en la vocación recibida -doy por supuesto que ya lo hacéis-, sino porque el Dueño de la mies suscite vocaciones, sobre todo entre los jóvenes, para la Misión universal a la que es llamada la Iglesia. Como a vuestros hijos y familiares misioneros, a vosotros también quiero recordaros las palabras del Santo Padre Juan Pablo II en su reciente visita, al finalizar la Misa de las canonizaciones en la madrileña Plaza de Colón: «¡España evangelizada, España evangelizadora! ¡Ése es el camino!» Quiera el Señor que, con su gracia, sea cada día más una gozosa realidad.

Que la Virgen de la Almudena, nuestra Madre y Patrona, os bendiga, os asista en vuestros quehaceres y os alcance de su divino Hijo fortaleza para ser sus testigos en el ámbito en que se desenvuelve vuestra vida. Reitero mi felicitación, y os envío mi saludo cordial y mi bendición a todos, muy especialmente a los más pequeños de vuestras casas respectivas.

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

DISCURSO INAUGURAL EN LA LXXX ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL

Madrid, 16-20 de junio de 2003

Eminentísimos señores Cardenales,
Excelentísimo señor Nuncio Apostólico,
Excelentísimos señores Arzobispos y Obispos,
Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Al comenzar los trabajos de la LXXX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, dirijo mi saludo cordial a todos ustedes: al Sr. Nuncio, a los miembros de la Asamblea, a los participantes en ella y a cuantos trabajan en esta Casa. Saludo también a los enviados de los diversos Medios de Comunicación Social. Sean todos sinceramente bienvenidos.

Deseo tener presentes antes de nada a los hermanos obispos que han fallecido en estos meses: a Mons. D. Antonio Palenzuela, obispo emérito de Segovia, y a Mons. D. Teodoro Úbeda, obispo de Mallorca. Para ellos, nuestra gratitud y nuestra oración.

También tenemos presentes en nuestra oración a las numerosas víctimas de los dos accidentes que nos han conmovido hace pocos días: los 62 militares

que perdieron la vida en Turquía al regreso de una misión humanitaria en Afganistán y las 19 personas fallecidas en el accidente ferroviario acaecido en Chinchilla (Albacete) el pasado día 3 de junio. Para sus familiares y cuantos lloran su muerte, pedimos al Señor resucitado el consuelo y la esperanza.

Felicitamos a los obispos que han asumido el servicio pastoral en sus nuevas sedes: a Mons. D. Antonio Cañizares, arzobispo de Toledo; a Mons. D. Jesús García Burillo, obispo de Ávila; a Mons. D. Carlos López, obispo de Salamanca; a Mons. D. Atilano Rodríguez, obispo de Ciudad Rodrigo; a Mons. D. Antonio Algora, obispo de Ciudad Real; a Mons. D. Enrique Vives, obispo de Urgell y a Mons. D. Francisco Javier Martínez, arzobispo de Granada. Que el Señor les ilumine, les fortalezca y les llene de gozo en su misión.

Al Sr. Cardenal D. Francisco Álvarez, a Mons. D. Rafael Torija y a Mons. D. Juan Martí Alanis, les agradecemos sus largos años al frente de sus diócesis y les auguramos todavía amplia fecundidad pastoral en su nueva etapa de prelados eméritos.

I. Sobre la quinta Visita Pastoral a España del Santo Padre, Juan Pablo II

1. Ambiente espiritual y pastoral para un nuevo comienzo

En la apertura de la última Asamblea Plenaria, el pasado mes de noviembre, tuve la ocasión de evocar ante ustedes el primer Viaje del Papa a España, del que por entonces celebrábamos precisamente el vigésimo aniversario[1]. Entre tanto hemos vivido el acontecimiento histórico de la quinta Visita pastoral de Juan Pablo II a nuestras iglesias, felizmente realizada los días 3 y 4 del pasado mes de mayo, y hoy me cabe la grandísima satisfacción de hacer algunas reflexiones sobre ella y de bosquejar algunas de las perspectivas que nos ha dejado abiertas.

Ha pasado ya mes y medio desde que el Papa se despidiera de nosotros con su “¡Hasta siempre, España. Hasta siempre, tierra de María!”, palabras que devolvían a nuestra memoria el inolvidable Viaje Pastoral del año 1982[2] Pero

[1] Cf. LXXIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española (18-22 de noviembre de 2002), *Discurso Inaugural*.

[2] Cf. Juan Pablo II, *Mensaje de Juan Pablo II a España*, B.A.C., Madrid 1982, 264.

los ecos de lo acontecido siguen oyéndose y el poso de lo vivido está todavía asentándose en los espíritus y en la conciencia de nuestras comunidades y de España entera.

La presencia del Vicario de Cristo entre nosotros ha sido de nuevo un acontecimiento de gracia verdaderamente extraordinario. Hemos podido comprobar una vez más que la honda realidad espiritual de la Iglesia nos sorprende y nos desborda siempre. ¡Cuándo aprenderemos a ver las cosas con la mirada profunda de la fe! ¡Cuándo nos dejaremos guiar más de verdad por el Espíritu de Jesucristo resucitado, que alienta la travesía de su Pueblo por los mares de la historia! Sirviéndonos del símil eclesiológico de la Iglesia como nave, de un antiguo escritor hispánico[3], ¿no ha soplado con fuerza en esta Visita del Papa el viento de un nuevo Pentecostés sobre las velas de nuestras iglesias? ¿No se abrirá con ella un nuevo capítulo de la historia de la Iglesia en España? ¿No hemos sentido todos una fuerte interpelación a la santidad que nos permita relanzar nuestro compromiso apostólico, entre nosotros y también más allá de nuestras fronteras?

No es fácil evocar con las palabras el ambiente que se ha respirado en Madrid, y en todos los rincones de nuestra geografía, durante los dos días de la Visita del Papa. España entera ha asistido asombrada, a través de las pantallas de la televisión y de los demás medios de comunicación, al hermoso espectáculo ofrecido por un pueblo volcado en las calles y las plazas de la ciudad para estar junto al Papa. Desde su llegada al aeropuerto, Juan Pablo II se encontró, como hacía veinte años, y más aún, con la cercanía y el calor de unas gentes que se disputaban los espacios recorridos por él para saludarle, aclamarle y manifestarle que le querían. Las autoridades de la Nación supieron expresar, con su presencia en el recibimiento, en los distintos actos de la Visita y luego en la despedida, lo que el pueblo sabe y también comunica: que nos visitaba alguien que no era un Jefe de Estado más; que la presencia del Papa, venturosamente repetida, representa la presencia de Aquél a quien él mismo, sentado en el vehículo que le conducía de un lado a otro por las calles de Madrid, no cesaba de mentar con la fórmula conocida: “¡Alabado sea Jesucristo!”. Sí, es el Salvador quien nos ha visitado en la persona de Pedro; es con Él con quien el pueblo cristiano ha deseado encontrarse al saludar y acoger con tanto entusiasmo al “Vicario de Cristo y Pastor de toda la Iglesia”[4].

[3] Cf. Gregorio de Elvira, *De arca Noé*, en: Fuentes Patrísticas 13, Ciudad Nueva, Madrid 2000, 158-187.

[4] Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Lumen gentium* 22.

Los jóvenes se congregaron, en el aeródromo de Cuatro Vientos, en una magna asamblea que superaba en número, en entusiasmo y en sentido interior celebrativo a todas las concentraciones similares celebradas con anterioridad en nuestro país y también a algunas de las vividas recientemente en el ámbito internacional. Todas las previsiones se vieron desbordadas. Los jóvenes vibraron con la presencia y la palabra del Papa; dialogaron con él de una forma sencilla, humorística y hasta genial, más allá de lo que parece que podría caber en un acto tan multitudinario. Pero, al mismo tiempo se sintieron conmovidos por los testimonio de fe de algunos coetáneos suyos, oraron con fervor y se dejaron impactar por la palabra, por el canto y por la música.

En la plaza de Colón, en el corazón de Madrid, el pueblo de Dios, en toda su riqueza y variedad de edades, condiciones y procedencias, se congregó para celebrar la eucaristía de modo impresionantemente masivo, pero nada impersonal, sino con una intensa participación interior en la oración y en la alabanza litúrgicas. La canonización de cinco santos españoles del siglo XX, motivo inmediato del Viaje apostólico, puso el acento espiritual a aquel encuentro emotivo y hondo con el Santo Padre de tantas familias religiosas y apostólicas, de tantos sacerdotes y seminaristas, de tantos fieles llegados desde todos los rincones de España. Las iglesias que se asientan en nuestras tierras desde los primeros tiempos de la predicación del Evangelio se reunían, con sus pastores, en una asamblea visible y extraordinariamente católica, universal y festiva, junto al sucesor de Pedro, para celebrar la santidad de la Iglesia en algunos de los más destacados de sus hijos, inscritos en el catálogo de los santos, y para gozar, al mismo tiempo, de la certeza que proviene de su inserción apostólica en el Nuevo Pueblo de Dios, peregrino “entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios”[5] en la historia hacia la Patria del cielo.

Pero el protagonista de estos días fue sin duda el Papa. Naturalmente, según he apuntado ya, él desempeña un ministerio y ejecuta un encargo que le ha sido encomendado. Como Sucesor de Pedro, obedece el mandato de Jesucristo de confirmar a los hermanos en la fe[6]. Ahí está el secreto último de su “protagonismo”: en su obediencia fiel. Pero no cabe duda de que Juan Pablo II ejerce su servicio con un aliento personal de extraordinaria fuerza y cercanía pastoral y humana. Siempre lo ha hecho así, empeñando toda su existencia en la

[5] Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Lumen gentium* 8.

[6] Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Lumen gentium* 22.

labor apostólica. No obstante, el efecto sin precedentes que ha causado esta Visita hay que relacionarlo también con esa conjunción tan especial que la persona del Papa manifiesta hoy entre el carácter quebradizo y débil de su situación física y el enorme vigor personal e interior que se expresa en la fuerza de la entrega a su misión y de lo que hay en él de indestructible [7]. En la persona del Papa, anciano y joven a un tiempo, se puede experimentar de algún modo lo que significa la salvación cristiana por el misterio pascual de Cristo, de muerte y resurrección.

Nada de extraño tiene, pues, que, en medio de un ambiente, entonces un tanto tenso socialmente, la Visita del Papa haya creado un clima eclesial y popular distinto, caracterizado por la serenidad, la paz y el gozo fraternal.

2. Las enseñanzas del Papa, horizonte de futuro para la Iglesia y para España

El excepcional ambiente espiritual vivido en los días que hemos tenido al Papa entre nosotros no se explica como un mero fenómeno de psicología de masas. Hay que buscarle una razón más profunda. Hay que llegar a recordar y valorar el significado de la autoridad de quien rige a la Iglesia en nombre de Jesucristo y con la asistencia del Espíritu Santo[8]. Es esa autoridad la que enardece la fe viva de los fieles, la que reaviva la fe mortecina de no pocos bautizados y la que interpela las conciencias de tantos hombres y mujeres que viven desorientados en la marabunta de opiniones encontradas y de relativismo ambiental en el que se mueve en muy buena medida la cultura de nuestros días y la vida pública.

Pues bien, con su especial autoridad apostólica, Juan Pablo II nos ha enseñado una vez más a apreciar la historia de nuestra fe católica como un patrimonio de incalculable valor: “Sois depositarios de una rica herencia espiritual que debe ser capaz de dinamizar vuestra vitalidad cristiana”[9]. Es la herencia de la Palabra del Evangelio, vivida por incontables generaciones y por santos y santas que han hablado y hablan, con sus hechos y con sus palabras, en nuestra lengua, a la Iglesia universal.

[7] Juan Pablo II, *Tríptico Romano. Poemas*, Universidad Católica de Murcia 2003, 39: “*Non omnis moriar. / Lo que hay en mí de indestructible,...*”.

[8] Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Lumen gentium* 21.

[9] Juan Pablo II, Al rezó del *Regina coeli*, en la Plaza de Colón, en: Ecclesia 3152 (10. V. 2003) 36.

No se trata de un patrimonio fosilizado, de mero interés para los museos. El patrimonio de la fe es un legado vivo, de enorme trascendencia para todos los ámbitos de la vida humana, desde la vida personal y familiar hasta la política y cultural. Porque no se trata de otra cosa que de la conexión vital con Jesucristo. No se trata de otra cosa que de la Tradición viva de la Iglesia, que nos enseña, en la práctica espiritual, no sólo a conocer a Jesús como lo podrían hacer los eruditos o los divulgadores cuando escriben libros buenos sobre él, sino que nos introduce en la comunión de vida con Jesucristo resucitado, que transforma nuestra existencia de acuerdo con su imagen de Hijo de Dios y de hombre perfecto[10]. “Un Evangelio para hacerse hombre”, había escrito Juan Pablo II en “Cruzando el umbral de la Esperanza”[11]. El rico patrimonio espiritual de la Iglesia en España es antes que nada cauce para ese conocimiento interno y vivo de Jesucristo, del que brota la santidad.

Las canonizaciones de San Pedro Poveda, San José María Rubio, Santa Genoveva Torres, Santa Ángela de la Cruz y Santa Maravillas de Jesús han sido expresión elocuente de la fuerza transformadora de lo humano que caracteriza a la herencia espiritual del pueblo cristiano. Todos ellos son hijos de un tiempo muy cercano al nuestro, que han sido testigos de las miserias e incluso de los dramas de una historia marcada por fuertes corrientes ideológicas y sociales que vienen tratando de apartar a la sociedad moderna del Evangelio con el sueño de una supuesta esperanza puramente terrena, encerrada en los poderes del hombre y apartada de Dios. Sus vidas, puestas por Juan Pablo II sobre el candelero de la santidad reconocida solemnemente por la Iglesia, son muestra de la frescura y actualidad del Evangelio y del poder de su gracia. El Papa nos enseña que las obras y las palabras de estos santos constituyen el mejor programa pastoral para hacer actual el patrimonio espiritual de la fe en la evangelización de nuestra sociedad, pluralista y, en buena parte, secularizada. Ellos vivieron en Dios para los hombres[12].

La evangelización de España, de Europa y del mundo, a la que Juan Pablo II ha convocado de nuevo a nuestras iglesias y a España presupone y exige el contacto permanente con las fuentes cristianas de la vida interior, sin rebajas, sin desconfianzas, y siempre con generosidad. No hay evangelización

[10] Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et spes* 22.

[11] Cf. Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la Esperanza*, Plaza y Janes. Barcelona 1994, 195-200.

[12] Cf. Juan Pablo II, *Carta apostólica “Novo millennio ineunte”*, 30-34.

sin vida interior. Es ilusorio centrarse sólo en análisis, programaciones y acciones apostólicas o sociales más o menos acertadas. Porque “el gran drama de la cultura actual según señaló el Papa con tanto énfasis en el Encuentro con los Jóvenes en Cuatro Vientos- es la falta de interioridad, la ausencia de contemplación”. Y añadía: “Sin interioridad el hombre moderno pone en peligro su integridad”[13]. Nuestra labor evangelizadora presupone comunidades y personas que, “en la Escuela de la Virgen María”, sean asiduas de la vida de oración y de la contemplación del Misterio de Cristo.

El Papa animó a los jóvenes y a toda la comunidad católica a la evangelización permanente de España, para que ésta pueda seguir siendo evangelizadora: “España evangelizada, España evangelizadora. Ése es el camino”[14].

El estilo de la evangelización es, por su propia naturaleza, el de la propuesta respetuosa a la conciencia y a la libertad de los hombres. Haciéndose eco sobria y solemnemente de su magisterio de siempre, el Papa exhortó a los jóvenes en Cuatro Vientos, recordándonos las palabras de la Encíclica *Redemptoris missio* sobre la permanente validez del mandato misionero[15]: “Testimoniad con vuestra vida que las ideas no se imponen, sino que se proponen”[16]. ¿Cómo podrán quienes son testigos del Evangelio y viven la experiencia del amor de Dios, manifestado en Jesucristo, ser promotores o colaboradores de nacionalismos exasperados, racismos e intolerancias? ¿Cómo podrán no entender que la espiral de la violencia, el terrorismo y la guerra no hace si no provocar odio y muerte? Frente a todo ello alertó Juan Pablo II a la juventud española para comprometerla en el trabajo de la paz, subrayando que se trata de una misión que sólo fructifica cuando arraiga en seres humanos que se dejan transformar por el amor de Dios, de ahí también aquellas palabras: “testimoniad con vuestras vidas...”

La España evangelizadora tiene un referente primario hoy en Europa, de la que forma parte y a la que ha de aportar también los frutos de su rico

[13] Juan Pablo II, *Discurso en el Encuentro con los jóvenes en Cuatro Vientos*, en: Ecclesia 3152 (10. V. 2003) 27.

[14] Juan Pablo II, *Al rezo del “Regina coeli”, en la Plaza de Colón*, en: Ecclesia 3152 (10. V. 2003) 36.

[15] Cf. Juan Pablo II, Carta Encíclica *Redemptoris missio*, 39: “La Iglesia propone, no impone nada: respeta las personas y las culturas, y se detiene ante el sagrario de la conciencia”.

[16] Juan Pablo II, *Discurso en el Encuentro con los jóvenes en Cuatro Vientos*, en: Ecclesia 3152 (10. V. 2003) 27.

patrimonio espiritual[17]: “Estoy seguro de que España -dijo el Papa al llegar a Barajas- aportará el rico legado cultural e histórico de sus raíces católicas y los propios valores para la integración de una Europa que, desde la pluralidad de sus culturas y respetando la identidad de sus Estados miembros, busca una unidad basada en unos criterios y principios en los que prevalezca el bien integral de sus ciudadanos”[18]. La invitación a la construcción de Europa desde los valores del Evangelio resonó de nuevo también tanto en el aeródromo de Cuatro Vientos como en la Plaza de Colón. Es “un gran sueño”[19] del Papa a cuya realización sabe que España puede colaborar de manera importante. Juan Pablo II, en 1982, había lanzado, precisamente desde Santiago de Compostela, aquel grito de amor a Europa llamándola a reavivar sus raíces cristianas[20]. Lo recordó ahora de nuevo en Barajas. La invitación del Papa nos honra y nos estimula. ¿No habremos de secundarla?

La evangelización de Europa va, sin duda ninguna, mucho más allá de los textos que regulan la nueva institucionalización de su convivencia. En ella estamos empeñados y a ella dedicaremos nuestras mejores energías. Sin embargo, queremos indicar en esta ocasión, en plena sintonía con los deseos expresados por el Santo Padre, que también esos textos habrían de ser tales, que permitieran y favorecieran el desarrollo de Europa en íntima conexión con las raíces que le aportan la savia nutricia del verdadero respeto por el hombre, por todo hombre, así como del vigor de su identidad secular y de su contribución propia, actual y futura, al concierto internacional de la convivencia entre los pueblos. En este sentido, esperamos que el borrador de la futura Constitución europea, presentado en las semanas pasadas, sea completado y enriquecido con la mención expresa de la fe cristiana, la cual constituye, sin duda ninguna, uno de los elementos de la irrenunciable identidad de Europa[21].

[17] Cf. J. Ratzinger, *Perspectivas y tareas del Catolicismo en la actualidad y de cara al futuro*, en: *Concilio III de Toledo. XIV Centenario, 589-1989*, Toledo 1991, 107-117; id., *Europa: una herencia que obliga a los cristianos*, en: *Iglesia, Ecumenismo y Política. Nuevos ensayos de eclesiología*, B.A.C., Madrid 1987, 243-258; R. Guardini, *Europa-Wirklichkeit und Aufgabe*, en: *Sorge um den Menschen*, Werbung-Verlag 1962 (traducido al español por J.M. Valverde, *Europa: realidad y tarea*. (Discurso en la recepción del premio Erasmo, Bruselas 28 de abril de 1962), en: *Obras de Romano Guardini I*, ediciones Cristiandad, Madrid 1981, 13-27).

[18] Juan Pablo II, *A la llegada, en el aeropuerto de Barajas*, en: Ecclesia 3152 (10. V. 2003) 19.

[19] Juan Pablo II, *Discurso en el Encuentro con los jóvenes en Cuatro Vientos*, en: Ecclesia 3152 (10. V. 2003) 27.

[20] Cf. Juan Pablo II, *Homilía durante la misa del peregrino, celebrada en el aeropuerto de Labacolla en Santiago de Compostela, (9 de noviembre de 1982)*, y *Discurso en el acto europeísta celebrado en la catedral de Santiago de Compostela*, en: *Mensaje de Juan Pablo II a España*, B.A.C., Madrid 1982, 244-250.256-262.

[21] Cf. Giovanni Paolo II, *Profezia per l'Europa*, Piemme, Casale Monferrato 1999.

3. Los frutos de la Visita del Santo Padre

La quinta visita de Juan Pablo II a España ha sido diferente. Exceptuando el alto en Zaragoza, de 1984, camino de América, ésta ha sido la más breve, pero, al mismo tiempo, tal vez la más sencillamente impactante. Está llamada a dar frutos duraderos.

Algunos de estos frutos ya los hemos visto y experimentado. Son los que van unidos al don del Espíritu Santo en cuanto Espíritu Consolador. Por diversos motivos, los católicos habíamos sufrido durante los dos últimos años tiempos de cierta inclemencia. La Visita del Papa nos ha confortado, porque nos ha permitido centrarnos de nuevo en lo esencial como Pueblo de Dios: en la alegría de compartir una misma fe en Jesucristo resucitado, de la que brota la esperanza que no defrauda. De ahí nace la experiencia de la unidad y de la fraternidad entre nosotros, señalada con el sello de un estilo inconfundible, que la diferencia claramente del bullicio del mundo y de algunas uniformidades sociales más o menos forzadas: “Ved qué hermosa y agradable es la convivencia de los hermanos unidos” (Sal 133).

Hemos visto también ya las respuestas vocacionales ofrecidas al Señor en Cuatro Vientos y en la Plaza de Colón. Hemos notado igualmente la afirmación limpiamente cristiana del amor y la devoción a la Virgen, en este Año del Rosario, que hace verdadera la calificación de España como tierra de María.

Pero además de estos frutos inmediatos y ya experimentados, de la Visita del Papa podemos y debemos esperar otros que hemos de recoger con labiosidad y paciencia. Me refiero, ante todo, a la decidida asunción y puesta en práctica de las orientaciones y directrices del Plan Pastoral actualmente vigente en nuestra Conferencia Episcopal[22]. Es un Plan que recoge, como sabéis bien, tanto los impulsos del Año Jubilar 2000 y, en particular del magisterio y orientaciones del Papa con esa ocasión, como los frutos del examen que nosotros mismos hemos realizado en los últimos años en esta Asamblea acerca de la situación pastoral de nuestras iglesias. El Plan se centra todo él en orientar nuestras miradas y nuestros trabajos hacia el encuentro con el Misterio de Cristo, de tal modo que se puedan superar los peligros y las tentaciones que se derivan de una

[22] Cf. LXXVII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, *Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2002 - 2005. Una Iglesia esperanzada: “¡Mar adentro!” (Lc 5, 4)*, Edice, Madrid 2002 y Ecclesia 3087 (9. II. 2002) 20-38 y 3088 (17. II. 2002) 192-210.

cierta secularización interna de la vida de la Iglesia y que, de este modo, sea posible llevar a cabo con renovado vigor una acción evangelizadora clara y decidida.

La comunicación del Evangelio presupone testigos no entregados al mundo, sino a la salvación de Jesucristo y que, por eso, son capaces de transmitir la fe, de entregar tiempo y energías al apostolado y de vivir en la caridad con los hermanos, en particular con los más necesitados de nuestra sociedad. Son necesarias las “vocaciones”: hay que desearlas, promoverlas y cultivarlas en los diversos estados de vida cristianos. En la evangelización -dijo el Papa en Cuatro Vientos- “los laicos tienen un papel protagonista, especialmente los matrimonios y las familias cristianas; sin embargo, la evangelización requiere hoy con urgencia sacerdotes y personas consagradas.”[23]

La asunción de las exigencias de la caridad y de la justicia en la España de hoy nos implica en algunas cuestiones particularmente urgentes a las que el Plan Pastoral se refiere. Entre ellas, la oración perseverante y la acción lúcida en lo que toca a la superación del terrorismo, teniendo en cuenta todas las implicaciones de este tristísimo fenómeno, que sigue golpeando a personas y familias inocentes y que condenamos con absoluta firmeza. Contamos ahora para ello con los criterios seguros expuestos por esta Asamblea Plenaria en la Instrucción Pastoral *Valoración moral del terrorismo en España, de sus causas y de sus consecuencias*, aprobada en nuestra última reunión[24]. Pero no sólo nos ha de preocupar la erradicación de la lacra del terrorismo, sino también, como es natural, la convivencia en unidad solidaria de todos los españoles, basada en la concordia de lo plural y en la magnanimitad de las relaciones mutuas.

Hemos de continuar también la labor catequética y la acción pastoral en lo que se refiere al cuidado de la vida humana, desde la concepción hasta la muerte de cada persona; en lo que se refiere asimismo al matrimonio y a la familia, células fundamentales de la vida social, sin cuya buena salud no es posible ni el cuidado de la vida, ni la realización integrada de la existencia per-

[23] Juan Pablo II, *Discurso en el Encuentro con los jóvenes en Cuatro Vientos*, en: Ecclesia 3152 (10. V. 2003) 27.

[24] Cf. LXXIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, Instrucción Pastoral *Valoración moral del terrorismo en España, de sus causas y de sus consecuencias*, (Madrid, noviembre de 2002), Edice, Madrid 2002.

sonal, ni la convivencia social armónica, ni la transmisión fluida de la fe a las nuevas generaciones; en lo que se refiere igualmente a la acogida e integración justa de los emigrantes y a la atención a los marginados y a los pobres de nuestra sociedad.

Todos estos frutos se irán recogiendo en la medida en que ahondemos en las actitudes y comportamientos que inspiraron la preparación remota y próxima de la Visita apostólica del Papa. Deseo recordar ante todo la necesidad de la oración: la plegaria que sostiene la oblación de la vida al Señor; la contemplación, con María, de los misterios de Cristo, para lo cual, nada mejor que la oración sencilla y fácil del Rosario. Deseo recordar también la necesidad de una catequesis paciente, sostenida e íntegra. Y, ¡cómo no!, la necesidad de una acción pastoral preparada y realizada en comunión y en colaboración por las diócesis, las comunidades parroquiales, los institutos de vida consagrada, los de apostolado y los movimientos y asociaciones antiguos y nuevos; es necesario que nada se desperdicie de la rica floración de “nuevos carismas” surgidos en la Iglesia después del Concilio Vaticano II, ni tampoco de la experiencia de instituciones con larga historia de trabajo apostólico. La celebración común y gozosa de nuestra fe, presididos por el Pastor de la Iglesia Universal, nos urge a deponer los recelos y las reservas que pudieran darse entre diversas instituciones y grupos católicos; la comunión entre todos y con los Pastores de la Iglesia no es un lujo o una utopía, sino una posibilidad eclesial y una exigencia de la evangelización.

4. Un capítulo especial para los jóvenes

Los jóvenes han sorprendido de nuevo a todos tanto por su presencia numerosa como, en especial, por la calidad de su respuesta a la llamada y al mensaje del Papa. La escéptica sociedad de nuestro tiempo-e incluso algunos de nosotros- no se acaba de creer lo que viene sucediendo con los jóvenes en la Iglesia desde las primeras convocatorias hechas por el Papa para las Jornadas Mundiales de la Juventud en los comienzos de los años ochenta. ¿No será porque tal respuesta juvenil, sostenida y creciente, pone en cuestión sin contemplaciones los clichés al uso acerca de un hombre moderno supuestamente “liberado” de Dios y emancipado de la Iglesia?

Los jóvenes manifiestan que siguen siendo buscadores de lo Eterno y de la Salvación, que tienen hambre y necesidad de Dios y de Cristo. Ellos gozan

cuando la Iglesia se les muestra como el ámbito “natural” y único para el hallazgo de lo que buscan y para el cultivo de la intimidad con Dios y del encuentro fraternal.

Los jóvenes necesitan que se les proponga y se les presente el Misterio de Cristo y de su Iglesia en toda su honda verdad evangélica, sin hipocresías, pero también en toda su integridad y sin falsas y superficiales adaptaciones a supuestas exigencias de una modernización ambigua y engañosa: “Se puede ser moderno y profundamente fiel a Jesucristo”[25].

Hay que adentrarse sin miedos de ningún género en la pastoral juvenil. ¿Qué otros signos esperamos? La juventud es capaz de ser iniciada en la vida interior, en la liturgia, en la amistad cristiana y en la comunión de la Iglesia. Es más, lo necesita. Necesita ser acompañada en los caminos del testimonio apostólico y del compromiso verdaderamente cristiano en favor de la gestación de una “nueva civilización del amor” en la sociedad y en la comunidad política; en España en primer lugar, y también en Europa y en la comunidad internacional. Es necesario acompañar con cuidado y con entrega a los jóvenes a la aceptación completa del “seréis mis testigos”. El futuro de su adhesión a Cristo es el futuro de la Iglesia en España y de la Iglesia Católica; es también, sin duda ninguna, un factor decisivo para el bien temporal y para el futuro histórico de España misma.

Son muchos los nuevos sacerdotes, seminaristas y personas consagradas que están dispuestos a esta tarea. Y no sólo dispuestos, ya han demostrado que están trabajando con entusiasmo en la evangelización de los jóvenes. Los que han acudido al encuentro de Cuatro Vientos no han llegado allí por casualidad, como si fueran ovejas sin pastor. Los evangelizadores de la juventud deben contar con nuestro apoyo incondicional de guías del Pueblo de Dios y amigos del Señor.

El próximo año 2004 se presenta una nueva oportunidad para la dinamización de la pastoral juvenil. El Año Santo Jacobeo permitirá organizar en torno a la peregrinación al Sepulcro del Apóstol Santiago, el Patrón de España, una acción pastoral capaz de aprovechar el atractivo y las virtualidades de

[25] Juan Pablo II, *Al rezar del “Regina coeli” en la Plaza de Colón*, en: Ecclesia 3152 (10. V. 2003) 36.

las referencias apostólicas e históricas del Camino de Santiago. Por lo demás, Santiago de Compostela, Meta y Camino, ha quedado unida en cierto modo a la histórica presentación de Jesucristo a los jóvenes por el Papa como el Camino, la Verdad y la Vida, en la Jornada Mundial de la Juventud de 1989.

II. La Iglesia vive de la Eucaristía: la decimocuarta encíclica del Papa

El pasado 17 de abril, día de Jueves Santo, Juan Pablo II publicaba la Carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia*[26], la decimocuarta de su pontificado. Agradecemos vivamente al Santo Padre su enseñanza, que toca uno de los puntos en los que se juega la evangelización de nuestro tiempo. La Iglesia, en efecto, halla la fuente y la cumbre de su vida en la Eucaristía. Lo tenemos presente en el vigente Plan Pastoral, en particular con relación a la significación del domingo para la configuración de la identidad cristiana[27].

La reciente Encíclica nos prestará, sin duda, una gran ayuda en el ámbito del doble objetivo que se propone. Ante todo, suscitar el “asombro eucarístico”[28], ya que en este sacramento, el sacramento por antonomasia, es el misterio central de Cristo el que se hace presente en el hoy de la Iglesia: el sacrificio pascual que nos salva. Pero la Encíclica nos ayudará también a “disipar las sombras de doctrinas y prácticas no aceptables[29] que oscurecen el sentido de la Iglesia como sacramento de salvación y, por tanto, dificultan o impiden la obra de la evangelización.

III. Elección del Secretario General de la Conferencia Episcopal

La preparación del Viaje del Papa ha llevado consigo la prolongación del tiempo de servicio de Mons. D. Juan José Asenjo como Secretario General de la Conferencia Episcopal. Sobre él ha recaído la coordinación general de dicha preparación. Con gusto reconocemos y agradecemos la excelente labor llevada a cabo, bajo su dirección, por la Secretaría General. Junto con las comisiones diocesanas de Madrid y con el apoyo de miles de voluntarios, en las

[26] Cf. Juan Pablo II, Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, (17 de abril 2003).

[27] Cf. LXXVII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, *Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2002 - 2005. Una Iglesia esperanzada: “¡Mar adentro!”* (Lc 5, 4), nº 24.

[28] Juan Pablo II, Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* 6.

[29] Juan Pablo II, Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* 10.

diócesis y luego sobre el terreno, en los escenarios de la Visita, se ha realizado un buen trabajo, sin el cual y sin la entrega personal de tantos no hubiera sido posible el desarrollo ordenado y brillante de los actos. Gracias, pues, a D. Juan José y a todos sus colaboradores.

Ahora, finalizados los plazos previstos, en esta Asamblea hemos de estudiar la elección del Secretario General, de acuerdo con los Estatutos de la Conferencia Episcopal.

IV. Otros asuntos: escuela, familia y liturgia

En esta Asamblea hemos de abordar también otros asuntos de gran actualidad, como son diversas informaciones y decisiones referentes a la escuela católica: sobre su futuro y sobre la aplicación, en su ámbito, de la Ley de calidad. Escucharemos y estudiaremos los informes a este respecto de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis y de la FERE. Los obispos no podemos no estar muy atentos a una cuestión tan importante y delicada, con tantas implicaciones en la misión fundamental de la Iglesia de transmitir la fe a las nuevas generaciones.

La Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida presenta a la consideración de nuestra Asamblea Plenaria un *Directorio de Pastoral Familiar*. Se trata de una de las acciones previstas en el Plan Pastoral (nº 66) como medio de desarrollo y aplicación de la Instrucción Pastoral *La familia santuario de la vida y esperanza de la sociedad* (2001). Habremos de estudiarlo con el interés y el cuidado que merece un campo tan importante para la acción evangelizadora de la Iglesia y hoy tan necesitado de una atención especial.

La Comisión Episcopal de Liturgia somete a la aprobación de la Asamblea varios textos de notable interés: la traducción al castellano y al catalán de la *Institutio Generalis Missalis Romani* de la III Edición Típica del Misal; la traducción a las mismas lenguas del *Ritual de los exorcismos y otras oraciones* y, por fin, la segunda edición catalana del *Ritual de Exequias*. Estos trabajos de la Comisión de Liturgia nos permitirán volver sobre la importancia capital que tiene para la vida de la Iglesia la recta celebración de los misterios de Cristo en la acción litúrgica, en particular, en la Eucaristía, como nos acaba de recordar el Papa en su última encíclica.

Conclusión

Antes de terminar estas palabras, con las que inauguramos la LXXX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, no podemos menos que evocar la beatificación reciente de las Beatas Dolores Sopeña y Juana María Condesa Lluch el pasado 23 de marzo, pocas semanas antes de la Visita del Santo Padre a España y de las cinco canonizaciones de la Plaza de Colón. Ellas se suman también a esa prodigiosa lista de mujeres contemporáneas, de los cercanos siglos XIX y XX de nuestra historia común, de gran temple cristiano y apostólico, que supieron llevar la luz del Evangelio a las situaciones de necesidad y de pobreza de la España de su tiempo, tan cercano al nuestro. También ellas ponen de manifiesto que el poder de la gracia de Cristo es capaz de transformar nuestras personas y nuestro mundo de manera realmente milagrosa.

A su intercesión y a la de los santos canonizados por el Papa aquí en Madrid encomendamos los trabajos de nuestra Asamblea. Que María, la Madre de la Iglesia, nos acompañe.

**HOMILÍA EN LA
SOLEMNIDAD DEL SANTÍSIMO CUERPO
Y SANGRE DE CRISTO**

Explanada de la Catedral de La Almudena,
22.VI.2003

(Gen 14,18-; Sal 109,1.2.3.4; 2 Cor 11,23-26; Lc 9,11b-17)

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

I. LA IGLESIA VIVE DE LA EUCARISTÍA. La Iglesia Universal y cada Iglesia Particular. Nuestra Iglesia Diocesana de Madrid vive también de la Eucaristía. Y, por el contrario, cuando en la Iglesia, sea cual sea el lugar en el que se encuentre encarnada, se olvida, minusvalora o relativiza el Santísimo Sacramento de la Eucaristía instituido por Jesucristo Nuestro Señor como “sacrificio, presencia y banquete”, se abre el camino al debilitamiento progresivo e imparable de la vida cristiana, a la rápida desaparición del vigor apostólico, e, incluso, a la pérdida de toda capacidad de Evangelización.

El Santo Padre ha querido en su última Carta Encíclica sobre la Eucaristía -“Ecclesia de Eucaristia”- volver a recordar la verdad plena e íntegra del

Misterio Eucarístico que es Sacramento de Nuestra Fe por antonomasia, dado que en él se contiene todo el don y misterio de nuestra Salvación: el don de Cristo en su totalidad. Porque el don eucarístico del Señor “es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación” (EexE. 11). No es extraño pues que el Papa haya querido, como él mismo dice, suscitar de este modo “el asombro eucarístico” de toda la comunidad eclesial, a fin de ahondar de verdad en el programa que ha dejado a la Iglesia “con la Carta Apostólica NOVO MILLENIO INEUNTE y con su coronamiento mariano ROSARIUM VIRGINIS MARIAE”, cuya esencia e inspiración fundamental consiste en “contemplar el rostro de Cristo y contemplarlo con María”, y así “remar mar adentro en las aguas de la historia con el entusiasmo de la nueva evangelización” (EexE. 6).

Nuestra Iglesia diocesana necesita compartir intensamente “este asombro”. Yo diría, lo precisa con urgencia ante la tarea de la preparación de su Tercer Sínodo Diocesano que nos reclama con fuerza un compromiso neta y limpiamente evangelizador. Puesto que, o es vivido y sentido como “un proceso de conversión verdaderamente espiritual” que nace y se alimenta de esa auténtica y plena experiencia y piedad eucarísticas, o no llegará nunca a fructificar en un nuevo capítulo de la transmisión de la fe a las nuevas generaciones y a la sociedad madrileña de hoy. ¿Es que hay otra vía alternativa a la de caminar juntos al encuentro y contemplación del rostro eucarístico de Cristo a la hora de afrontar y vencer la tentación y la seducción ejercidas por la cultura imperante del agnosticismo materialista, centrado en el puro y duro ideal del pasarlo bien a toda costa, caiga quien caiga? Ciertamente no.

II. LA SOLEMNIDAD DEL SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO, “EL CORPUS”, nos ofrece este año en Madrid una oportunidad singular para proclamar la verdad plena de la Eucaristía y ofrecerla y proponerla públicamente- aunque no imponerla- a nuestros hermanos y conciudadanos.

Hace poco más de un mes, el Santo Padre nos dirigía una vibrante llamada a ser “testigos” del Evangelio, el que hemos heredado a través de una historia excepcional de raíces cristianas, cultivadas con primor por nuestros mayores durante muchos siglos -casi dos milenios- sin separarse nunca del seno de la Iglesia Católica. La llamada resonaba en el corazón de la ciudad de Madrid y la interpelaba directamente, pero para ser sus testigos dentro y fuera de

España, ejercitando el testimonio tanto dentro de las comunidades cristianas como en medio de la sociedad. ¡Todo un desafío pastoral y apostólico para la Iglesia en España y, no en último lugar, para nosotros, la Iglesia diocesana de Madrid! Para sus Pastores, sus sacerdotes, los consagrados, los fieles laicos, los matrimonios y las familias cristianas.

Nuestra celebración del “Corpus” de este año debe ya decididamente orientar e impulsar nuestra respuesta en la línea correcta teológicamente y fructuosa espiritual y pastoralmente, y que no puede ser otra que la de una síntesis de fe y de vida, alentada y animada por “el asombro eucarístico” del que habla Juan Pablo II. Veamos de nuevo con los ojos de una fe eucarística, desplegada en toda la riqueza de sus contenidos sacramentales lo que significa vivir de la Eucaristía; tratemos de llevar a la práctica personal y pastoral de todos los días lo que la Iglesia ha ido descubriendo y desvelando en el Misterio del Sacramento Eucarístico hasta el mismo Vaticano II a través de sus espléndidas perspectivas eclesiales y litúrgicas; y acertaremos. El Papa resume genialmente lo que implica vivir la plena experiencia eucarística de este modo:

“El Misterio Eucarístico -sacrificio, presencia, banquete- no consiente reducciones ni instrumentalizaciones, debe ser vivido en su integridad, sea durante la celebración, sea en el íntimo coloquio con Jesús apenas recibido en la comunión, sea durante la adoración eucarística fuera de la Misa. Entonces es cuando se construye firmemente la Iglesia y se expresa realmente lo que es: una, santa, católica y apostólica; pueblo, templo y familia de Dios; cuerpo y esposa de Cristo, animada por el Espíritu Santo; sacramento universal de salvación y comunión jerárquicamente estructurada” (EexE. 61).

Se comprenden y asimilan bien pronto las palabras del Papa si se atiende y secunda sin vacilaciones su invitación de acudir a “la Escuela de María, ‘Mujer Eucarística’”, la que verdaderamente sabe introducir a los hijos en el conocimiento pleno del Hijo, siguiendo una exquisita pedagogía, la de su amor materno: divino y humano a la vez.

III. LA ESCUELA DE MARÍA, MUJER EUCARÍSTICA.

Es cierto que en los relatos evangélicos no se menciona la presencia de María junto a su Hijo cuando instituye el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Pero sí se la ve acompañando a los Apóstoles y cómo está y permanece con

ellos en el Cenáculo de Jerusalén cuando unidos en la oración esperan la venida del Espíritu obedeciendo el mandato del Señor Resucitado. Y hay que suponer, además, que su presencia no faltó nunca en las primeras celebraciones eucarísticas de la comunidad cristiana naciente, reunida en torno a los Doce para escuchar sus enseñanzas “y partir el pan”. Sin duda, Ella, con la misma discreción con la que estuvo al lado su Hijo en el tiempo de su vida mortal, iluminaría y alentaría sencilla y humildemente la vivencia plena del amor fraternal, especialmente con los más pobres, en el interior y en el exterior de la comunidad de los discípulos que crecía sin cesar. Sin embargo, lo más importante es su relación con la Eucaristía a partir de su actitud personal, tal como la expone el Papa al afirmar de María con extraordinaria lucidez teológica que “es mujer ‘eucarística’ con toda su vida” (EexE. 53).

Desde su “fiat” a lo que le pide el Señor, ofreciendo su seno virginal para la Encarnación del Verbo; a partir de su firme confianza en la gracia de su Hijo en la Bodas de Caná -“haced lo que Él os diga”-; y hasta el “Stabat Mater” al pie de la Cruz..., se dibujan los rasgos más hondos y sublimes de cómo debemos de vivir la Eucaristía. Detengámonos con Ella, sin prisas, en el momento supremo del sacrificio del Hijo, acompañémosla piadosamente en el instante en que Jesús hace al Padre la oblación de su Cuerpo y de su Sangre en la Cruz, y veremos cómo se rasga espiritualmente su corazón de madre al mismo tiempo que queda herido mortalmente el Corazón Divino de su Hijo, y cómo acepta así, sin reserva alguna, ser la Madre de todos los hombres. ¿Cabe otra fórmula de sumarse al sacrificio de Cristo y a su amor redentor, ofreciendo nuestras vidas diariamente con Él al Padre, implorando su misericordia y abriendo el corazón a su gracia en la lucha contra el pecado y el maligno, que no sea la de comulgar su Cuerpo y su Sangre como alimento de santidad para la vida eterna y vigor del Espíritu Santo para el testimonio comprometido del amor fraternal preferentemente con los pobres y pecadores? No, no hay otro itinerario para acercarse al Sacramento del “Amor de los Amores” que el de María, Virgen Dolorosa y Madre del Señor y Salvador, Asumpta al Cielo, “la Mujer Eucarística” de la que nos ha hablado el Papa.

Estemos pues seguros: si acudimos a la Virgen María, Virgen de La Almudena, con la actitud evangélica del niño que busca el regazo de su Madre, dejándose llevar y amar por Ella, encontraremos a Cristo en la expresión sacramental más plena y actual de su amor redentor. Con María encontraremos todos los días a Jesús Sacramentado en “la fracción del Pan” y en los sagrarios

de nuestras Iglesias como aquel que nos invita a entrar en el misterio de su amor misericordioso, a fin de que lo sepamos reflejar y testimoniar en todos los aspectos de la vida con la reparación de los pecados y el amor sencillo y auténtico a los más pobres de alma y de cuerpo. Y, sobre todo, lograremos celebrar este “CORPUS” tan singular del Madrid del año 2003, el de la Visita Apostólica de Juan Pablo II, como un providencial paso para experimentar cada uno de nosotros y toda la Iglesia Diocesana la riqueza salvífica del Santísimo Sacramento de la Eucaristía con nueva y fresca verdad, con renovada y comprometida fidelidad a la llamada a “ser sus testigos”, testigos del Evangelio, del que tanto necesitan y al que tanto añoran los hombres de nuestro tiempo.

A m é n .

PRESENTACIÓN DE LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA POSTSINODAL "ECCLESIA IN EUROPA"

Rueda de Prensa. El Vaticano, 28.VI.03

Introducción

Como preparación para el Gran Jubileo del año 2000 el Santo Padre decidió celebrar diversos Sínodos de carácter continental. El último de ellos fue el dedicado a Europa, que tuvo lugar del 1 al 23 de Octubre de 1999. Era la II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, puesto que la primera se había celebrado el año 1991, poco después de la caída del muro de Berlín.

El tema central de la II Asamblea fue la esperanza. Se proponía así una palabra clave para interpretar la situación de Europa en el paso del milenio: por un lado está mirando al futuro en ese proyecto de construcción de la Unión Europea y por otro se aprecian síntomas de falta de verdadero sentido y de esperanza para construir adecuadamente ese futuro.

Mas, al centrar los Padres sinodales su reflexión en la esperanza, no lo hacían proponiendo una especie de vago sentimiento de ánimo que impulsa los proyectos humanos; ni tampoco determinando, sin más, unas metas más o menos utópicas para la construcción de la futura Europa. La esperanza que mostra-

ban tiene nombre propio y se llama Jesucristo. Así lo decía el tema del Sínodo: «Jesucristo vivo en su Iglesia y fuente de esperanza para Europa».

Éste mismo es el contenido esencial de la Exhortación Apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa* que ha escrito el Santo Padre, teniendo en cuenta las deliberaciones del Sínodo y las propuestas finales que los Padres sinodales le presentaron. En efecto, hay una palabra que atraviesa toda la Exhortación: «El evangelio de la esperanza»; y una clave de interpretación: ese Evangelio de la esperanza es Jesucristo, como la Buena Noticia que la Iglesia puede aportar a los hombres y mujeres de Europa para ser felices y a la nueva Europa, que se pretende construir, para que tenga fundamento sólido.

1. Luces y sombras de la esperanza

El documento sigue un hilo conductor: el libro del Apocalipsis como icono bíblico que ilustra nuestra realidad: en la primitiva Iglesia, como ahora, la inserción de los cristianos en la historia, con sus interrogantes y dificultades, está iluminada por la victoria de Jesucristo resucitado: la construcción de la ciudad terrena prescindiendo de Dios o contra Él no tiene futuro digno del hombre.

Partiendo de esta convicción, se mira la realidad europea desde la perspectiva de la esperanza. Se descubren algunos signos preocupantes que son un reto para la acción pastoral de la Iglesia. Entre ellos cabe mencionar los siguientes:

1º) La pérdida de la memoria y de la herencia cristiana: ésta actitud convertiría a los europeos en una especie de herederos que están a punto de despilfarrar el rico patrimonio recibido durante los siglos pasados.

2º) El miedo a afrontar el futuro, que se manifiesta en el vacío interior, en la escasa natalidad, o en el miedo a asumir decisiones definitivas, como el compromiso matrimonial o la vocación consagrada.

3º) Una difusa fragmentación de la existencia, que tiene expresiones en el deterioro de la familia o los rebrotos de conflictos étnicos y actitudes racistas, con un cierto decaimiento de la solidaridad interpersonal.

4º) Algunas ofertas de esperanzas intramundanas, como los paraísos de la ciencia, del consumismo o de búsquedas esotéricas de espiritualidad no pueden saciar la imborrable nostalgia de esperanza que anida en el corazón humano.

Estos síntomas no brotan por generación espontánea, sino que tienen su raíz en una antropología sin Dios, que pretende convertirse en cultura dominante, dando la impresión de que la cultura europea sería una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente, que vive como si Dios no existiera.

Pero junto a estas sombras, hay en Europa también signos positivos de esperanza:

1º) Por parte de la sociedad civil está la conciencia creciente de la unificación de Europa y de la comunidad de pueblos, a la vez que la sensibilidad hacia la defensa de los derechos humanos.

2º) En el interior de la Iglesia, se advierten muchas semillas y realidades esperanzadoras: la libertad de la Iglesia recuperada en Europa del Este; el mayor empeño de la Iglesia por concentrarse en su misión espiritual; la conciencia de la responsabilidad de los bautizados, la mayor participación de la mujer; el testimonio de los santos y de los mártires; la vitalidad que sigue habiendo en las parroquias, en las organizaciones apostólicas y en los nuevos movimientos y comunidades eclesiales, así como el progreso en el camino del ecumenismo.

2. Cristo, la respuesta y la fuente de esperanza

Partiendo de estas realidades esperanzadoras, la Iglesia está convencida de que tiene un tesoro que ofrecer a Europa, en realidad su único tesoro y esperanza: Jesucristo. Es la aportación específica y mejor que puede hacer para la construcción de Europa. Lo sabe por experiencia, ya que ella ha contribuido a configurar la identidad de Europa de una manera decisiva. Si los valores que han dado lugar a la cultura humanista de Europa tienen múltiples raíces, estas influencias han encontrado históricamente en el cristianismo la fuerza para armonizarlas, consolidarlas y promoverlas.

Es preciso reconocer que «Europa ha sido impregnada amplia y profundamente por el cristianismo» (...) «La fe cristiana ha plasmado la cultura del Continente y se ha entrelazado indisolublemente con su historia» (n.24). Son datos evidentes que la Iglesia en el pasado ha aportado a la construcción de Europa los misioneros, los monjes, creaciones culturales y artísticas o normas de derecho y ha promovido la dignidad de la persona humana como fuente de derechos inalienables, además de que, con su impulso misionero, ha difundido por el mundo los valores que han hecho universal la cultura europea (cf. N. 25). El Santo Padre no se cansa de recordarnos la herencia y raíces cristianas de

nuestra cultura, como lo ha hecho recientemente en las visitas a España y a Croacia.

Pero Jesucristo no tiene que ver sólo con el pasado de Europa. La Iglesia está convencida de que puede hacer una gran contribución a la construcción de la Europa en los valores y de los pueblos no ofreciendo soluciones técnicas, sino fundamentos de valores y derechos en la dignidad del hombre como hijo de Dios; sentido para la vida de las personas y para los proyectos institucionales, ofreciendo el horizonte de la trascendencia y el destino de la vida eterna; ofrece también la Iglesia modelos y experiencia de convivencia, porque, siendo una, respeta la pluralidad y la riqueza de la diversidad. Cristo, presente en su Iglesia, se ofrece así como la esperanza para Europa.

3. Vivir y anunciar el Evangelio de la esperanza

¿Cómo será posible hacer este servicio y ofrecer esta esperanza?

Sólo si la Iglesia vive, anuncia, celebra y sirve el evangelio de la esperanza. Estos cuatro enunciados constituyen el núcleo de la Exhortación.

En primer lugar, el Papa hace una llamada a los católicos de Europa para que *vivamos más a fondo el evangelio de la esperanza*, es decir, para que nos convirtamos, para que, con expresión del Apocalipsis (cf Ap. 3,2), despertemos y reavivemos lo que está a punto de morir. Detecta en el interior de la Iglesia de Europa algunos síntomas preocupantes de mundanización y connivencia con la lógica del mundo y hace una llamada a no perder la identidad cristiana, a recuperar la vida interior, a mantener la comunión, a superar temores, lentitudes, omisiones e infidelidades y a continuar el camino del diálogo ecuménico.

Esta llamada a la revitalización cristiana se dirige a todos, con la convicción de que así saldrá beneficiada la misión y el servicio a Europa. Los sacerdotes aportarán esperanza, siendo transparencia de Cristo en una sociedad aquejada de horizontalismo, viviendo el celibato como una gracia y superando el cansancio y el desaliento. La vida consagrada puede hacer una aportación específica de esperanza a Europa con su testimonio de la supremacía de Dios, su vivencia de la fraternidad, su atención a los marginados y su disponibilidad para la misión en otros Continentes. No olvida el Papa hacer una llamada especial para cuidar la pastoral vocacional, ante la preocupante escasez de vocaciones sobre

todo en Europa occidental. Los laicos, por su parte, tienen una misión de servicio en la vida pública, continuando el ejemplo de aquellos cristianos a los que se ha llamado «padres de Europa», además del testimonio de servicio en la vida ordinaria y en las múltiples tareas del trabajo profesional. Particularmente a la mujer le toca un papel importante en la construcción de una sociedad donde se cuide la dimensión afectiva, la gratuidad, la acogida. «La Iglesia espera de las mujeres una aportación vivificadora para una nueva oleada de esperanza» (n.42).

En segundo lugar la Exhortación se refiere a *anunciar el Evangelio de la esperanza*, a proclamar el misterio de Cristo. Hace notar que en Europa está creciendo el número de no bautizados y que hay «amplios sectores sociales y culturales en los que se necesita una verdadera y auténtica *misión ad gentes*». Para ellos se precisa el primer anuncio de la fe. A la vez existen muchos bautizados alejados de la fe, contagados de un humanismo inmanentista o con una interpretación secularista de la fe, que necesitan una nueva evangelización. Y, por supuesto, hace falta formar para una fe madura mediante una catequesis apropiada a los diversos itinerarios espirituales, que sea orgánica y sistemática. Todo ello se verá favorecido por la promoción de una buena teología. Especial atención merece la renovación de la pastoral juvenil, sabiendo que hay que dedicar tiempo de escucha, acompañamiento personal, propuesta de las exigencias evangélicas y el camino de la santidad fortalecidos por una vida sacramental intensa. El Papa recuerda el significado eclesial y la esperanza que suscitan los encuentros que ha tenido con los jóvenes en tantas partes.

En el camino de la evangelización cobra especial relieve el testimonio de la comunión eclesial, el diálogo ecuménico, al que el Papa califica como «imperativo irrenunciable» (n.54) y también el diálogo con las otras religiones que tienen una presencia más significativa en Europa: el hebraísmo y el islamismo. El Papa espera que respecto al pueblo judío «florezca una nueva primavera en las relaciones recíprocas» (n.56) y pide una correcta relación con el Islam, que «debe llevarse a cabo con prudencia, con ideas claras sobre sus posibilidades y límites... conscientes de la notable diferencia entre la cultura europea, con profundas raíces cristianas, y el pensamiento musulmán» (n.57).

Se refiere finalmente al Santo Padre a la necesidad de evangelizar la vida social. Hay que evangelizar la cultura e inculcar el Evangelio, recordando la fecundidad cultural del cristianismo en la historia de Europa. Y resalta el importante servicio de las escuelas católicas, de las Universidades de la Iglesia y

de la pastoral universitaria, además de las posibilidades evangelizadoras de los bienes culturales de la Iglesia. Exhorta también al diálogo con los artistas de hoy para expresar la belleza, que es un «reflejo del Espíritu de Dios, un criptograma del misterio y una invitación a buscar el rostro de Dios hecho visible en Jesús de Nazaret» (n.60). Asimismo pide prestar particular atención a los Medios de Comunicación social, tanto a los propios de la Iglesia, como a la presencia de profesionales católicos en los demás.

Acaba esta parte proponiendo el Evangelio como libro para la Europa de hoy y de siempre: un libro a recibir, a gustar y a asimilar (cf. Ap.10, 8-10).

4. Celebrar y servir al Evangelio de la esperanza

En tercer lugar, la Exhortación habla de *celebrar el Evangelio de la esperanza*. Hace observar el sentido religioso que sigue habiendo en Europa hoy, con manifestaciones auténticas, como muchos grupos de oración ; y otras manifestaciones que, aunque estén desencaminadas, manifiestan un deseo difuso de espiritualidad que hay que saber encauzar. Como objetivos, se plantean: ser una Iglesia orante y descubrir en las celebraciones litúrgicas el sentido del misterio y toda su hondura espiritual.

En las celebraciones de los Sacramentos se advierten dos peligros: que en algunos ambientes eclesiales se está perdiendo el sentido auténtico de los sacramentos y que muchas veces hay el riesgo de banalización porque muchos piden los sacramentos sin una debida preparación. Presenta brevemente la centralidad de la Eucaristía, recordando algunos de los aspectos que trata más ampliamente la reciente encíclica *Ecclesia de Eucaristía*, como el aspecto sacrificial y la dimensión escatológica. Sobre el sacramento de la Reconciliación resalta que tiene un papel fundamental en la recuperación de la esperanza, porque el perdón posibilita un nuevo comienzo; y recuerda la doctrina sobre la necesidad del encuentro de la absolución individual, además de la urgencia de formar moralmente las conciencias.

Insiste también en algo puesto de relieve en la Exhortación *Novo Milenio Ineunte*: la necesidad de una pastoral y pedagogía de la oración , que es «como el aire que respira el cristiano» (n.78), cuidando sus múltiples expresiones tanto comunitarias como personales, desde el culto eucarístico hasta el rezo del Santo Rosario.

Por último exhorta a recuperar y defender el «Día del Señor», que es un momento paradigmático del evangelio de la esperanza, ya que «sin la dimensión de la fiesta, la esperanza no encontraría un hogar donde vivir» (n.82).

En cuarto lugar se refiere al Papa a *servir al Evangelio de la esperanza*. Exhorta a entrar por la vía del amor, porque una Iglesia que vive la experiencia del amor de Dios ha de procurar que los hombres se encuentren con ese amor. De ahí nace el servicio de la caridad. De este modo y con el voluntariado cristiano bien identificado en su fe, la Iglesia contribuye a extender la «cultura de la solidaridad» con fundamento sólido.

En consecuencia, invita al Santo Padre a que la Iglesia de nueva esperanza a los pobres, por el amor preferencial a ellos. Alude a varios aspectos concretos de servicio al hombre en la sociedad: la atención al problema del desempleo, la pastoral de enfermos, la ecología. Y desarrolla con más amplitud tres grandes temas de especial importancia en Europa:

1º) El matrimonio y la familia, que es preciso defender como institución, frente a propuestas y proyectos legales que desvirtúan su identidad; Para ello hay que mostrar su verdad y belleza, educar para el amor a los jóvenes y estar cercanos a las situaciones familiares difíciles.

2º) Defender el evangelio de la vida frente a la escasa natalidad y las amenazas del aborto o de la eutanasia.

3º) Ante el fenómeno creciente de las inmigraciones, fomentar una cultura de la acogida. Ello supone trabajar por un orden internacional más justo, idear formas de acogida inteligentes, reconocer los derechos de las personas, integrar a los inmigrantes en el tejido social y cultural europeo y ofrecer servicios de acogida y atención pastoral por parte de la Iglesia, teniendo en cuenta que muchos de ellos son católicos.

Finalmente recuerda el Papa la Doctrina Social de la Iglesia, como referencia para la calidad moral de la civilización y de la sociedad, que se trata de construir. Y hace una llamada a que la Iglesia sea la Iglesia de las bienaventuranzas: pobre, amiga de los pobres, constructora de la paz y defensora de la justicia.

5. Esperanza para una nueva Europa

El libro del Apocalipsis habla de una «nueva Jerusalén» y de que Dios hace «todo nuevo» (Ap. 21, 2.5). Esta novedad de Dios no es una utopía, sino

una realidad ya presente en su Iglesia. Por eso ante la construcción de una «nueva Europa», la Iglesia puede aportar su novedad.

Vuelve el Papa a recordar que el cristianismo está en el nacimiento de la cultura europea, que fue un factor primario de unidad entre los pueblos y que «ha dado forma a Europa acuñando en ella algunos valores fundamentales; la modernidad europea misma, que ha dado al mundo el ideal democrático y los derechos humanos, toma los propios valores de su herencia cristiana» (n. 108). Pero en estos momentos «en que refuerza y amplia su propia unión económica y política, parece sufrir una profunda crisis de valores; aunque dispone de mayores medios, da la impresión de carecer de impulso para construir un proyecto común y dar nuevamente razones de esperanza a sus ciudadanos» (n.108). El Papa afirma que «la unión no tendrá solidez si queda reducida sólo a la dimensión geográfica y económica, pues ha de consistir ante todo en una concordia sobre los valores, que se exprese en el derecho y en la vida» (n.110).

Destaca también el papel que Europa puede desempeñar en la solidaridad y paz del mundo, explicando que «Europa debe querer decir apertura» (111), que debe ser un Continente abierto y acogedor, que no se puede encerrar en sí misma, sino estar abierta a la cooperación internacional, con iniciativas audaces, haciendo que la globalización sea en la solidaridad y de la solidaridad.

Alude al importante papel que las Instituciones europeas para promover la unidad del Continente y el servicio de las personas. Insiste en que un buen ordenamiento de la sociedad debe basarse en valores éticos y que esos valores están en primer lugar en los cuerpos sociales, entre los que están las Iglesias y otras organizaciones religiosas, a las que no se les puede considerar como meras entidades privadas.

Pide que en la futura Constitución Europea figure la referencia al patrimonio religioso y particularmente cristiano y que se reconozcan tres elementos complementarios: el derecho de las Iglesias y comunidades religiosas a organizarse libremente; el respeto a la identidad específica de las Confesiones religiosas; el respeto del estatuto jurídico del que ya gozan las Iglesias y las instituciones religiosas en virtud de las legislaciones los Estado miembros de la Unión (n.114).

El Papa afirma que la relación de la Iglesia con Europa, no es la de la vuelta a un Estado confesional, pero tampoco la de un laicismo o separación

hostil, sino de sana cooperación. La contribución que la Iglesia puede hacer a la construcción de Europa es la dimensión religiosa, según todo lo expuesto en los capítulos centrales de la Exhortación; ofrece también su modelo de unidad en la diversidad y aporta todo el trabajo de sus comunidades en un compromiso efectivo por humanizar la sociedad, además de sus organismos continentales de comunión eclesial, que también contribuyen a la unidad de Europa. También reconoce que la Europa que se construye como unión es un nuevo impulso en el camino de la unidad de la Iglesia.

Por último, Juan Pablo II insiste en que «Europa necesita un salto cualitativo en la toma de conciencia de su herencia espiritual» (n.120) y, como ya hiciera en Santiago de Compostela el año 1982, vuelve ahora a pedir a Europa que reencuentre su verdadera identidad: «Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces» (n.120). Y acaba diciéndole que «El evangelio no está contra ti, sino a tu favor»; que «en el Evangelio de Jesús encontrarás la esperanza firme y duradera a que aspiras» y que «el Evangelio de la esperanza no defrauda».

Concluye la Exhortación mirando a María e invocando su protección sobre Europa, que está llena de santuarios marianos, que muestran la devoción a la Virgen extendida entre los pueblos europeos.

CARTA PASTORAL CON OCASIÓN DEL DÍA DEL PAPA

EN LA SOLEMNIDAD DE LOS SANTOS APÓSTOLES PEDRO Y PABLO

29 de junio de 2003

El próximo domingo 29 de Junio, solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo, la Iglesia celebra el día del Papa que, en esta ocasión, alcanza un relieve especial al estar a punto de conmemorarse el XXV aniversario de su Pontificado. La Iglesia da gracias a Dios por Juan Pablo II, Sucesor de Pedro, y por los veinticinco años que, con generosa entrega y total dedicación, ha cumplido con el oficio de pastorear al rebaño de Cristo como signo de aquel amor primero que el Señor resucitado pidió a Pedro y, en él, a sus sucesores: «Pedro, ¿me amas más que éstos?». Juan Pablo II ha mostrado durante estos veinticinco años que ama a Cristo con un amor inagotable, que hace de él un signo vivo del Maestro que le llamó al supremo pontificado y que le sostiene al frente de la Iglesia por la que da la vida día a día.

Así hemos tenido la oportunidad de verlo con nuestros propios ojos en la reciente visita apostólica a España los pasados 3 y 4 de Mayo. Sí, hemos visto al Sucesor de Pedro, Vicario de Cristo en la tierra, confirmándonos en la fidelidad

dad a Cristo. Nos ha confirmado con su palabra, siempre viva, directa y evangélica, ajustada a nuestro momento histórico y a sus peculiares circunstancias. Le hemos visto próximo, padre y hermano, cercano y amigo de todos interpelando a nuestra conciencia cristiana e invitándonos a decir sí a Cristo en el camino de la santidad. Pero nos ha confirmado, sobre todo, con el testimonio de su entrega sin reservas, que hace de él la imagen viva de quien no se sirve a sí mismo, sino a los hombres. Hemos visto al Siervo de los siervos de Dios. Fuerte en su debilidad y entregado al ministerio recibido, Juan Pablo II nos ha hecho sentir la presencia misma de Cristo, su cercanía sacramental y el gozo de ser miembros de la Iglesia que dirige con la sabiduría de la cruz.

El día del Papa nos ofrece la oportunidad este año de dar gracias a Dios por el don de su reciente visita y de pedir por él para que, libre de sus enemigos, le mantenga al frente de la Iglesia como el supremo testigo del amor de Cristo. Os invito, pues, a elevar súplicas y oraciones en todas las parroquias y comunidades cristianas a favor del Santo Padre. Y os invito a participar en la solemne celebración eucarística que tendrá lugar el **domingo 29 de Junio, a las doce horas, en la Santa Iglesia Catedral de Santa María la Real de la Almudena** en acción de gracias por el XXV año de su Pontificado. En esta celebración nos uniremos a las intenciones del Papa y, de modo especial, al gozo de su servicio en la Iglesia, un gozo entreverado de sufrimientos de los que también él, como Pedro, ha sido testigo cualificado del Señor.

Queridos diocesanos, esta celebración del día del Papa debe urgirnos a ser fieles al Sucesor de Pedro y a su supremo magisterio. El mejor regalo que podemos ofrecerle en este día tan señalado es el de acoger su palabra y convertirla en vida propia. El reto que nos ha planteado recientemente su visita es, ni más ni menos, el reto de la santidad. Él nos ha mostrado el camino: la adhesión inquebrantable a Cristo; nos ha indicado los medios para vivir la unión con Él: la oración, el cumplimiento de la voluntad de Dios, y la práctica de las virtudes cristianas; nos ha propuesto cinco modelos de santidad indiscutibles que nos ayudarán a no desfallecer en el seguimiento de Cristo. Devolvamos al Papa, convertida en vida, la palabra de verdad que nos ha dirigido y que el gozo de su ministerio sea el progreso de nuestra vida cristiana.

Pongamos estas intenciones en las manos de Santa María, nuestra Madre, para que ella vele siempre por aquél que cumple entre nosotros el sublime

oficio de representar a su Hijo para la Iglesia universal, venido en la carne y exaltado en la gloria.

Con mi afecto y bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

CONSEJO PRESBITERAL AÑOS 2003-2006

PRESIDENTE

Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio María Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid.

MIEMBROS NATOS

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Fidel Herráez Vegas, Obispo Auxiliar.

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. César Augusto Franco Martínez, Obispo Auxiliar.

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Eugenio Romero Pose, Obispo Auxiliar.

Ilmo. Sr. D. Joaquín Iniesta Calvo-Zatarain, Vicario General.

Ilmo. Sr. D. Isidro Arnáiz Vázquez, Vicario Judicial.

Ilmo. Sr. D. Justo Bermejo del Pozo, Vicario Episcopal para el Clero.

Ilmo. Sr. D. Joaquín Martín Abad, Vicario Episcopal para la Vida Consagrada.

Ilmo. Sr. D. Tomás Juárez García-Gasco, Vicario Episcopal para Asuntos Económicos.

Ilmo. Sr. D. Antonio Astillero Bastante, Vicario Episcopal para las Relaciones y Actos Públicos.

Ilmo. Sr. D. José María Bravo Navalpotro, Vicario Episcopal Vicaría I.

Ilmo. Sr. D. Luis Domingo Gutiérrez, Vicario Episcopal Vicaría II.

Ilmo. Sr. D. Juan José del Moral Lechuga, Vicario Episcopal Vicaría III.

Ilmo. Sr. D. Ángel Matesanz Rodrigo, Vicario Episcopal Vicaría IV.
Ilmo. Sr. D. Gil González Hernán, Vicario Episcopal Vicaría V.
Ilmo. Sr. D. Julio Lozano Rodríguez, Vicario Episcopal Vicaría VI.
Ilmo. Sr. D. José Luis Huéscar Cañizal, Vicario Episcopal Vicaría VII.
Ilmo. Sr. D. Javier Cuevas Ibáñez, Vicario Episcopal Vicaría VIII.
Ilmo. Sr. D. Alberto Andrés Domínguez, Canciller Secretario.
M. Iltre. Sr. D. Andrés García de la Cuerda, Rector del Seminario Conciliar.
M. Iltre. Sr. D. Juan Fernández, Rector del Seminario Redemptoris Mater.

MIEMBROS ELECTOS

Vicaría I

D. Antonio Arroyo Torres.
D. Luis Fernández Peláez.

Vicaría II

D. Ildefonso Herranz Tercero.
D. Agustín Martín Fernández.

Vicaría III

D. Lino Hernando Hernando.
D. Juan Fernández de la Cueva y Martínez – Raposi.

Vicaría IV

D. Antonio García Moreno.
D. Mariano Vélez Caballero.

Vicaría V

D. Faustino Alarcón Hortelano.
D. Agustín Rodríguez Teso.

Vicaría VI

D. José Cobo Cano.
D. Santos Valentín Urías Ibáñez.

Vicaría VII

D. Miguel Jimeno Gómez.
D. José Fernando López de Haro.

Vicaría VIII

P. José María Martín Sánchez, O.S.A.

D. Evaristo Alonso Cuenca.

Curia

D. Roberto Serres López de Guereñu.

Delegaciones Diocesanas

D. Manuel María Bru Alonso.

Claustro de Profesores de la Facultad de Teología San Dámaso

D. Manuel del Campo Guilarte.

Seminario Conciliar

D. Fausto Calvo Vicente.

Instituto Superior de Ciencias Religiosas

D. Julián Carrón Pérez.

Capellanes de Hospitales o Residencias

D. Francisco Inés González.

Sacerdotes religiosos residentes en la Diócesis

P. Tomás Martín Pérez, SS.CC.

MIEMBROS DESIGNADOS

D. Oscar del Olmo Roldán.

D. José María Calderón Castro.

D. Juan Jesús Candela García.

D. Jorge González Guadalix.

D. Gregorio Martínez Sacristán.

D. Javier Cremades Sanz – Pastor.

NOMBRAMIENTOS

PÁRROCOS

De San Antonio del Retiro: P. Emérito Merino Abad, O.F.M. (10-6-2003).

De San Joaquín: P. Teodoro García García, S.C. (10-6-2003).

De Espíritu Santo y Ntra. Sra. de la Araucana: D. José Miguel Granados Temes (10-6-2003).

De Santa María del Pilar: P. Victoriano Viñuelas Gómez, S.M. (10-6-2003).

De San Timoteo: D. José María Lorca Parra (24-6-2003).

De San León Magno: D. Antonio Bravo Tisner (24-6-2003).

VICARIOS PARROQUIALES

De San Joaquín: P. Carlos Alonso Vargas, S.C. (10-6-2003).

De Santa María del Pilar: P. José Luis Martínez González, S.M. (10-6-2003).

De San Antonio del Retiro: PP. José Carmelo García Rodríguez y Jesús de la Cruz Toledano, O.F.M. (10-6-2003).

De San León Magno: D. Jesús Calzada Martínez (24-6-2003).

ADSCRISTO

Del Oratorio del Santo Niño del Remedio: D. José M^a Cortejarana Cerezo (20-6-2003).

OTROS OFICIOS

Decano de la Facultad de Teología San Dámaso: Dr. D. Pablo Domínguez Prieto (7-6-2003).

Profesor Catedrático de Teología Sistemática II de la Facultad de Teología San Dámaso: Dr. D. Juan Antonio Martínez Camino, S.J. (7-6-2003).

Presidenta Diocesana de Acción Católica: D^a Irene Schumlakowski Morodo (11-6-2003).

Coordinador de Asistencia Religiosa Católica en el Hospital “La Paz”: D. Ángel Sanz del Olmo (24-6-2003).

Coordinador de Misiones de la Vicaría VI-Suroeste: P. Luis Pérez Hernández, S.X. (24-6-2003).

SAGRADAS ÓRDENES

El día 14 de junio de 2003, el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Francisco Álvarez Martínez, Cardenal Arzobispo Emérito de Toledo, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió, en la Parroquia de San Antonio, de Madrid, el Sagrado Orden del Diaconado a **Fray Emilio Rodríguez Sosa, O.F.M.Cap.**

El día 20 de junio de 2003, el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio María Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid, confirió, en la Parroquia de San Francisco de Borja de Madrid, el Sagrado Orden del Presbiterado a los Rvdos.

P. Juan José Aguado de la Obra, S.J.,
P. Diego Alonso-Lasheras de Zavala, S.J.,
P. Antonio Cruz Trinidad, S.J.,
P. Juan Antonio Cuesta Olmo, S.J. y
P. José de Pablo Martínez de Ubago, S.J.

El día 21 de junio de 2003, el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio María Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid, confirió, en la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Santa María la Real de la Almudena, el Sagrado Orden del Diaconado a los seminaristas

D. Joaquín Abaga Nvo Mokuy,
D. Fulgencio Espa Feced,
D. Andrés Alberto Fernández López-Peláez,
D. Diego José Figueroa Soler,

D. Héctor Javier García Mediavilla,
D. Ricardo José Gómez de Ortega Fuente,
D. Manuel Aurelio Lorente Álvarez,
D. Fernando Antonio Martínez García,
D. Francisco Javier Medina Chávez,
D. Daniel Orozco Villaverde,
D. Francisco de Borja Pérez Garre,
D. Arturo Portabales González-Choren,
D. Pedro Sabe Andreu,
D. Juan Ignacio Sánchez Gurucharri,
D. Ricardo Spuch Redondo,
D. Antonio Joaquín de la Torre Munilla,
D. Jesús Vidal Chamorro, diocesanos de Madrid, y
D. Gaëtan Kabasha, diocesano de Bangassou (República Centroafricana).

El día 21 de junio de 2003, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. César Augusto Franco Martínez, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió, en la Parroquia de Santo Domingo Savio, de Madrid, el Sagrado Orden del Presbiterado a los Rvdos.

P. Javier López Díaz, T.C.,
P. José Antonio Mateos Llorente, S.D.B.,
P. Francisco Pescador Hervás, S.D.B.,
y el Sagrado Orden del Diaconado a los religiosos
Miguel Ángel Ferri Gandía, S.D.B.,
Francisco Javier Moreno López, S.D.B.,
Alberto Payá Rico, S.D.B. y
Francisco Javier Torres Álvarez, S.D.B.

El día 24 de junio de 2003, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. César Augusto Franco Martínez, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió, en el Monasterio de Santa María de El Paular, el Sagrado Orden del Presbiterado al **Rvdo. P. Miguel Muñoz Vila, O.S.B.**

El día 28 de junio de 2003, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Eugenio Romero Pose, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió, en la Capilla del Seminario de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada, de Pozuelo de Alarcón (Madrid), el Sagrado

Orden del Presbiterado al **Rvdo. P. Miguel Ángel Solís Álvarez, O.M.I.**, y el Sagrado Orden del Diaconado al religioso **Diego Sáez Martín, O.M.I.**

El día 29 de junio de 2003, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. César Augusto Franco Martínez, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió, en la Parroquia de San Vicente de Paúl, de Madrid, el Sagrado Orden del Diaconado al religioso **José Luis Simón Illera, C.M.**

DEFUNCIONES

- El día 3 de junio de 2003, el Rvdo. Sr. D. FRANCISCO VELASCO CAÑAS. Nació en Santo Domingo de la Calzada (La Rioja), el 12-10-1945. Ordenado el 5-4-1970. Fue religioso Claretiano y desde 18-6-1986 tenía permiso de ausencia de la vida comunitaria. Ha colaborado durante más de 20 años en la Parroquia de San Ambrosio. Fue Profesor de Filosofía en el Instituto de Enseñanza Media en Moratalaz.

- El día 13 de junio de 2003, D. ANANÍAS DELGADO, a los 96 años de edad, padre del Rvdo. Sr. D. Rudesindo Delgado Pérez, colaborador de la parroquia La Cena del Señor y Capellán del Hospital Instituto de Cardiología de Madrid.

- El día 15 de junio de 2003, D^a ELVIRA BLANCO RUIZ, a los 87 años de edad, madre del Rvdo. Sr. D. Antonio Ávila Blanco, sacerdote diocesano de Madrid.

- El día 21 de junio de 2003, D^a MARIA LUISA LAMELA MARTÍNEZ, a los 84 años de edad, madre del R.P. Ángel Camino Lamelas, O.S.A., párroco de la Parroquia de San Manuel y San Benito, de Madrid.

**Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compar-
tan también con Él la Gloria de la resurrección.**

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL JUNIO 2003

Día 1: Toma de posesión de Monseñor Javier Martínez, en Granada.

Días 1-6: Consejo Episcopal, en Murcia.

Día 7: Misa en la parroquia de Santa María de Caná, en Pozuelo.

Vigilia de Pentecostés, en la Catedral de la Almudena.

Día 8: Confirmaciones del Colegio Aldovea, en la Catedral de la Almudena.

Misa en la parroquia de Santa Catalina Labouré.

Día 9: Peregrinación de la Acción Católica al Cerro de los Ángeles.

Día 10: Consejo Episcopal.

Reunión de fin de curso del Seminario Redmptoris Mater.

Día 11: Reunión de Obispos de la Provincia Eclesiástica con la CONFER.

Día 12: Jornada de santificación sacerdotal en las Oblatas de Cristo Sacerdote.

Misa de acción de gracias por la canonización de Santa Ángela de la Cruz, en el convento de las Hermanas de la Cruz.

Día 13: Misa en la parroquia de San Antonio de la Florida.

Inauguración/bendición del Seminario Menor de La Inmaculada.

Día 14: Consejo Pastoral.

Confirmaciones en las Religiosas de María Inmaculada.

Día 15: Misa en la Catedral de la Almudena de envío de misioneros diocesanos.

Misa de acción de gracias por la canonización del P. Rubio, en la parroquia de San Francisco Javier, de La Ventilla.

Días 16-20: Asamblea Plenaria de la CEE.

Día 20: Ordenación de diáconos de los jesuitas en la parroquia de San Francisco de Borja.

Día 21: Ordenación de diáconos del Seminario diocesano, en la Catedral de la Almudena.

Vigilia del Corpus en la Catedral de la Almudena.

Día 22: Misa del Corpus Christi en la explanada de la Catedral de la Almudena y procesión.

Día 24: Consejo Episcopal.

Reunión con la Hermandad de la Sagrada Familia.

Día 25: Reunión con UMAS.

Visita pastoral a pueblos de la Vicaría I: La Mira del Valle, Pinilla del Valle y Lozoya del Valle.

Días 26-27: Pleno del Consejo Presbiteral en Los Molinos.

Día 29: Colocación Primera Piedra de la Parroquia de Santo Tomás Moro, en Majadahonda.



Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA DE SAN SEBASTIÁN MÁRTIR

(Domingo V de Pascua)

(Velilla de San Antonio, 18 Mayo 2003)

Lecturas: *Hch 9,26-31; 1 Jn 3,18-24; Jn 15,1-8.*

1. Tras el encuentro con Jesús, en el camino de Damasco, San Pablo queda transformado y pasa de ser un perseguidor del cristianismo a ser un heraldo del Evangelio. Los discípulos le tenían miedo, no creyendo que fuese discípulo (cf. *Hch 9, 26*). Pero Pablo no se arredra y seguía «predicando valientemente en el nombre del Señor» (*Hch 9,28*).

Los cristianos estamos llamados a predicar con valentía a Cristo resucitado. Los fieles de esta parroquia de San Sebastián Mártir estáis llamados a ser valientes testigos de la resurrección del Señor.

De la misma manera que las primeras iglesias cristianas crecían, «se edificaban y progresaban en el temor del Señor y estaban llenas de la consolación del Espíritu Santo» (*Hch 9,31*), de igual modo esta comunidad cristiana está llamada a crecer, a desarrollarse y a vivir el Espíritu del Señor.

La Visita pastoral, que estamos realizando, tiene como objetivo un mutuo acercamiento y conocimiento entre los fieles y el pastor de la Diócesis; así como también una ocasión para animar a la comunidad cristiana a crecer, a ejemplo de las primeras comunidades.

2. Jesús nos ha dicho: «Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada» (*Jn 15,5*). Para vivir como cristianos es necesario estar unidos a Jesús, a través de los sacramentos, en la escucha de su Palabra, en la oración y en la realización de buenas obras. Sólo así podemos dar buenos frutos.

Cuando el hombre se separa de Dios, los frutos que produce son de muerte y de odio. Podemos verlo en algunas leyes del ordenamiento jurídico de las sociedades actuales, que no defienden la vida del hombre; que permiten la aniquilación impune del ser humano en el vientre de su madre; que autorizan la manipulación de seres humanos; que toleran la eliminación de las personas en edad avanzada o enfermos terminales.

Cuando el hombre se coloca en el lugar de Dios, se engríe y rompe la armonía de las relaciones consigo mismo y con los demás. Sólo produce entonces “uvas agraces”, incomestibles.

3. El Señor realiza el oficio de viñador respecto a nosotros: Nos poda lo que nos sobra y entorpece; nos cuida para que demos más fruto; nos riega con el agua de su vida; nos reconforta y alimenta con el don de su Espíritu: «Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto» (*Jn 15,2*).

Jesús nos invita a permanecer unidos a Él: «Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí» (*Jn 15,4*).

El riesgo que corremos de no permanecer con el Señor es el de ser arrojados lejos de donde está la vida verdadera: «Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden» (*Jn 15,6*). Un sarmiento seco no sirve más que para ser echado al fuego.

4. La Palabra de Dios es “palabra de vida” para el hombre. Permanecer con Jesús implica aceptar su palabra, que renueva y salva. Los mandamientos son palabras de vida, que ayudan al hombre a conseguir su destino final. Aceptar la palabra del Señor y vivir según ella es la mejor manera de alcanzar la felicidad y el objetivo feliz de la vida humana.

El Señor nos ha dicho en el evangelio: «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis» (*Jn 15,7*). No se trata de pedir caprichos, sino aquello que va en consonancia con la voluntad de Dios; se trata de pedir aquello para lo que el Señor nos ha destinado.

5. Estimados feligreses de la parroquia de San Sebastián Mártir, en vuestro Santo patrón tenéis un ejemplo de cómo ser discípulos del Señor y de cómo dar gloria a Dios. Jesús nos ha dicho: «La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y seáis mis discípulos» (*Jn 15,8*).

San Sebastián fue un buen discípulo del Señor, que tuvo la valentía de entregar su vida. ¡Que sepamos también nosotros dar nuestra vida por el evangelio! ¡Que seamos también nosotros buenos discípulos de Jesús!

6. El Señor nos pide que amemos en verdad y con obras: «Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad» (*1 Jn 3,18*). Nuestro mundo necesita de nuestro testimonio.

En esta Visita pastoral os animo a todos a permanecer unidos a Cristo, vid verdadera de la que nosotros somos sarmientos. Os exhorto a colaborar en la parroquia, para que sea realmente una verdadera familia de hijos de Dios. Os aliento a dar buenos frutos de fe, de amor, de esperanza, para que Dios sea conocido y amado.

Quiero agradecer a todos vuestra colaboración en las diversas actividades parroquiales, que hacen posible la marcha y el crecimiento de esta comunidad cristiana.

¡Que el Señor os bendiga y os acompañe en vuestro caminar! Amén.

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA DE SANTA MARÍA DE LOS ÁNGELES

(Coslada, 19 Mayo 2003)

Lecturas: *Hch* 14,5-18; *Jn* 14,21-26.

1. San Pablo, perseguido por los judíos, va predicando la Buena Nueva por las ciudades paganas (cf. *Hch* 14,5-6). El Evangelio no tiene fronteras; llega donde los testigos de la fe lo proclaman y los oyentes lo aceptan. De este modo ha llegado también hasta nosotros.

Ahora nos toca a nosotros pregonar esta Buena Nueva de salvación, en la sociedad en que vivimos. La mayoría de vosotros habéis venido de otros lugares de España a esta ciudad. En vuestros pueblos de origen conocisteis a Jesucristo y abrazasteis la fe cristiana; ahora, como San Pablo, podéis proclamar esa misma fe a otras personas, para que puedan alcanzar la salvación.

2. En las correrías apostólicas por las ciudades de Licaonia, Listra y Derbe, Pablo exhorta a los gentiles a abandonar los falsos ídolos, para adorar al Dios de Jesucristo: «Nosotros somos también hombres, de igual condición que vosotros, que os predicamos que abandonéis estas cosas vanas y os volváis al Dios vivo» (*Hch* 14,15).

Nuestros paisanos adoran también muchos dioses falsos, que no dan vida ni felicidad verdadera. Si nos hemos encontrado con Jesucristo, salvador

del mundo, no podemos menos que comunicar esa experiencia a los demás. No podemos menos que anunciar el evangelio de Jesús a quienes están cerca de nosotros.

3. Amar a Dios, además de aceptarlo en la propia vida y creer en Él, implica también el cumplimiento de sus mandatos: «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama» (*Jn 14,21*). Los mandamientos de Dios son “palabras de vida” para el hombre; su aceptación y cumplimiento expresan la aceptación de la relación personal con Dios.

El amor no se reduce a una simple declaración verbal, sino que debe manifestarse en las obras. Como nos dice San Juan en su carta: «Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad» (*I Jn 3, 18*).

4. Cristo ha prometido su amor y el amor de Dios-Padre a quien le ame: «Y el que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él» (*Jn 14,21*). Se trata de una relación personal de amor entre Dios y el hombre, en la que Dios toma la iniciativa, y el hombre, aceptando esa relación, es elevado al plano divino y colmado de gracia.

La Trinidad quiere inhabitar en el hombre, cuando éste está dispuesto a amar y aceptar la palabra divina: «Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él» (*Jn 14,23*). Son las tres Personas divinas quienes interactúan simultáneamente y llenan el corazón del hombre con su presencia. Dios-Padre es la fuente de amor; el Hijo Jesucristo es la manifestación plena de ese amor a los hombres; y el Espíritu Santo vivifica a los hombres, haciéndolos hijos de Dios, nos enseña estas verdades y nos ayuda a penetrar en ellas: «El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho» (*Jn 14,26*).

5. Estimados feligreses, estáis llamados a ser testigos de estas hermosas verdades reveladas, que estamos meditando y que las lecturas de hoy nos presentan. Vuestra comunidad debe ser un reflejo, para los hombres de nuestro tiempo, del amor que Dios nos tiene y de la vocación a la que estamos llamados.

La Visita pastoral, que estamos realizando en esta parroquia de “Santa María de los Ángeles” en Coslada, es una ocasión propicia para reflexionar

sobre nuestra vivencia cristiana y sobre nuestra misión eclesial. Jesús, el Buen Pastor, se acerca a vosotros en la persona del obispo. Os animo a seguir adelante y a que participéis en las tareas del evangelio.

La Virgen María, titular de esta parroquia bajo la advocación de “Santa María de los Ángeles”, ha vivido en plenitud la relación de amor con la Trinidad. Ella nos invita a participar de la vida trinitaria y a proclamar a todos los hombres la llamada a la santidad. ¡Que ella nos ayude, con su maternal intercesión, a vivir cada día con mayor plenitud las riquezas del Reino y a ser fieles a la misión que Dios nos confía! Amén.

FIESTA DE LA COFRADÍA DEL “CRISTO UNIVERSITARIO DE LOS DOCTRINOS”

(Solemnidad de la Ascensión)

(Ermita Cristo Doctrinos- Alcalá, 1 Junio 2003)

Lecturas: *Hch 1,1-11; Ef 4,1-13; Mc 16,15-20.*

1. La fiesta de la Cofradía del “Cristo Universitario de los Doctrinos y de Ntra. Sra. de la Esperanza” se celebra precisamente en el marco precioso de la solemnidad litúrgica de la Ascensión del Señor. Litúrgicamente hablando, esta fiesta marca el final de la vida terrena de Jesús. Jesús nace en Belén, proclama el Reino de Dios durante su vida pública y ofrece su vida por nosotros; muere en la cruz, resucitando al tercer día y hoy celebramos el fin de su vida terrena. Se va, pero se queda con nosotros; estuvo con nosotros de una manera plenamente humana y corporal, y ahora se queda con nosotros de otra manera: a lo divino.

2. Cristo ha querido instituir la Iglesia como presencia permanente suya; por tanto, no nos ha abandonado, sino que permanece vivo entre nosotros. Permanece a través de los sacramentos, como una presencia especial. Hemos escuchado en el Evangelio de hoy: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará» (*Mc 16,15-16*).

De los sacramentos, el primero de ellos, que nos introduce en la Iglesia, es el bautismo. Pero el sacramento central de la vida de la Iglesia es la eucaristía, que ahora estamos celebrando. Cristo, pues, se queda presente entre nosotros a través de los sacramentos. También lo hace a través de la Palabra sagrada escrita y a través de otras formas de presencia.

3. Podemos reconocerle entre nosotros a través de la presencia humana: sobre todo, a través del más necesitado, del más débil, del más pobre. Jesús nos dijo: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (*Mt 25,40*). El ser humano, sobre todo el que tiene más debilidad, es presencia viva de Cristo en la tierra.

Como sabemos, las cofradías tienen, al menos en su origen, una dimensión caritativa, altruista, de ayuda al necesitado, que expresa la actitud de tener presente a Cristo en el hermano. Muchas cofradías nacieron con ese objetivo, aunque, por desgracia, bastantes de ellas han olvidado esa dimensión importante de la presencia de Cristo en el necesitado, en el pobre, en el enfermo, en el anciano, en el débil, en el no nacido.

La “Hermandad del Cristo de los Doctrinos” no puede, por tanto, descuidar esta actitud caritativa. Voy a pediros esta tarde, estimados cofrades, que no sólo no perdáis esa dimensión, sino que la promocionéis y la potenciéis. Cristo está presente en el hermano y es muy importante que tengamos presente esa dimensión.

4. Hoy celebramos que Jesús sube al cielo, pero permanece a través de su presencia sacramental en el cuerpo místico de la Iglesia, de la que Él es la cabeza. Cuando Él se va, los discípulos se quedan mirando al cielo y se les dice: «Galileos, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo? Este que os ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá así tal como le habéis visto subir al cielo» (*Hch 1,10*). No se va definitivamente; volverá: esa es nuestra esperanza. El cristiano vive con la esperanza de que la vida terrena es la antesala de nuestro vivir pleno en Cristo Jesús.

5. Por motivos históricos, por vosotros conocidos, habéis unido la devoción al “Cristo Universitario de los Doctrinos” con “Ntra. Sra. de la Esperanza”. El cristiano es un hombre esperanzado, que vive en el mundo, pero mirando con esperanza el cielo. San Agustín comentando la celebración de la Ascensión nos dice: “¿Por qué no vamos a esforzarnos sobre la tierra, de modo que gracias a la fe, la esperanza y la caridad, con las que nos unimos con él, descansemos ya con él en los

cielos? Mientras él está allí, sigue estando con nosotros; y nosotros, mientras estamos aquí, podemos estar ya con él allí” (*Sermón sobre la Ascensión del Señor*, 1). El cristiano debe tener los pies firmemente en el suelo, porque vive aquí y aquí ha de ser testigo de Cristo; pero ha de tener el corazón en el cielo y poner su esperanza en las cosas de arriba. Esa es la admonición que la Iglesia nos hace a los cristianos, durante todo este tiempo pascual. Hemos de vivir como hijos de la luz, teniendo la esperanza y la ilusión puesta en las cosas del cielo; vivir usando las cosas de la tierra, pero sin perder de vista las cosas del cielo.

6. La fiesta del “Cristo Universitario de los Doctrinos”, centrada en la solemnidad de la Ascensión, nos está invitando a todos, y de manera especial a los miembros de la Cofradía, a vivir nuestra fe con tensión escatológica, saboreando en la tierra la prenda del cielo, la prenda de la paz futura, pero sin poseerla en plenitud. La tensión escatológica consiste en que gozamos ya ahora de esa paz, pero no de manera plena, sino que la disfrutaremos plenamente al final de los tiempos.

La Virgen, “Ntra. Sra. de la Esperanza”, nos ayuda a caminar cogidos de su mano; nos ayuda a no perder la esperanza y a no desviarnos de lo que es importante.

En nuestra vida han de tener centralidad las cosas del cielo, la resurrección, la fe, el amor, la luz de Cristo resucitado. Todo eso debe iluminar nuestra vida cotidiana en la tierra.

7. Cristo, antes de subir al cielo, dijo a sus discípulos: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (*Mc 16,15*). Esta tarde nos lo dice a todos nosotros; pero nadie puede proclamar esta Buena Nueva si antes no la ha experimentado. ¿Creéis, de verdad, que Cristo nos ha dado una vida nueva? ¿Creéis, de verdad, que Cristo nos ha salvado en la cruz? ¿Creéis, de verdad, que Cristo vive resucitado?

Esa experiencia de fe nos debe ayudar a tener un sentido trascendente de la vida, a ver las cosas desde otra altura, a vivir con mayor plenitud como hombres. Si lo experimentáis de ese modo, la consecuencia lógica es hacer partícipes a los demás de esa alegría vuestra; hacer partícipes a los otros de esa fe de la Iglesia. Una alegría es más plena, cuando es compartida. ¡Sed testigos de la Buena Nueva que vivís, anunciándola a los demás, sin retenerla para vosotros solos!

8. Hay mucha gente en Alcalá que no cree en Dios; algunos han oído hablar de Él, pero no creen; otros no han tenido la experiencia de encontrarse con Jesucristo, que salva, que cambia la vida, como se la cambió a Pablo, a Pedro, a Juan y a todos aquellos con quienes se encontró. ¡Si os habéis encontrado con el Cristo, haced partícipes a los demás de ese encuentro vuestro! ¡Invitadlos a pertenecer a la Iglesia, que Cristo ha querido fundar! Él dijo a sus discípulos: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará» (*Mc 16,15-16*); es la condición que Cristo pone.

9. A Dios lo hemos conocido a través de la Iglesia; nadie llega a creer en el Dios de Jesucristo por sí mismo, sin que nadie se lo anuncie. Todos hemos conocido a Dios por la predicación de otro y por el testimonio de otro (cf. *Rm 10,14-15*). Los apóstoles, que convivieron con Jesús durante su vida mortal, fueron los primeros testigos y ellos anunciaron a los demás la gran noticia de la salvación. Desde entonces, el anuncio de la salvación en Cristo Jesús se transmite por generaciones de creyentes.

La fe nos llega a través de la Iglesia; cada generación de creyentes es testigo de la Buena Nueva. El mandato, pues, del Señor: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (*Mc 16,15*), solamente se puede vivir dentro de la Iglesia. Para vivir con Cristo hay que ser bautizado y pertenecer a su Iglesia.

10. El Concilio Vaticano II nos recuerda que: “La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser ‘el sacramento universal de la salvación’, obedeciendo el mandato de su Fundador (cf. *Mc 16,15*), por exigencias íntimas de su misma catolicidad, se esfuerza en anunciar el Evangelio a todos los hombres” (*Ad gentes*, 1).

Los discípulos salieron a predicar por todas partes, nos dice el evangelio de San Marcos, “colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban” (*Mc 16,20*). Ellos no se quedaron en casa esperando, sino que salieron y anunciaron la Buena Nueva. ¡No nos quedemos tampoco nosotros en casa ni en el grupito de nuestra Cofradía! ¡Salgamos a anunciar a los demás el Evangelio de Cristo!

11. San Pablo, en la carta a los Efesios, nos ha dicho: «Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados» (*Ef 4,1*).

El estilo digno de un cristiano es actuar «con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor» (*Ef 4,2*). Es el estilo de Cristo, el del Siervo de Yahvé, el Cristo Crucificado, el que no abre la boca cuando lo insultan, cuando lo vituperan, cuando lo clavan injustamente en la cruz. Jesús, siendo inocente, aceptó el suplicio y la cruz por amor nuestro, sin abrir la boca. Ese es el gran ejemplo de mansedumbre y de humildad.

A veces tenemos la tentación de atacar a quien nos fustiga, de insultar a quien nos ultraja, de vituperar a quien lanza invectivas contra nosotros. Pero el estilo de Cristo no es ese; su actitud es de perdón, de mansedumbre, de paciencia, de humildad.

12. La carta a los Efesios nos recuerda también que hay diversidad de servicios y ministerios: «El mismo ‘dio’ a unos el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros, para el recto ordenamiento de los santos en orden a las funciones del ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo» (*Ef 4,11-12*). Todos los ministerios colaboran a la edificación de la misma Iglesia de Cristo.

Somos como un cuerpo, cuya cabeza es Cristo y los demás los miembros (cf. *Col 1,18-22*). Dentro de la Iglesia, el Papa, los obispos y los sacerdotes hacemos la función de cabeza, representando a Cristo; después hay muchos miembros, con su misión propia.

Un miembro no puede realizar la función de otro miembro: la mano no puede realizar la función de la cabeza y viceversa; pero armónicamente conjuntados, el trabajo tiende hacia la edificación de la Iglesia, hacia la construcción del Cuerpo místico de Cristo, «hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo» (*Ef 4,13*).

13. La diversidad de dones en el Cuerpo místico de Cristo, según San Pablo, debe conservar la unidad. Los miembros de un organismo o de un cuerpo se conjuntan en unidad. Los miembros de la Iglesia no pueden ir cada uno por su parte, y menos aún ser hostiles entre ellos. Los miembros de Cristo hemos de estar unidos en amor para formar una única familia, para formar un cuerpo en unidad y en comunión, para trabajar orgánicamente conjuntados, «poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz» (*Ef 4,3*). Estamos llamados a

ser «un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados» (Ef 4,4).

De las manos de María, la Virgen, “Ntra. Sra. de la Esperanza”, hemos de ir caminando hacia la plenitud en Cristo, formando una sola familia y viviendo la misma y única esperanza de que Cristo estará plenamente en todos y cada uno de los hombres.

14. Hoy celebramos la fiesta del “Cristo Universitario de los Doctrinos” en esta ermita, donde veneramos la preciosa imagen del Crucificado. Cristo, clavado en la cruz, es fuerza transformadora y salvadora.

Pero el seguimiento de Jesucristo implica mucho más que hacer una fiesta anual, más o menos solemne y gozosa. Seguir al “Cristo Universitario de los Doctrinos” implica llevar grabado en cada uno de nuestros corazones su imagen redentora; y llevarlo en el corazón quiere decir llevarlo grabado en la vida; implica tener los pies en el suelo y el corazón en el cielo para poder trasformar el mundo; implica amar a los demás con el mismo amor, que Cristo manifestó en la cruz por nosotros.

Seguir a Cristo, crucificado por nuestro amor, es un gran don y una gran alegría. Ser miembro de esta Cofradía es cristianamente muy gozoso, pero a la vez, muy exigente. El Señor nos pide a cada uno de nosotros que trabajemos por construir el Reino de Dios aquí en la tierra; que hagamos presente ese Reino, hasta que Él venga al final de los tiempos; que procuremos que todo hombre pueda conocer a Cristo y llegar a la plenitud del mismo Jesús; que colaboremos para que todo ser humano pueda llegar a la madurez de Cristo, al conocimiento de Cristo Jesús nuestro Señor.

15. Todo encuentro con Cristo transforma y ‘cristifica’. Esta celebración eucarística es un encuentro con Cristo. Todos deberíamos salir de aquí más identificados con Jesús, más transformados a su imagen, más profundamente grabada su figura en nuestro corazón y en nuestra vida.

Todo ello puede realizarse en nosotros con la fuerza del Espíritu Santo. Los Hechos de los Apóstoles, en esta festividad de la Ascensión del Señor, nos han recordado las palabras de Jesús a sus discípulos: «Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, os dará fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8).

Esta promesa de Jesús se ha cumplido; la fe ha llegado hasta nosotros, en España, considerada en aquel momento de la historia como el fin del mundo (*finis-terrae*). El Espíritu Santo nos da fuerza para ser sus testigos en la Alcalá de Henares actual, en los lugares donde vivimos, en el trabajo, en la familia, en la política, en la profesión, en la calle, en las asociaciones ciudadanas. El cristianismo debe transformar todas las estructuras.

16. Estimados miembros de la fraternidad, estimados devotos del “Cristo Universitario de los Doctrinos”, estimados fieles creyentes, esta fiesta de Jesucristo, en la liturgia de la Ascensión, nos llena de gran alegría; es una fiesta de gozo y esperanza para todos.

¡Que vivamos profundamente nuestra fe y nuestro testimonio cristiano! ¡Que el “Cristo Universitario de los Doctrinos” sea siempre nuestra fuerza y salvación! ¡Que la Virgen, “Ntra. Sra. de la Esperanza”, nos ayude a ser verdaderos testigos de Cristo en esta sociedad nuestra, que tan necesitada está de Dios! Amén.

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA DE MADRE DEL ROSARIO

(Solemnidad de Pentecostés)

(Mejorada del Campo, 8 Junio 2003)

Lecturas: *Hch 2,1-11; 1 Co 12,3-7.12-13; Jn 15,26-27-16,12-15.*

1. Celebramos hoy la solemnidad de Pentecostés. Es la fiesta que marca el inicio de la vida de la Iglesia, dirigida por el Espíritu, tras la subida al cielo del Señor Jesús. El domingo anterior celebramos la Ascensión del Señor; el final de la vida terrena de Jesús: Él vivió como hombre entre nosotros hace dos mil años, convivió con los apóstoles y discípulos, predicó el Evangelio del Reino, murió por nosotros en la cruz y resucitó al tercer día.

El Señor subió al cielo y desde entonces su presencia entre nosotros es distinta. La presencia de Jesús entre los apóstoles era una presencia corporal, como la nuestra. A partir de su Ascensión su presencia es espiritual, a través del Espíritu Santo. Cristo ha prometido estar con nosotros «todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt 28,20*).

2. Jesucristo está hoy presente entre los hombres a través de su Iglesia, mediante la fe, el amor y la esperanza. Podemos celebrar los sacramentos gracias a la acción del Espíritu Santo.

Cuatro nuevos miembros de esta comunidad cristiana recibirán ahora el bautismo y serán hechos hijos de Dios. El Espíritu descenderá sobre vosotros, estimados bautizandos, y os transformará, imprimiendo en vuestros corazones la imagen de Jesucristo y colocando la semilla de la inmortalidad: ese es el mejor regalo que podéis recibir, después del primer regalo de la vida humana.

Todos los hombres somos mortales, a causa del pecado original, pero Dios nos da la semilla de inmortalidad, para poder gozar de la vida eterna.

¡Cuidad la luz de la fe que se os va a regalar! Quienes vais a ser bautizados y confirmados, perteneceréis con pleno derecho a la Iglesia de Jesucristo, y por tanto, vais a ser miembros activos; vais a ser testigos de Cristo; vais a propagar el Evangelio, que habéis recibido y asimilado.

3. Jesús ascendió al cielo y nos dejó la Iglesia como presencia suya, como continuadora de su obra. Estamos en el tiempo de la Iglesia y es en la Iglesia donde el Espíritu Santo actúa. San Pablo nos lo explica a través del ejemplo del cuerpo: «Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo» (*I Co 12,12*).

Cada miembro tiene una misión distinta de los demás. También en la Iglesia cada uno es llamado por el Señor para desempeñar una misión: maestros, pastores, doctores, profetas, catequistas. Pero todos estamos llamados a ser testigos de la fe.

4. Estamos celebrando la Visita pastoral a esta parroquia de la “Madre del Rosario” en Mejorada. En la Visita pastoral, el Buen Pastor, Cristo Jesús, nos visita y se acerca a nosotros en la persona del obispo, quien representa al Buen Pastor. El obispo tiene la misión de ser la cabeza visible de la diócesis, de dirigirla, de coordinarla, de santificarla, de enseñar en nombre de Jesucristo. “Cada obispo es el principio y fundamento visible de unidad en su propia Iglesia, formada a imagen de la Iglesia universal” (*Lumen gentium*, 23).

5. En esta Visita pastoral me he encontrado con miembros de diversos grupos: niños, adolescentes, consejos de pastoral y de economía, “Cáritas”. También iré a visitar algunos enfermos, en su domicilio particular. Jesús nos dice que cuanto hacemos a los demás, visitando enfermos o encarcelados, vis-

tiendo al desnudo, todo eso se lo hacemos a Él: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (*Mt 25,40*). El Señor quiere que también nos acerquemos a Él, en las personas de los más necesitados y de los más débiles.

6. Quiero agradecer la colaboración, que cada uno de vosotros realiza. Deseo también felicitaros por vuestra condición de cristianos y por vuestra participación en la parroquia. Dentro de la parroquia hay diversas tareas, cargos, misiones y ministerios, necesarios para que funcione bien: desde la limpieza hasta el canto; desde la liturgia hasta la catequesis; desde la atención a los más necesitados hasta la visita a los enfermos. También los padres tenéis la tarea de educar en la fe a vuestros hijos; porque no es suficiente el trabajo del catequista. Éste no puede ir por la noche a vuestra casa, cuando va a acostarse vuestro hijo pequeño, para rezar con él. Eso os toca a vosotros padres y a los demás miembros de la familia. El ejemplo y el testimonio de vuestra fe a vuestros hijos solamente podéis darlo vosotros.

7. ¡Cuántas personas en Mejorada no creen en Dios, ni están bautizados, ni aceptan a Dios en su vida! Alguien tendrá que decirles que Dios es lo más importante y maravilloso; que Dios es misericordioso; que Dios nos ama; que Dios ha creado las cosas para nosotros; que Cristo ha muerto por nosotros. Alguien tendrá que decírselo; y quién mejor que los feligreses de las parroquias de esta ciudad. Vosotros, estimados fieles, debéis ser testigos de Jesús en este ambiente. Y si no lo hacéis vosotros, no lo hará nadie.

En esta solemnidad litúrgica de Pentecostés le pedimos al Espíritu que penetre en nuestros corazones; que nos cambie; que nos transforme para ser testigos suyos.

Es posible que a alguno de vosotros el Señor os llame para ser sus testigos en otros lugares. ¡Sed generosos, si el Señor os llama para que consagréis vuestra vida al servicio del evangelio!

8. Os animo a que seáis verdaderos cristianos y deis testimonio no sólo en la comunidad parroquial, sino también en nuestra sociedad, que necesita que se le hable de Dios; que necesita transformar algunas leyes, porque van en contra del hombre.

El cristiano debe transformar el mundo en que vive, para hacerlo más conforme al plan de Dios, como nos dice el Concilio Vaticano II: “Para que el mundo se transforme según el propósito divino y llegue a su consumación” (*Gaudium et spes*, 2). Con vuestra participación en esta sociedad, debéis transformar las estructuras del mundo, según la visión de Dios.

¡No desfallezcáis en la tarea! ¡No tengáis vergüenza de decir que sois cristianos y de dar testimonio, cuando la ocasión lo requiera! ¡Sed valientes testigos de Jesús!

9. Pedro y los Apóstoles, después de recibir el Espíritu Santo, predicaron valientemente la fe (cf. *Hch* 4,33). Pasaron de una situación de miedo y cobardía a una actitud valerosa. Pedro muere crucificado como el Señor; Pablo es decapitado en Roma años más tarde; Santiago, en los primeros años de la Iglesia, da testimonio con su vida en Jerusalén (cf. *Hch* 12,2). El Espíritu Santo les transformó.

Vamos a pedir al Espíritu que transforme a todos los miembros de esta comunidad cristiana de “Madre del Rosario” y los haga testigos de Jesús, testigos del evangelio.

10. Siempre es un gozo para el obispo encontrarse con los fieles. He venido a esta parroquia otras veces, como sabéis, a confirmar o celebrar alguna efeméride; pero esta visita es especial, porque pretende acercar al obispo a todos los miembros de la comunidad, y dar ánimo para seguir adelante.

Quiero agradecer el trabajo del párroco, D. Pedro-Luis, que hace presente a Cristo entre vosotros y os ayuda a ser cristianos. Deseo felicitaros también por las mejoras que habéis realizado en el templo y en las dependencias parroquiales. Gracias al esfuerzo de todos, la parroquia va creciendo, va engalanándose y ornamentándose.

Os felicito por la colaboración y corresponsabilidad de todos. ¡Que el Señor os bendiga y que el Espíritu Santo, en esta solemnidad de Pentecostés, os transforme a todos! Amén.

JESUCRISTO, SUMO Y ETERNO SACERDOTE

(Estremera, 12 Junio 2003)

Lecturas: *Is 52,13-53,12; Hb 10,13-23; Lc 22,14-20.*

1. En la fiesta de “Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote” nos reunimos los miembros del presbiterio de Alcalá de Henares, para agradecer a Dios el don del sacerdocio y para honrar a San José-María Rubio, canonizado por el Papa el mes pasado en Madrid.

El hecho de celebrarlo en Estremera viene motivado porque el Padre Rubio desempeñó aquí su ministerio sacerdotal, en 1889, cuando pertenecía al presbiterio de la diócesis de Madrid-Alcalá.

Como Capellán de Chinchón y párroco de Estremera, el P. José-María es percibido por sus feligreses como un sacerdote santo, en el que brillaban diversas virtudes y buenas obras: entregado a la oración, vida de austeridad y pobreza, lleno de amor por los enfermos y los necesitados, dedicado al ministerio del sacramento de la Penitencia con largas horas de confesionario y catequista solícito de niñas pobres y desamparadas.

2. Nació en Dalías (Almería), el día 22 de julio de 1864. En su infancia le gustaba leer las vidas de santos. A los diez años ingresó en el Seminario diocesano de Almería y después se trasladó al Seminario de Granada, donde

terminó los estudios filosóficos y la teología. En 1887 se inscribió en el Seminario diocesano de Madrid, siendo ordenado en septiembre de ese mismo año, e incardinándose en dicha diócesis. Posteriormente terminaría la Licenciatura de Teología y en Derecho Canónico en Toledo.

Además del ministerio parroquial ocupó diversos cargos: notario del obispado, encargado del registro y capellán de las religiosas Bernardas de Madrid. Siendo sacerdote secular, tenía una gran admiración por la Compañía de Jesús, en la que ingresó a los cuarenta y dos años, en 1908 y desde la que organizó y predicó distintas misiones populares en pueblos pequeños de Madrid.

Este vaivén de lugares de estudio y de ejercicio de su ministerio pastoral expresa su gran disponibilidad a servir a Dios donde le encomendaran sus superiores.

3. Una de sus buenas virtudes era la obediencia. Cuando los superiores le prohibieron realizar alguna actividad, lo aceptó de tan buena forma diciendo: “No busco más que cumplir la santísima voluntad de Dios”. Cuando le removieron de su cargo de Director de las Marías de los Sagrarios y de un Boletín del Sagrado Corazón, manifestó: “Debo ser tonto. No me cuesta obedecer”. También escribió: “Mi deseo es santificarme donde y como el Señor disponga. (...). Por mi parte, estoy dispuesto a lo que él quiera de mí y nada más”. Su lema era: “Hacer lo que Dios quiere y querer lo que Dios hace”.

De este modo se ofreció en oblación a Dios, a ejemplo del Sumo Sacerdote, Jesucristo, quien, «mediante una sola oblación ha llevado a la perfección para siempre a los santificados» (*Hb 10,14*). Hemos cantado en el Salmo interleccional: “Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad” (*Sal 40,8-9*). ¡Que de veras digamos al Señor: “Aquí estoy para hacer tu voluntad”!

El P. Rubio también experimentó la escuela de la obediencia, como Cristo, quien «aun siendo Hijo, aprendió sufriendo a obedecer» (*Hb 5,8*). Esta actitud de obediencia es fundamental en el ejercicio del ministerio sacerdotal.

4. Otra característica de su apostolado fue su dedicación como ministro del Sacramento de la Reconciliación. Atendiendo el confesionario era exigente, pero siempre con dulzura; aplicaba aquí el conocido refrán: “Se cazan más moscas con una gota de miel, que con un barril de vinagre”.

Como capellán de las monjas Bernardas en Madrid, su fama de confesor se extendió pronto entre los fieles, que acudían hasta su confesionario en demanda de perdón divino, consejo y orientación espiritual. Había que permanecer más de tres horas en la fila para confesarse con él. Atendía a todos por igual y por orden, pobres y ricos.

Un gran ejemplo para todos nosotros, en este tiempo en que parece que cuesta tanto a muchos sacerdotes sentarse en el confesonario.

5. Ejerció su ministerio pastoral con una dimensión social en los suburbios más pobres de Madrid, singularmente en el de La Ventilla, donde los movimientos revolucionarios encendían a la clase obrera. Cuando realizaba este ministerio no buscaba otra cosa que acercar a Dios a esas personas y ayudarles a descubrir su infinito amor para con ellos.

Fundó escuelas, predicó la Palabra de Dios y fue formador de muchos cristianos que morirían mártires durante la persecución religiosa en España.

La vida del Padre Rubio se extinguió sin ver las convulsiones sociales, el terrorismo anarquista y la inestabilidad social y política, que ya presagiaban sus días.

Estas coordenadas del tiempo eclesial, que enmarcan la trayectoria de San José-M^a Rubio, nos ayudan a entender el alcance de su compromiso con los pobres y los marginados de los suburbios de Madrid, mientras crecía la hostilidad a la religión, promovida por la ideología marxista atea.

6. Hoy hace cincuenta años eran trasladados los restos del P. Rubio, según una nota de prensa, publicada en el diario “ABC” de aquella época: “Los restos del Padre Rubio serán exhumados para trasladarlos esta tarde del cementerio jesuítico de Aranjuez a la casa profesa de la Compañía de Jesús, donde recibirán sepultura mañana. El sepelio será presidido por el nuncio apostólico, Cardenal Cicognani, gran benefactor de la ciudad de Madrid. Su causa de beatificación se desenvuelve actualmente en Roma”.

El paso del P. Rubio por este pueblo de Estremera hizo gran mella en los vecinos, quienes, más de cincuenta años después, aún recordaban con cariño a quien había sido su párroco durante tan poco tiempo. Así lo recuerda el Rvdo.D.

Juan Sánchez, nuestro Vicario general, que regentó la parroquia en aquellos años.

En estos últimos años han regido la parroquia diversos sacerdotes: D. Miguel-Ángel Arrojo, D. Julián Nicolás, D. José-Antonio Fortea, D. José-M^a Pérez, y ahora el actual D. David-Orlando Abril.

¡Que San José-M^a Rubio interceda por todos nosotros, sacerdotes, para que nos santifiquemos en el ejercicio de nuestro ministerio!

7. José-María Rubio y Peralta pasó por momentos difíciles, sobre todo en una temporada de escrúpulos, de tal manera que rezar el breviario se le convirtió en una tortura.

Los santos son seres humanos pecadores, redimidos como todos los demás por la muerte y resurrección de Cristo. Su santificación acontece por la gracia, que los configura y conforma con la voluntad de Dios revelada en Jesucristo. Los santos se mantienen adheridos a la vida de Cristo, de la que reciben el aliento divino que respiran y la ayuda para superar las tentaciones.

El P. Rubio ni siquiera en los períodos difíciles dejó de ser una alma dedicada al apostolado y un alma de oración; solía decir: “Vivir la presencia de Dios como lámpara encendida”. “Éste es el camino en las horas amargas. ¿Qué hace el Divino Corazón en su aflicción y amargura? Retirarse a orar. Y añade: “Quedaos aquí vosotros y procurad orar conmigo”.

Aunque no hablaba retóricamente como otros oradores, él vivía lo que predicaba; por eso sus sermones atraían a la gente y convencían.

8. El P. Rubio nos invita a contemplar a Jesús: “Contemplad la humanidad santa de Jesucristo y, mediante ella, subid a la divinidad. Meditad las virtudes de Jesucristo y desead practicarlas; y no sólo esto, sino trabajad para conseguirlas. Habréis vaciado primero el corazón y después os habréis llenado de Dios, y Dios obrará en vosotros maravillas”.

La liturgia de hoy nos ofrece la figura del Siervo de Yahvé, el Sumo sacerdote que se entrega por amor a los hombres: «Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta» (*Is 53,3*).

Como sacerdotes de Jesucristo, debemos imitar a Aquel que dio su vida por nosotros, y no rehuyó el vituperio y la cruz. El mismo texto de Isaías profetiza: «He aquí que prosperará mi Siervo, será enaltecido, levantado y ensalzado sobremanera» (*Is 52,13*).

El siervo del Señor, P. Rubio, tras haber imitado al Siervo de Yahvé en la entrega de sí mismo, también ha recibido la corona de gloria y ha sido ensalzado a la gloria de los altares.

9. Dos peregrinaciones marcaron su vida: En Roma le impresionaron el Papa Pío X, que más tarde sería proclamado santo, las catacumbas y las tumbas de Pedro y Pablo; en Tierra Santa le impresionaron el Santo Sepulcro y el Calvario. Dos ciudades muy vinculadas a la espiritualidad de todo sacerdote.

En Roma está el centro de unidad de la Iglesia católica; allí reside el Vicario de Cristo, a quien debemos respeto, amor y obediencia. Una forma de expresar este amor es rezar por él, apoyarlo en sus iniciativas, conocer y divulgar su rico y fecundo magisterio y procurar que los fieles lo aprecien y respeten filialmente.

La otra ciudad de peregrinación del P. Rubio fue Jerusalén; allí tuvo lugar la muerte y resurrección del Señor y la institución de la Eucaristía, su memorial. Este gran sacramento es el centro de toda vida cristiana (cf. *Christus Dominus*, 30) y debe ser el centro de toda vida sacerdotal.

10. San José-María Rubio intentó en su vida poner en práctica la exhortación de Jesús: «*Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial*» (*Mt 6,48*)». La fama de santidad lo había acompañado toda su vida y tras su muerte se extendió entre los fieles que veían en él al gran “Apóstol de Madrid», como lo consideraba el patriarca de Madrid Don Leopoldo Eijo Garay.

Fue beatificado en Roma por el Papa Juan Pablo II el 6 de octubre de 1985. Sus reliquias están en una Casa de la Compañía de Jesús, en el claustro junto a la iglesia parroquial del Sagrado Corazón y San Francisco de Borja (Madrid), y su memoria litúrgica se celebra el 4 de mayo.

11. Terminamos con una oración original del Padre Rubio: *Para pedir fe viva y espíritu fuerte*: “Jesús, infunde en el secreto de nuestra alma una fe

viva y un espíritu fuerte y comunícanos una centella del fuego de tu amor. Así tendremos la dicha de practicar la vida de oración y cumplir los deseos de tu Corazón Divino, para que podamos vivir con la confianza de que seremos objeto de tus miradas y de que viviremos siempre contigo”. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA DE LOS «SANTOS JUAN Y PABLO»

(Solemnidad de la Santísima Trinidad)

(San Fernando de Henares, 14 Junio 2003)

Lecturas: *Dt 4,32-34.39-40; Rm 8,14-17; Mt 28,16-20.*

1. Celebramos esta eucaristía, en la parroquia de los “Santos Juan y Pablo” de San Fernando, por un motivo muy especial: la Visita pastoral del obispo. El libro del Deuteronomio nos ha dicho: «Guarda los preceptos y los mandamientos que yo te prescribo hoy, para que seas feliz, tú y tus hijos después de ti, y prolongues tus días en el suelo que el Señor tu Dios te da para siempre» (*Dt 4,40*). El cumplimiento de los preceptos divinos lleva a dos objetivos: la felicidad y la vida prolongada.

Imagino que aquí en San Fernando de Henares encontraréis conciudadanos vuestros, que piensan que la felicidad se obtiene de otra manera. ¿Dónde cree la gente encontrar la felicidad? Muchos piensan que consiste en llevar a cabo los deseos propios; creen ser felices cuando son “autónomos”, cuando no dependen de nadie, cuando no obedecen a nadie, cuando se sienten dueños y señores absolutos de sí mismos, de su vida y de su cuerpo. Pero, ¿son realmente felices viviendo así? Seguramente, quien vive haciendo su propio capricho es mucho más esclavo de sí mismo, de lo que él piensa.

2. Según el texto bíblico, que hemos escuchado, la felicidad no está en hacer lo que a uno le viene en gana, sino en obedecer los mandamientos de Dios. Los preceptos de Dios son palabras de vida, que ayudan al hombre a salir de sí mismo y a encontrar su lugar propio como creatura. Los mandamientos de Dios sirven al hombre para ayudarle a vivir de manera más humana y divinizada, al mismo tiempo. Los mandamientos no son losas, que aplastan la libertad y la grandeza del hombre, sino que le facilitan la adquisición de esa misma libertad anhelada. Los que respetan y cumplen los mandamientos son hijos de Dios; estos beben de las “palabras de vida”, que Dios ha dado a los hombres.

3. El mejor modo de vivir como personas felices, como hombres libres, como hijos de Dios, es cumpliendo los preceptos de Dios. Las otras formas no llevan a la felicidad; o más bien, llevan aparentemente a una felicidad momentánea, pero dejan un gran vacío después. Os invito a toda la comunidad cristiana de los “Santos Juan y Pablo”, de manera especial a los confirmados, a vivir “felizmente” desde los mandamientos de Dios.

4. Hoy la Iglesia celebra la solemnidad de la Santísima Trinidad, misterio fundamental de nuestra fe. La Trinidad forma una perfecta comunidad, en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Forman como una familia perfecta, fuente de amor y modelo para toda comunidad cristiana. Os animo a la comunidad parroquial a vivir a ejemplo de la Trinidad. El Padre Dios es distinto de Dios Hijo y ambos son diversos del Espíritu Santo; los tres se respetan, se aman y actúan de tal manera al unísono, que tienen la misma esencia.

Invito a todas las familias a imitar a la Trinidad; a respetaros cada uno en su idiosincrasia; a amaros uno al otro de manera plena; a dejar que el otro sea él, sin querer convertirlo a mi imagen; a amar al otro, respetándolo. La Trinidad es modelo divino de cómo debe comportarse una familia o una comunidad cristiana.

5. Durante estos días de Visita pastoral he estado encontrándome con los diversos grupos, que forman la parroquia: matrimonios, “Cáritas”, catequistas, coro parroquial, jóvenes de confirmación, niños, adolescentes, enfermos. Cada miembro del cuerpo tiene una función determinada, como cada miembro de la comunidad tiene una misión concreta: Los sacerdotes, don César y don Javier, forman la cabeza del cuerpo; los catequistas son como los pulmones; los de “Cáritas” vienen a ser como el corazón. Cada uno tiene una misión propia, que debe desempeñar con fidelidad y amor en favor de toda la comunidad.

6. Hemos de tener en cuenta que los no-creyentes también forman parte de comunidad parroquial. A veces en las familias hay hijos que viven desapegados y que van a la suya; en el lenguaje coloquial les llamamos la “oveja negra”. Pero ese hijo remolón, que da la impresión de no amar a sus padres ni a sus hermanos, que hace su propia vida, que se va de casa, ese hijo también forma parte de la familia.

En nuestra parroquia hay muchos miembros separados de la comunidad cristiana: no sólo los “no-bautizados”, que son bautizados en potencia, sino también muchos “bautizados”. Deber de nuestra comunidad es intentar acercarlos a todos ellos, porque son hermanos nuestros y viven en nuestra misma ciudad. Estamos llamados a acogerlos en nuestra comunidad, para que conozcan a Jesucristo y participen del mismo pan de vida.

7. Quiero felicitaros a todos, porque cada uno aporta su colaboración, su granito de arena a la parroquia. Cada uno a su modo, unos como catequistas, otros como educadores de las nuevas generaciones, otros responsabilizándodos de diversas tareas parroquiales, todos aportáis vuestro esfuerzo.

¡Felicitaciones, pues, a todos, porque he comprobado que la parroquia va creciendo, no solamente en nuevos miembros, sino también en vivencia cristiana! ¡Enhorabuena a vuestros sacerdotes, que os animan, os predicen la Palabra, os conceden el perdón de los pecados en nombre de Jesucristo y os presiden la eucaristía! ¡Enhorabuena a todos y cada uno de los miembros de esta comunidad!

8. Nuestra tarea, sin embargo, no ha terminado. Quiero animaros a acoger con gozo y valentía el gran reto que tenemos ante nosotros: Trabajar para que todos los ciudadanos de San Fernando sean cristianos comprometidos. ¡Fijaos si queda camino por recorrer! Sois un buen grupo de cristianos, pero aún queda mucha gente que necesita ser evangelizada.

Algunos de vosotros vais a recibir esta tarde el sacramento de la confirmación; el Espíritu Santo os dará su fuerza y os capacitará para ser testigos de Jesús. Se os va a regalar la fuerza de Dios, que es transformante y que os convertirá en auténticos cristianos y en verdaderos testigos, en esta sociedad secularizada en la que vivimos.

9. En el evangelio de hoy, San Mateo nos ha recordado las palabras de Jesús: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (*Mt 28,19*). El Señor nos manda que hagamos cristianos a los que aún no lo son. Es un mandato del Señor, no es un capricho.

Pero no es posible ayudar a otros a ser cristianos, si no lo somos nosotros. ¿Cómo puede predicar alguien el Evangelio, si no lo conoce? ¿Cómo puede invitar alguien a otro a amar a Dios, si él no lo hace? ¿Cómo puede uno predicar la fe, si él no la vive? No desfallezcamos en esta tarea, porque el Señor está con nosotros, tal como nos lo ha prometido: «Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt 28,20*).

10. Esta tarde hemos bautizado a unos niños en esta parroquia y ahora vamos a confirmar a otros miembros de esta comunidad. Le pedimos al Espíritu Santo que descienda sobre todos ellos y los transforme. Le pedimos también que nos reconforte a todos y que nos haga testigos fieles. ¡Que el Espíritu Santo renueve esta comunidad cristiana de los “Santos Juan y Pablo”! ¡Que la haga una comunidad cristiana gozosa, iluminada, alegre, testigo de Dios vivo! Amén.

“CORPUS CHRISTI”

(La Eucaristía construye la Iglesia)

(Catedral, 22 Junio 2003)

Lecturas: *Ex 24,3-8; Hb 9,11-15; Mc 14,12-16.22-26.*

1. Según el Evangelio de Marcos, que hemos escuchado, Jesús invita a sus discípulos a preparar la cena pascual para celebrarla con ellos (cf. *Mc 14, 12-15*). En ella Cristo instituye el sacramento eucarístico, memorial de su muerte y resurrección (cf. *Mc 14,22-24*). Será una cena íntima, en la que Jesús amestrará a sus discípulos, compartirá las últimas horas de su vida con ellos, rezará al Padre y ofrecerá su cuerpo y su sangre por amor.

Jesús también desea hoy, estimados fieles, celebrar su Pascua con nosotros. Será la cena del Señor, el sagrado banquete en el cual se recibe a Cristo como comida, se celebra el memorial de su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura. Nosotros estamos ahora con Jesús, celebrando su Pascua. Esta cena pascual mantiene viva la Iglesia, la va purificando de sus pecados, la va construyendo en el amor, la va robusteciendo en la fe y en la esperanza teologal, la va alimentando con el pan de la Palabra y con el pan del cielo.

2. En la eucaristía Jesús nos ofrece su cuerpo como pan de vida: «Toma, este es mi cuerpo» (*Mc 14,22*) y nos da su sangre como bebida de salva-

ción: «Esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos» (*Mc 14,24*). «La eucaristía es el banquete sacro en el que, por medio de la comunión del cuerpo y de la sangre del Señor, el pueblo de Dios participa de los bienes del sacrificio pascual, renueva el nuevo pacto realizado entre Dios y los hombres por la sangre de Cristo, y en la fe y en la esperanza prefigura y anticipa el banquete escatológico en el reino del Padre, anunciando la muerte del Señor “hasta que vuelva”» (cf. Sagrada Congregación de Ritos, *El culto en el misterio eucarístico*, 3a, Roma, 25/05/1967).

3. El Concilio Vaticano II ha proclamado que el sacrificio eucarístico es «fuente y cima de toda la vida cristiana» (*Lumen gentium*, 11). Hacia la eucaristía se dirige toda la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, de ella saca sus fuerzas para llevar a cabo la obra que Jesucristo, su Fundador, le encomendó.

La eucaristía no es sólo un regalo del Señor a su Iglesia, sino que en ella se ofrece el mismo Cristo y se actualiza la obra de nuestra redención; Cristo continúa hoy dándose totalmente, de manera sacramental.

La sagrada Eucaristía «contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo» (*Presbyterorum ordinis*, 5). Por ello “la mirada de la Iglesia se dirige continuamente a su Señor, presente en el sacramento del altar, en el cual descubre la plena manifestación de su inmenso amor” (*Ecclesia de Eucharistia*, 1).

4. El Papa Juan Pablo II, en su reciente encíclica sobre la Eucaristía, nos ha dicho: “La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como *el don por excelencia*, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación. Ésta no queda relegada al pasado, pues «todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos». Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y «se realiza la obra de nuestra redención». Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo *después de haber-nos dejado el medio para participar de él*, como si hubiéramos estado presentes” (*Ecclesia de Eucharistia*, 11).

5. El Espíritu Santo va edificando la Iglesia de Cristo en su dimensión interna, en su vida interior. El centro de toda esa vida de comunión es la eucaristía: «No se construye ninguna comunidad cristiana, si ésta no tiene como raíz y centro la celebración de la sagrada Eucaristía; por ella, pues, hay que empezar toda la formación para el espíritu de comunidad» (*Presbyterorum ordinis*, 6).

También se edifica con la eucaristía la unidad de los hombres entre sí y con Dios: “A los gérmenes de disgregación entre los hombres, que la experiencia cotidiana muestra tan arraigada en la humanidad a causa del pecado, se contrapone *la fuerza generadora de unidad* del cuerpo de Cristo. La Eucaristía, construyendo la Iglesia, crea precisamente por ello comunidad entre los hombres” (*Ecclesia de Eucharistia*, 24).

6. El sacrificio eucarístico es asimismo fuerza evangelizadora y misionera: “La Eucaristía es la *fuente* y, al mismo tiempo, la *cumbre* de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo” (*Ecclesia de Eucharistia*, 22). De esta fuente han sacado fuerzas los misioneros que, a lo largo de la historia del cristianismo, han predicado por todo el mundo la Buena Nueva.

De esa misma fuente obtenemos también los cristianos de hoy la fuerza necesaria para ser testigos del Evangelio, en esta sociedad deschristianizada y alejada de Dios.

La celebración eucarística “para que sea sincera y cabal, debe conducir lo mismo a las obras de caridad y de mutua ayuda, que a la acción misional y a las varias formas del testimonio cristiano” (*Presbyterorum ordinis*, 6).

7. El Papa nos invita, queridos hermanos, a vivir plenamente el misterio eucarístico en su integridad, sin renunciar a ninguna de sus dimensiones: “El Misterio eucarístico –sacrificio, presencia, banquete –no consiente reducciones ni instrumentalizaciones; debe ser vivido en su integridad, sea durante la celebración, sea en el íntimo coloquio con Jesús apenas recibido en la comunión, sea durante la adoración eucarística fuera de la Misa. Entonces es cuando se construye firmemente la Iglesia y se expresa realmente lo que es: una, santa, católica y apostólica; pueblo, templo y familia de Dios; cuerpo y esposa de Cristo, animada por el Espíritu Santo; sacramento universal de salvación y comunión jerárquicamente estructurada” (*Ecclesia de Eucharistia*, 61).

8. Dados los frutos espirituales de la comunión eucarística, os exhorto a todos, estimados fieles, a participar frecuentemente en la eucaristía, con la conciencia limpia, y a realizar devotamente la adoración del augusto sacramento, fuera de la eucaristía. Como nos ha dicho el Papa Juan Pablo II: “*El culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa* es de un valor inestimable en la vida de la Iglesia. Dicho culto está estrechamente unido a la celebración del Sacrificio eucarístico” (*Ecclesia de Eucharistia*, 25).

Hemos de empeñarnos, todos los fieles cristianos, en promover la adoración eucarística y experimentarla personalmente. Os exhorto a los padres y familiares de los niños de primera comunión a que inculquéis en ellos el amor a la Eucaristía. Cristo ha instituido la eucaristía para quedarse con nosotros y nos invita a pasar con Él momentos de oración, de silencio contemplativo y de adoración piadosa.

En muchas ciudades hay capillas e Iglesias en las que se tiene la adoración eucarística permanente. ¡Cuánto bien haría, en nuestra Ciudad de Alcalá, una capilla dedicada a la adoración eucarística permanente, donde los ciudadanos, los peregrinos y los que vienen aquí para saborear nuestro patrimonio cultural e histórico, pudieran detenerse para adorar al Señor y experimentar su presencia eucarística!

9. La participación en el banquete eucarístico es alimento del alma, que da fuerzas para llevar a cabo la obra que el Señor nos encomienda y la presencia eucarística del Señor en su Iglesia es una bendición. Después de participar en esta celebración eucarística, acompañaremos en procesión al Señor sacramentado por las calles de nuestra Ciudad.

¡Participemos en dicha manifestación de fe, con gran amor y devoción, dando un verdadero testimonio! ¡Que nuestros corazones se iluminen y se llenen del gozo con su presencia! ¡Que adoremos sólo al Señor en nuestro corazón, renunciando a los ídolos falsos! ¡Que sepamos agradecer de corazón un regalo tan grande y excelso! Amén.

CLAUSURA DE LA VISITA PASTORAL AL ARCIPRESTAZGO DE COSLADA-SAN FERNANDO

(Festividad de San Pedro y San Pablo)

(Parroquia de San Pedro y San Pablo-Coslada,
29 de junio de 2003)

1. Hace unos meses, en marzo pasado, iniciábamos la Visita pastoral al Arciprestazgo de Coslada-San Fernando con un acto similar a éste, en la Parroquia de San José Obrero de Coslada.

Hoy clausuramos la Visita Pastoral a este arciprestazgo, en esta parroquia-madre de Coslada, coincidiendo con la solemnidad de San Pedro y San Pablo, titulares de esta parroquia.

Han sido unos días de encuentro y de cercanía mutua. El pastor de la Diócesis anhelaba conocerlos personalmente y vosotros también teníais deseos, como lo habéis manifestado, de conocer de cerca al obispo. Hemos podido compartir, dialogar, conocernos mejor y reflexionar sobre la misión que el Señor nos confía.

2. Hoy, en esta solemnidad de San Pedro y San Pablo, acudimos a los Apóstoles, para que nos ayuden con su intercesión a ser testigos de Jesús. Los

Apóstoles, cuando tuvieron que sustituir a Judas en el grupo de los “Doce”, pedían que el candidato hubiera vivido con el Señor durante su vida terrena y fuera testigo de su resurrección.

Pedro convivió con el Maestro y supo dar testimonio de Jesús, tal como Dios le pedía. Su visita a muchas comunidades cristianas vendría a ser como los antecedentes de las “Visitas Pastorales”. En Roma dio testimonio de Jesús, siendo crucificado como el Maestro.

Pablo, aunque no conoció personalmente a Jesús, es considerado también como columna de la Iglesia. Fue visitando diversas comunidades, la mayoría fundadas por él, y también en Roma dio testimonio de Jesús con su muerte.

Nosotros tampoco hemos conocido en persona al Señor; pero como a Pedro y a Pablo, Él nos pide que seamos sus testigos. Así lo hemos cantado al inicio de esta celebración.

El Papa, en la visita que nos ha hecho hace un par de meses en Madrid, nos ha pedido de una manera clara, fuerte y entusiasmante, que seamos testigos de Jesús: “Seréis mis testigos”, era el lema de la Visita papal.

3. Despues de visitar cada una de las comunidades cristianas de este Arciprestazgo, he podido comprobar vuestra fe en Jesús, vuestro amor al Señor, vuestro trabajo evangelizador.

Deseo felicitaros por ello, a todos: a los sacerdotes, a las personas de especial consagración y a los fieles cristianos laicos.

La Visita pastoral ha sido para mí una gran experiencia pastoral, como Obispo. Además, ha sido la primera en mi ministerio y la primera para la mayoría de las parroquias.

He compartido vuestro entusiasmo, vuestros buenos deseos y proyectos, pero también vuestras angustias, sufrimientos y limitaciones.

La Visita pastoral es como un alto en el camino; pero el Señor nos anima a seguir. El camino no está exento de dificultades, que juntos iremos venciendo.

No es obra nuestra la que estamos haciendo, es obra de Dios, que nos fortalece con su Espíritu.

Los frutos de la Visita pastoral ya se están notando: la ilusión, los buenos deseos, los proyectos, la esperanza renovada; la alegría compartida, el sentirnos más familia.

Nuestro mundo valora mucho el “tener”; los cristianos debemos valorar más bien el “ser”; gracias, pues, por vuestro ser cristiano, por vuestra presencia, por vuestro testimonio. Esa es la gran riqueza de la Iglesia y sus tesoros: vuestras obras de caridad, vuestras horas de dedicación en la catequesis, en “Cáritas”, en la liturgia, en la familia, en los consejos parroquiales, y en tantísimas actividades, que se realizan en la parroquia.

4. Quisiera aplicar a la Visita pastoral la imagen del “fuego del hogar”. El fuego que se enciende en casa ambienta, acompaña, calienta, estrecha lazos, da luz. Si no se renueva, va apagándose y, al final, queda un tenue resollo, en el que aparentemente no hay nada. Pero cuando alguien se acerca al fuego, aparta las cenizas, añade un poco más de leña y sopla, ese fuego se reaviva.

En nuestras comunidades cristianas hay amor a Dios y luz de Cristo; al acercarme a ellas y remover algunas cenizas, ha aparecido un fuego vivo, que se está vigorizando. Deseo felicitarlos y animarlos a la vez.

El fuego de nuestras comunidades ha de arder cada día con más fuerza, con más ímpetu; ha de calentar a más miembros; ha de alumbrar a más personas de nuestras ciudades. Hace falta reavivar el fuego y echar más leña.

Os animo a seguir adelante y a renovar cada día el “fuego del hogar”, con la oración, con los sacramentos, con la escucha de la Palabra, con las reuniones, con los encuentros.

La presencia del Papa en Madrid, el pasado mes de mayo, ha quitado algunas cenizas y ha renovado el fuego de nuestras comunidades. El fuego estaba encendido de manera humilde; las personas que acudieron a congregarse con el Santo Padre son gente que vive cada día con sencillez la fe y el compromiso cristianos. El Papa reavivó ese fuego.

5. El Señor desea que nos ofrezcamos como “hostias vivas”, que nos dejemos quemar en su honor, para ser sus testigos en esta sociedad, en este arciprestazgo, en estas ciudades de San Fernando, Coslada, Mejorada y Velilla. A nuestro alrededor hay aún muchas personas alejadas de Dios, tal vez por desconocimiento, por ignorancia, por falta de fe; seguramente, si lo conocieran lo amarían; si alguien les hablase de Él, lo aceptarían. Tenemos en ello parte de responsabilidad. Nuestra fe y nuestro amor a Dios debe ayudar a otros a acercarse a Jesús.

6. Deseo felicitaros por vuestra entrega, por vuestro trabajo, por vuestra colaboración, por vuestro testimonio de fe como cristianos. Y pediros, al mismo tiempo, que no nos contentemos con lo que hacemos. El Señor nos pide más aún. ¡Continuad siendo testigos de Cristo!

Algunos de vosotros habéis redescubierto al Señor en una etapa madura de vuestra vida; el gozo que habéis experimentado podéis compartirlo con los demás, para que también ellos puedan experimentar la misma alegría de haber conocido al Señor.

Hemos de renovarnos personal y comunitariamente, como comunidad cristiana, como familia de Dios: rezando juntos, reflexionando juntos, trabajando juntos. Esta celebración, al igual que la que hicimos el día de la inauguración de la Visita pastoral, tiene su significado y valor. Reunirse en nombre del Señor es hacer Iglesia.

7. En esta fiesta litúrgica de San Pedro y San Pablo aparece como motivo central la oración por el Papa, “principio y fundamento perpetuo visible de unidad” de la Iglesia (*Lumen gentium*, 23). Rezamos por su ministerio y para que el Señor le otorgue su fuerza.

Esta celebración, además de oración por el Papa, debe ser también una manifestación de amor hacia el Papa. El amor al Papa expresa nuestro amor a la Iglesia y viceversa. Nadie puede decir que ama a Jesucristo y no ama a la Iglesia, porque Jesucristo es la cabeza de la Iglesia. España se ha distinguido por su amor al Papa; ojalá podamos continuar diciendo lo mismo.

8. Vamos a pedirle a Dios por el Papa, por los pastores, por nuestros sacerdotes, por las comunidades cristianas, por todos nosotros, por cada uno de

los fieles, para que el Señor nos renueve a todos y su Espíritu encienda nuestros corazones con su amor y con su fuego.

Deseo agradecer, de modo especial, la labor de los sacerdotes. Os pido que los améis, que los cuidéis, que trabajéis codo a codo con ellos.

El párroco de San José Obrero en Coslada y arcipreste de este arciprestazgo, Rvdo.P. Santiago, ha sido elegido Superior provincial de su congregación de “Misioneros de la Sagrada Familia”. Aprovechamos este momento para agradecer su colaboración, su tarea en estos años y desearle los mejores frutos como Provincial de su congregación.

Mi enhorabuena por vuestra fe, por vuestro amor, por vuestro entusiasmo y por vuestra esperanza. Y mi ánimo para que sigáis caminando juntos, como Iglesia, tras las huellas de Jesucristo. ¡Qué así sea!

VICARÍA GENERAL

ACTIVIDADES DIOCESANAS

ABRIL 2003

29/03.- Capítulo Electivo en el Monasterios de MM. Concepcionistas Franciscanas, de Alcalá de Henares en el que fue elegida como M. Abadesa M^a Victoria Pérez González.

MAYO 2003

23/05.- Confirmaciones en el Colegio de San Gabriel, de Alcalá de Henares.

24/05.- Se celebró la Fiesta de Santo Domingo en el Convento de MM. Dominicas de Alcalá.

JUNIO 2003

06/06.- Falleció en la Paz del Señor Sor María de Santo Domingo, en el Monasterio de MM. Dominicas, de Loeches.

Ingresó en el Monasterio el 10 de diciembre de 1930, viviendo una vida consagrada ejemplarmente piadosa y fraternal. Recibió sepultura eclesiástica el día 7, a las 7 de la tarde, en el Cementerio del Monasterio.

17/06.- A las 10 de la mañana se celebró el funeral de “cuerpo presente” en la Capilla del llamado “Hospitalillo” de Alcalá de Henares, por el eterno descanso de Sor Alicia Rodríguez Dorado, Sierva de María.

Había tomado el hábito de la Congregación el día 2 de julio de 1938 y permaneció siempre fiel a su compromisos a favor de los enfermos y necesitados. Descansó en el Señor el día 15, solemnidad de la Santísima Trinidad.

A las 6,30 de la tarde se celebró Capítulo Electivo en el Monasterio de MM. Carmelitas del Hábeas Christi, de Alcalá, quedando reelegida la Madre María Elena de la Eucaristía, por un nuevo periodo de tres años.

18/06/.- Falleció en el Monasterio en el Monasterio de MM: Carmelitas, de Loeches, Sor Margarita-Teresa de Jesús Crucificado, a los 88 años de edad.

Había hecho su primera profesión el 7 de marzo de 1935.

Sus restos mortales recibieron sepultura eclesiástica al día siguiente después de la misa de "corpore in sepulco"

OTRAS CONFIRMACIONES

Día 1. Confirmaciones en la parroquia de N^aS^a del Rosario (Torrejón).
Vicario episcopal: Mons. Florentino Rueda.

Día 7. Confirmaciones en la parroquia de la Asunción de N^aS^a (Loeches).
Vicario general: Mons. Sánchez.

Confirmaciones en la parroquia de San Pedro y San Pablo (Coslada).
Vicario episcopal: Mons. Mielgo.

Confirmaciones en la parroquia de N^aS^a de la Asunción (Algete). Vicario episcopal: Mons. Rueda.

Día 8. Confirmaciones en la parroquia de N^aS^a de la Concepción (Morata). Vicario episcopal: Mons. Florentino Rueda.

Día 15. Confirmaciones en la parroquia de Santo Domingo de Silos (Pozuelo del Rey). Vicario episcopal: Mons. Pedro-Luis Mielgo.

CRÓNICA MES DE JUNIO DE 2003

Día 5. Entrega de la Medalla “Pro Ecclesia et Pontífice” a Sor María de Santo Domingo Huergo Bartolomé en el Monasterio de las Hnas Dominicas de Loeches.

“CRUZ PRO ECCLESIA ET PONTÍFICE”

El Santo Padre, Juan Pablo II, ha concedido la distinción pontificia “*Cruz Pro Ecclesia et Pontífice*” a la Rvda. MARÍA DE SANTO DOMINGO, mayor de cien años, Monja Dominica del Monasterio de Loeches, por su ejemplar vida cristiana en consagración a Dios y por su gran labor en las tareas conventuales.

El Sr. Obispo, acompañado por los Vicarios, acudió al Monasterio el día cinco de Junio y le hizo entrega de tan significativa distinción papal en presencia de la comunidad monástica, a la que se unieron algunas hermanas carmelitas de la otra comunidad existente en Loeches.

Día 8. Jornada del Apostolado Seglar (Celebración eucarística en la capilla del Palacio episcopal). Rvdo.D. Ángel Domínguez.

JORNADA DEL APOSTOLADO SEGLAR

El domingo de Pentecostés, ocho de junio, “Día del Apostolado Seglar y de la Acción Católica”, se celebró una Eucaristía en la Capilla del Obispado,

a la que asistieron distintos grupos, movimientos y asociaciones de apostolado seglar de la Diócesis.

El lema de la jornada: “Cristianos laicos, instrumentos de paz” estuvo presente en toda la celebración y de un modo especial en el breve testimonio de cada uno de los movimientos sobre cómo se sentían invitados a vivir, desde su propio carisma, la bienaventuranza: “Dichosos los que trabajan por la paz...! De igual modo, la homilía estuvo centrada en este tema y se resaltó el gesto y la oración del rito de la paz. También se realizó una colecta para apoyar la ayuda de Cáritas a Irak, con el deseo de paliar los efectos de la guerra.

Día 12. Jornada sacerdotal.

CRÓNICA DE LA JORNADA SACERDOTAL

El día doce de junio, con motivo de la fiesta de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, tuvo lugar la Jornada Sacerdotal en el pueblo de Estremera de Tajo.

El Sr. Obispo presidió la Santa Misa en acción de gracias por la reciente canonización del P. Rubio, quien fuera párroco de esta localidad. Concelebraron la mayoría de los sacerdotes de la Diócesis y asistió un grupo numeroso de feligreses del pueblo.

De igual modo, nos unimos dando gracias a Dios por aquellos sacerdotes que celebraban, durante este año, sus bodas de oro y de plata.

Concluyó la Jornada con la comida en un ambiente alegre y festivo.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DEFUNCIONES

El día 15 de junio falleció en Alcalá de Henares, el Rvdo. D. JUAN-BAUTISTA CIUDAD SOLANA.

Nació en Aldea del Rey (Ciudad Real) el día 04/02/1923.

Fecha de Ordenación de Presbítero en Ciudad Real: 07/10/1952.

Cargos desempeñados en la Diócesis:

- Notario de los Tribunales Eclesiásticos: 02/06/0975 – 04/02/1993.
- Capellán de las MM.- Carmelitas de la Purísima Concepción en Alcalá de Henares: 02/06/01975 – 01/09/2001.
- Sus restos recibieron sepultura en el Cementerio de Aldea del Rey (Ciudad Real).

**Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compar-
tan también con Él la Gloria de la resurrección.**

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO. JUNIO 2003

Día 1. Por la mañana, administra la confirmación en la parroquia de la Asunción de N^aS^a (Valdeavero).

Por la tarde, preside la eucaristía con motivo de la fiesta de la Cofradía del Cristo Universitario de los Doctrinos (Ermita del Cristo de los Doctrinos-Alcalá).

Día 2. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana.

Por la tarde, preside la eucaristía con motivo de la clausura del Curso Bíblico (Capilla del Palacio).

Día 3. Por la mañana, audiencias y reunión con los sacerdotes del arciprestazgo de Alcalá de Henares.

Por la tarde, visita la casa parroquial de Torres de Alameda.

Día 4. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 5. Reunión del Consejo episcopal y visita al Monasterio de Dominicas (Loeches).

Día 6. Visita pastoral a la parroquia de Madre del Rosario (Mejorada).

Día 7. Administra el sacramento de la Confirmación en la parroquia de Santa María (Alcalá).

Día 8. Visita pastoral a la parroquia de Madre del Rosario (Mejorada).

Día 9. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 10. Reunión de arciprestes y visita a la parroquia de San Sebastián Mártir (Arganda).

Día 11. Participa en la reunión de Obispos de la Provincia Eclesiástica de Madrid y los Superiores Provinciales (Madrid).

Día 12. Por la mañana, preside la Jornada Sacerdotal, con motivo de la Fiesta de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote (Estremera).

Por la tarde, participa en un encuentro de la “Renovación Carismática” (Parroquia de Santiago-Alcalá).

Días 13-14. Visita pastoral a la parroquia de Santos Juan y Pablo (San Fernando).

Día 15. Administra el sacramento de la Confirmación en la parroquia de Santo Domingo (Algete).

Días 16-19. Participa en la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal (Madrid).

Día 16. Por la mañana, preside el funeral del Rvdo.D. Juan-Bta Ciudad (Catedral).

Día 20. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 21. Reunión con los familiares de los sacerdotes (Palacio episcopal).

Día 22. Preside la celebración eucarística y la procesión del “Corpus Christii”.

Día 23. Preside la eucaristía con motivo del Aniversario de ordenación de un grupo de sacerdotes (Guadasuar-Valencia).

Día 25. Audiencias.

Día 26. Reunión del Consejo episcopal.

Día 27. Audiencias.

Día 28. Administra el sacramento de la Confirmación en la parroquia de San Martín Obispo (Valdilecha).

Día 29. Por la mañana, concelebra en la eucaristía con motivo del XXV Aniversario del ministerio del Papa Juan Pablo II (Catedral Almudena-Madrid).

Por la tarde, Preside la Clausura de la Visita pastoral al arciprestazgo de Coslada-San Fernando.

Día 30. Despacha asuntos de la Curia.



Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

HOMILÍA EN LA EUCHARISTÍA DE CLAUSURA DE CURSO 2002-2003 DEL CENTRO DIOCESANO DE TEOLOGÍA

Capilla del Colegio Jesús Nazareno de Getafe

Muy queridos hermanos en el sacerdocio de Jesucristo y muy queridos participantes de una u otra forma en el Centro Diocesano de Teología.

Comenzaré por situarnos con la lectura que acabamos de escuchar en la Vigilia de esta fiesta tan solemne dentro de la vida de la Iglesia, de la celebración de Juan el Bautista.

Nuestra vida la tenemos que entender siempre, para sentirnos de verdad cristianos, envuelta, dirigida y conducida por la gracia de Dios, por lo que llamamos la Providencia, que el Señor va preparando a veces en lo que parece contrario a lo que sería el planteamiento puramente normal y natural.

Fijaos cómo se prepara el nacimiento virginal de Jesucristo. Jesucristo nace de una virgen sin intercesión alguna de varón, y por obra del Espíritu Santo. Así lo confiesa nuestra fe.

Juan el Bautista, es el precursor, nace de una mujer estéril ya, mayor por los años, de un hombre también mayor, que les crea el sentido de la desconfian-

za de que aquello pueda suceder, que pueda ser madre Isabel, a sus años, y que Zacarías pueda ser el padre, nada menos que del precursor del Mesías, del que dirá: "yo no soy el Mesías pero yo os señalo al Mesías, el Cordero que quita el pecado del mundo".

Una intervención poderosa de Dios.

Las intervenciones de Dios en nuestra vida son siempre así. Yo quisiera que en esta tarde cayéramos en la cuenta de esta Providencia, que ha querido hacer de mí, mucho más que un enseñante de las verdades de la fe. Ha querido hacer de mí un testigo del Evangelio de Jesucristo para que señale con certeza quién es el Señor. Para que muestre con mi vida quién es el Señor, en unos tiempos en que precisamente parece que se puede prescindir de Dios y no tenerle en cuenta para nada o para casi nada.

Que la práctica de lo que parece el progreso es olvidarse de Dios.

Ahora mismo por aquí, después de dejar el coche donde hemos podido, he venido paseando un rato y me he encontrado con un cartel que pone "Ni Dios ni patria". Es verdad que hace semejanza de dos cosas bien distintas, pero me fijo en la primera: "Ni Dios".

Y ahora vosotros os encontráis convocados a dar testimonio de Jesucristo con esa necesidad imperiosa de hacerlo dando cumplida esperanza de nuestra fe, que diría San Pedro. Preparaos para dar lo que llamamos la formación permanente del cristiano, -de todos los cristianos, incluidos los obispos, por ser yo el que habla así lo digo- de estar siempre, siempre tratando de iluminar la vida de cada momento con las enseñanzas eternas de Jesucristo. La fe de siempre para el hombre de hoy.

Bien, supuesto esto, nos sentimos convocados y llamados por Dios y haciendo referencia a lo que habéis comenzado diciendo, yo también quiero expresaros, en este momento, lo que me parece en esta línea de entender mi vida desde el llamamiento de Dios, desde el amor de Dios. El llamamiento a poner el amor de Dios con mayúscula y sentirlo internamente en mi mundo concreto, en esta Diócesis, en este pueblo, con estas personas que necesitan ser evangelizadas como yo mismo necesito ser evangelizado.

Habéis terminado un curso, los cursos se terminan dando gracias a Dios, así lo ha expresado la monición de entrada, pero yo quisiera haceros caer en la cuenta de una cosa importante: a lo mejor alguno ni siquiera ha logrado los éxitos que esperaba, el haber terminado feliz el curso, ha encontrado muchas dificultades, se ha sentido alguna vez con ganas de tirar la toalla y, eso también es gracia de Dios, porque aquí el juicio no es sólo sacar buenas notas, o haber aprendido, haber concluido, como sería lo normal en un curso académico donde no tuviera tanto que ver, como tiene que ver, la formación en teología, de tantas formas diversas, para ser testigos del Evangelio.

Aquí lo fundamental es lo que yo haya puesto de mi parte. Mi examen de conciencia habría que dirigirlo en primer lugar -y eso lo olvidamos incluso cuando hacemos el examen de conciencia para la confesión habitual- a reconocer al mismo tiempo que mi deficiencia, la abundante gracia de Dios que me ha preservado de otros tantos pecados, que me ha liberado, es decir, hay que hacer también confesión de alabanza a Dios.

En esta confesión de alabanza, veréis cuántos motivos encontráis para dar gracias a Dios: porque no tiré la toalla, porque he continuado, porque las cosas se me han puesto difíciles pero a pesar de todo he perseverado, porque he tenido más ilusión, porque tengo más deseos de conocer, de saber, de estar mejor preparado y mejor dispuesto para dar mi testimonio cristiano, porque yo mismo he resuelto mis dudas, mis posibles dudas, -a veces se me han complicado y tengo más dudas, pero ni siquiera eso es malo, es bueno siempre- , porque el corazón busca la verdad.

Todo eso es un motivo de agradecimiento a Dios. Pero en el examen de conciencia yo quisiera marcaros otra meta fundamental: no sólo tenéis que hacer confesión de alabanza a Dios sino también pedir perdón. Una de las grandes gracias que Dios ha concedido a nuestra Diócesis es la posibilidad de este Centro, de tener este lugar para la formación que tanto anhela y tanto necesita el hombre de hoy y por tanto la Iglesia que está al servicio del hombre. Y no se si a veces con nuestras dificultades, con nuestros propios límites, en vez de hacer que otros se animen, no hemos animado lo suficiente, no hemos expresado con esa alegría radiante que viene del amor de Dios, el beneficio que es, el sacrificio que supone la entrega de la persona, no a través de una acción momentánea que a veces, con el corazón en la mano, hacemos, sino de una forma más continua- da, más permanente.

Un curso entero son muchos días, muchos días en que cada día he de pensar en mi prójimo, en que cada día tengo que procurar, como pasa siempre en la vida cristiana, que todas las gracias que yo estoy recibiendo de Dios, incluso para pelear mejor, las tengo que comunicar a los demás. Tenemos que hacernos verdaderamente apóstoles para la evangelización, procurando que los evangelizadores vengan a los centros donde de una forma más clara, más contundente y más verdadera podemos constituirnos en apóstoles.

Es verdad que la fuerza la da el Espíritu Santo pero el Espíritu Santo quiere la colaboración de los hombres y nuestra colaboración a veces es prepararnos y ayudar a que otros se preparen.

HOMILÍA EN EL DÍA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Basílica del Cerro de los Ángeles. 27 de junio de 2003

Muy queridos hermanos, amigos en el sacerdocio de Jesucristo, de un modo muy especial los que celebráis vuestra Bodas de Oro y Plata sacerdotiales. Muy queridos hermanos todos en Jesucristo nuestro Señor:

Juntos, con profundo agradecimiento a Dios, vamos a dar gracias por el don del ministerio que se nos ha confiado.

“Cuando Israel era joven, lo amé. De Egipto llamé a mi Hijo, lo enseñé a andar, lo llevaba en brazos”. Esa es una historia de amor de Dios con los hombres, con cada uno de nosotros. A Dios se le commueve el corazón y las entrañas por cada hombre en particular. Hoy contemplamos ese corazón de Dios conmovido. Él es la fuente de la salvación, es la fuente de todo lo que el hombre necesita: confianza, fuerza, poder de Dios, gozo, dones divinos, júbilo y paz. Es la fuente de la riqueza insondable de Dios en Cristo.

Esa riqueza que es el misterio escondido desde los siglos y manifestado ahora por medio de un corazón de carne para que yo, hombre lo pueda experimentar. Dios se amolda a la manera de comprender de los hombres, y toma un corazón encarnado para revelarse plenamente, para mostrarnos todo lo que Él,

es. En el corazón de Jesús, Dios se hace accesible al hombre, ya no es imposible alcanzar a Dios, puesto que Dios nos ha alcanzado a nosotros, por medio de este corazón amante. De hecho éste fue el camino que recorrieron los primeros apóstoles, San Juan lo escuchó palpitar en la Última Cena y basta oír el latir del corazón de Jesús para comprender todo el misterio del amor de Dios.

Nuestro ministerio es acercar a los hombres al corazón de Dios, posibilitar que ellos hagan también experiencia de la misericordia y del amor eterno de Dios. Pero sólo podremos ser ministros verdaderos que llevan a los hombres a Dios, si nosotros a nuestra vez, hemos recorrido ese camino, si nosotros hemos sido capaces de escuchar latir a este Corazón.

Y a través de ese corazón, todos los hombres tienen ya libre y confiado acceso a Dios. Por eso se quedó abierto y traspasado en la cruz y nadie se atrevió a cerrarlo. Es la nueva puerta del paraíso abierta a todos los hombres. Nunca más se cerró para que nosotros podamos entrar por ella y llegar a Dios.

Para hacer que los hombres se aproximen a esta puerta, hemos de estar nosotros cerca de ella. Por eso es fundamental en nuestra vida no perder de vista aquello para lo que hemos sido llamados. A permanecer con Él y a evangelizar. No se puede dar lo uno sin lo otro. Es necesario en nuestra vida sacerdotal más que en ninguna otra, permanecer en el Corazón de Cristo y seguir de cerca de Jesús. A veces se da la tragedia de la práctica de la religión sin el contacto con Jesucristo. Sin embargo, no podemos olvidar que la fe cristiana es constante contacto con Cristo vivo y resucitado. Ese encuentro con Cristo es lo único que posibilita un cambio real en nosotros, que provoque una nueva forma de vida. Los primeros que debemos dejarnos empapar por el Espíritu de Cristo, que transforma nuestras vidas somos nosotros mismos. *El Espíritu, es el gran protagonista de nuestra vida espiritual. El crea el “corazón nuevo”, lo anima, lo guía con la “ley nueva” de la caridad, de la caridad pastoral* (PDV, 33).

El nuevo estilo de vida es el que nos da la verdadera alegría y nos hace creíbles ante el mundo. Que no hagamos de los programas y planificaciones lo esencial de nuestro ministerio. Cuando caemos en ese peligro, la interioridad se nos puede hacer insopportable, puesto que puede haber mucha soledad cuando no hay contacto real con Cristo. Tener interioridad significa permanecer en Él. No es intimismo sino la condición que Él mismo ha puesto para dar fruto, “Puesto que sin mí no podéis hacer nada”. Nuestro sacerdocio no es un programa de

vida sino una amistad íntima con Jesucristo vivo. Esa es la condición de nuestro éxito en el ministerio. *"Si es cierto que la gracia de Dios puede llevar a cabo la obra de la salvación, por medio de ministros indignos, sin embargo, Dios prefiere mostrar normalmente sus maravillas por obra de quienes más dóciles al impulso, a la inspiración del Espíritu Santo por su íntima unión con Cristo y la santidad de su vida pueden decir con el Apóstol: "pero ya no vivo yo, sino Cristo es el que vive en mí"* (Gal 2, 20), (PO 12; PDV 25)".

Esa amistad con Cristo nos hará superar todos los obstáculos de nuestra vida sacerdotal. *"Fortalecido por el especial vínculo con el Señor, el presbítero sabrá afrontar los momentos en que se podría sentir solo en medio de los hombres; además renovará con vigor su trato con Jesucristo que en la Eucaristía, es su refugio y su mejor descanso"* (Directorio para la Vida y el Ministerio de los Presbíteros, 42).

Cuando nos empapamos profundamente de la amistad con Cristo hacemos posible que los demás se pregunten por el gozo de esa amistad. Y sólo en esa amistad está la posibilidad real para el hombre de llegar a su plenitud, para la que ha sido creado. El único cimiento posible de nuestra vida es el amor. El amor de Dios manifestado en el Corazón de Cristo. Eso es lo que supera con creces toda la filosofía. No hay ningún pensamiento, por muy elevado que sea que pueda estar a la altura del Amor de Dios en un Corazón de Carne. Es la vida divina, comprensible para el corazón humano. Por eso ante el corazón traspasado en la cruz, todo pensamiento humano y todo razonamiento se estrella. Todo el mundo enmudece ante esa hazaña sobrenatural que ha hecho ese Corazón humano y divino derramando el verdadero Amor sobre el mundo.

A ese Corazón sólo puede responderle otro corazón. Ya decía san Juan de Ávila: *Cuando yo, mi buen Jesús, veo cómo de tu costado sale el hierro de la lanza, esa lanza es una saeta de amor que traspasa y de tal manera hiere mi corazón, que no deja en él parte que no penetre. ¿Qué has hecho, Amor dulcísimo? ¿Qué has querido hacer en mi corazón? Vine aquí para curarme, ¡y me has herido! Vine para que me enseñases a vivir, ¡y me haces loco! ¡Oh sapientísima locura: no me vea yo jamás sin ti!*

Sólo un corazón lleno de amor, como el de Jesucristo, es capaz de dar la vida al mundo porque da la vida por el mundo.

Cuando llegaron los romanos llegan al lugar del patíbulo, para celebrar la muerte de los reos, los ladrones vivían todavía, Cristo no. Porque la causa de la muerte de Cristo era el Amor loco que nos tiene a los hombres. Y el Amor es lo que más consume puesto que es entrega total y absoluta por el amado.

Por eso no tardó mucho en salir sangre y agua. Lo hizo “al punto”, pues a Cristo ya le había explotado de amor el Corazón.

Ese Amor es lo que impactó profundamente al discípulo amado. Tanto fue así que consagró su vida a dar testimonio de este Amor que fue capaz de subirse al árbol de la cruz. Allí le subió el amor a mi vida (cf. San Juan de la Cruz).

Contemplando hoy ese amor traspasado no podemos menos que pre-guntarnos según nos sugiere San Ignacio de Loyola, en los Ejercicios Espirituales: ¿todo esto es por mí?, y ¿qué es lo que he hecho yo por Cristo?, ¿qué hago por Cristo?, y ¿qué es lo que voy a hacer por Cristo?

Este Amor es el único capaz de fundamentar una vida consagrada a Él y no podemos perderlo de vista. *"Conscientes de que la Iglesia y el mundo tienen absoluta necesidad de los sacerdotes, ellos deben enamorarse de Cristo Buen Pastor; modelar el propio corazón a imagen del suyo; estar dispuestos a salir por los caminos del mundo, como imagen suya para proclamar a todos a Cristo que es el Camino, la Verdad y la Vida"* (PDV 82).

Que María, madre de los sacerdotes, nos enseñe a amar profundamente este Corazón de carne que ella entregó al mundo y que ayude a formar en nosotros la imagen plena de Cristo Sacerdote, Cristo Pastor entregado por su rebaño. Así sea.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DEFUNCIÓN

D. JUAN BAUTISTA CIUDAD SOLANA, Notario del Tribunal Eclesiástico de Getafe, falleció el pasado 15 de junio, en la Solemnidad de la Santísima Trinidad. Llevaba muchos años trabajando con D. Juan Fernández Rodríguez, Vicario Judicial. Sustituyó a D. Manuel Merino y, desde entonces, ha sido un trabajador intachable y muy servicial, haciendo incluso más de lo que le correspondía. D. Juan resume su vida como la de “un hombre bondadoso, obediente, amable, con buen humor sin herir a nadie, del que no he tenido nunca queja alguna”.

**Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compar-
tan también con Él la Gloria de la resurrección.**

INFORMACIÓN

VIII CURSO DE TEOLOGIA PARA JÓVENES

Rozas de Puerto Real. 3-13 de agosto de 2003

CURSOS

La Historia de la Salvación. Jaime Pérez-Boccherini Stampa

El misterio de la Iglesia. Lourdes Grosso.

El hombre ante Dios: lo esencial del hecho religioso. M^a Fernanda Lacilla Ramas.

El amor humano. Guillermo Galán e Isabel.

Los cimientos de la moral humana. Carlos Díaz Azarola.

DEBATES

El bien común, la acción política y los valores cristianos.

Excmo.Sr. D. Carlos Mayor Oreja, vicepresidente en funciones de la Comunidad Autónoma de Madrid.

Iglesia y sociedad.

D. José Luis Restán, Director de los servicios religiosos de la cadena COPE.

La antropología del cine.

D. Juan José Muñoz García, profesor de Antropología y Ética de la Universidad Complutense.

La situación de la familia en la España de hoy.

D. José Ramón Losana, presidente de la Asociación de Familias Numerosas.

INSCRIPCIÓN

El precio del curso es de 170 E, cuyo ingreso ha de hacerse en la cuenta: 2038-2442-36-3000520663 de Caja Madrid, indicando como concepto: “Curso de Teología”. Para formalizar la inscripción en el curso, hay que enviar la ficha de inscripción debidamente cumplimentada junto con el resguardo del ingreso al Obispado de Getafe. C/ Almendro nº 4, 28901 Getafe.



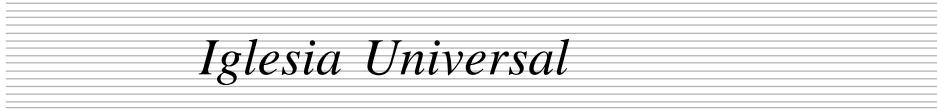
DELEGACIÓN DE ASOCIACIONES DE FIELES

NUEVA JUNTA DE GOBIERNO

La Hermandad de Nuestra Señora de la Soledad
ha elegido nueva Junta de Gobierno en la Asamblea General
del día 22 de marzo de 2003

Queda constituida de la siguiente forma:

Hermano Mayor:	Dña. Victoria Vargas Montero
Secretario:	D. Francisco J. Barroso Encinas
Tesorero:	D. Juan Carlos Santurde Pérez
Mayordomo 1º:	D. Ángel Pérez García
Mayordomo 2º:	D. Rafael Manzano Fernández
Piostre:	Dña. Concepción Vargas Montero
Piostre:	Dña. Pilar Orozco Galindo
Celador:	Dña. Mercedes Domínguez Valle
Vocal:	D. Emiliiano Fernández Manzano
Vocal de Formación:	D. Román Godino González
Vocal de Caridad:	Dña. Inés Murillo Redondo
Vocal de Culto:	Dña. Susana Pérez Fernández
Vocal de Actos Públicos:	Dña. Eva María Godino Reyes
Consejero Espiritual:	Rvdo. Sr. D. Miguel Medina Molina



Iglesia Universal

ROMANO PONTÍFICE

EXHORTACIÓN APOSTÓLICA POSTSINODAL "ECCLESIA IN EUROPA"

**Del Santo Padre Juan Pablo II a los obispos,
a los presbíteros y diáconos, a los consagrados y
consagradas y a todos los fieles laicos, sobre Jesucristo
vivo en su Iglesia y fuente de esperanza para Europa**

INTRODUCCIÓN

Un gozoso anuncio para Europa

1. La Iglesia en Europa ha acompañado con sentimientos de cercanía a sus Obispos reunidos por segunda vez en Sínodo, mientras estaban dedicados a meditar en *Jesucristo vivo en su Iglesia y fuente de esperanza para Europa*.

Es un tema que también yo, recordando con mis hermanos Obispos las palabras de la Primera Carta de san Pedro, deseo proclamar a todos los cristianos de Europa al comienzo del tercer milenio. «No les tengáis ningún miedo ni os turbéis. Al contrario, dad culto al Señor, Cristo, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza» (3, 14-15).¹

¹Cf. II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Mensaje final*, 1: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 29 octubre 1999, p. 10.

Esta exhortación ha tenido eco continuamente durante el Gran Jubileo del año dos mil, con el cual el Sínodo, celebrado inmediatamente antes, ha estado en estrecha relación, como una puerta abierta hacia él.² El Jubileo ha sido «un canto de alabanza único e ininterrumpido a la Trinidad», un auténtico «camino de reconciliación» y un «signo de la genuina esperanza para quienes miran a Cristo y a su Iglesia».³ Al dejarnos en herencia la alegría del encuentro vivificante con Cristo, que «es el mismo, ayer, hoy y siempre» (cf. *Hb* 13, 8), nos ha presentado al Señor Jesús como único e indefectible fundamento de la verdadera esperanza.

Un segundo Sínodo para Europa

2. La profundización en el tema de la esperanza fue desde el principio el objetivo principal de la II Asamblea Especial para Europa del Sínodo de los Obispos. Era el último de la serie de Sínodos de carácter continental celebrados como preparación para el Gran Jubileo del año dos mil⁴ y tenía como objetivo analizar la situación de la Iglesia en Europa y ofrecer indicaciones para promover un nuevo anuncio del Evangelio, como subrayé en la convocatoria que anuncié públicamente el 23 de junio de 1996, al final de la Eucaristía celebrada en el Estadio Olímpico de Berlín.⁵

La Asamblea sinodal no podía dejar de referirse, evaluar y desarrollar lo que se había puesto de relieve en el Sínodo anterior dedicado a Europa y celebrado en 1991, apenas después de la caída del muro, sobre el tema «Para ser testigos de Cristo que nos ha liberado». Aquella primera Asamblea puso de relieve la urgencia y la necesidad de la «nueva evangelización», consciente de que «Europa, hoy, no debe apelar simplemente a su herencia cristiana anterior; hay que alcanzar de nuevo la capacidad de decidir sobre el futuro de Europa en un encuentro con la persona y el mensaje de Jesucristo».⁶

Transcurridos nueve años, se ha considerado, con toda su fuerza estimulante, que «la Iglesia tiene la tarea urgente de aportar, de nuevo, a los hombres

²Cf. II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Instrumentum laboris*, nn. 90-91: *L'Osservatore Romano*, 6 agosto 1999 - Supl., pp. 17-18.

³Bula *Incarnationis mysterium* (29 noviembre 1998), 3-4: *AAS* 91 (1999), 132.133.

⁴Cf. Carta ap. *Tertio millennio adveniente* (10 noviembre 1994), 38: *AAS* 87 (1995), 30.

⁵Cf. *Angelus*, 2: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 5 julio 1996, p. 9.

⁶I Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Declaración final* (13 diciembre 1991), 2: *Ench. Vat.* 13, n. 619.

de Europa el anuncio liberador del Evangelio».⁷ El tema elegido para la nueva Asamblea sinodal reiteró el mismo reto, esta vez desde la perspectiva de la esperanza. Se trataba, pues, de proclamar esta exhortación a la esperanza a una Europa que parecía haberla perdido.⁸

La experiencia del Sínodo

3. La Asamblea sinodal, celebrada del 1 al 23 de octubre de 1999, ha sido una *preciosa oportunidad de encuentro, escucha y confrontación*: se ha profundizado en el conocimiento mutuo entre Obispos de diversas partes de Europa y con el Sucesor de Pedro y, todos juntos, hemos podido edificarnos recíprocamente, sobre todo gracias a los testimonios de aquellos que han soportado duras y prolongadas persecuciones a causa de la fe bajo los regímenes totalitarios pasados.⁹ Hemos vivido una vez más momentos de comunión en la fe y en la caridad, animados por el deseo de realizar un fraternal «intercambio de dones» y enriquecidos mutuamente con las diversas experiencias de cada uno.¹⁰

De todo ello ha surgido el deseo de acoger la llamada que el Espíritu dirige a las Iglesias en Europa para que se comprometan ante los nuevos desafíos.¹¹ Con una *mirada llena de amor*, los participantes en el encuentro sinodal han examinado sin reparos *la realidad actual del Continente*, constatando en ella luces y sombras. Se ha llegado a la clara convicción de que la situación está marcada por graves incertidumbres en el campo cultural, antropológico, ético y espiritual. Asimismo, se ha ido afirmando con nitidez una creciente voluntad de ahondar e interpretar esta situación, con el fin de descubrir las tareas que le esperan a la Iglesia: se han propuesto «orientaciones útiles para que el rostro Cristo sea cada vez más visible a través de un anuncio más eficaz, corroborado por un testimonio coherente».¹²

⁷ *Ibíd.*, 3: *l.c.*, n. 621.

⁸ Cf. II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Instrumentum laboris*, n. 3: *L'Osservatore Romano*, 6 agosto 1999 - Supl., p. 3.

⁹ Cf. *Homilía durante la misa de clausura de la II Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos* (23 octubre 1999), 1: *AAS* 92 (2000), 177.

¹⁰ Cf. II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Mensaje a todos los fieles y ciudadano europeos*, 2: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 29 octubre 1999, p. 10.

¹¹ Cf. *Homilía durante la misa de clausura de la II Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos*, (23 octubre 1999), 4: *AAS* 92 (2000), 179.

¹² *Ibíd.*

4. Al vivir la experiencia sinodal con discernimiento evangélico, ha madurado cada vez más la *conciencia de la unidad* que, sin negar las diferencias derivadas de las vicisitudes históricas, aglutina las diversas partes de Europa. Una unidad que, hundiendo sus raíces en la común inspiración cristiana, sabe articular las diferentes tradiciones culturales y exige un camino constante de conocimiento mutuo, tanto en lo social como en lo eclesial, que esté abierto a compartir mejor los valores de cada uno.

En el transcurso del Sínodo, paulatinamente *se ha ido notando un gran impulso hacia la esperanza*. Aun aceptando los análisis sobre la complejidad que caracteriza el Continente, los Padres sinodales se han percatado de que, tal vez, lo más crucial, en el Este como en el Oeste, es su creciente necesidad de esperanza que pueda dar sentido a la vida y a la historia, y permita caminar juntos. Todas las reflexiones del Sínodo se han orientado a dar respuesta a esta necesidad, partiendo del *misterio de Cristo y del misterio trinitario*. El Sínodo ha presentado de nuevo la figura de Jesús, que vive en su Iglesia y es revelador del Dios Amor, que es comunión de las tres Personas divinas.

El Apocalipsis como icono

5. Con la presente Exhortación postsinodal, me complace compartir con la Iglesia en Europa los frutos de esta II Asamblea Especial para Europa del Sínodo de los Obispos. Quiero satisfacer así el deseo manifestado al final de la reunión sinodal, cuando los Pastores me han entregado el texto de sus reflexiones, junto con la petición de ofrecer a la Iglesia peregrina en Europa un documento sobre el mismo tema del Sínodo.¹³

«*El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias*» (Ap 2, 7). Al anunciar a Europa el Evangelio de la esperanza, sigo como guía *el libro del Apocalipsis*, «revelación profética» que desvela a la comunidad creyente el sentido escondido y profundo de los acontecimientos (cf. Ap 1, 1). El Apocalipsis nos pone ante una palabra dirigida a las comunidades cristianas para que sepan interpretar y vivir su inserción en la historia, con sus interrogantes y sus penas, a la luz de la victoria definitiva del Cordero inmolado y resucitado. Al mismo tiempo, nos hallamos ante una palabra que compromete a vivir abandonando la insistente tentación de construir la ciudad de los hombres pres-

¹³ Cf. *Propositio 1*.

cindiendo de Dios o contra Él. En efecto, si esto llegara a suceder, sería la convivencia humana misma la que, antes o después, experimentaría una derrota irremediable.

El Apocalipsis trata de alentar a los creyentes: más allá de toda apariencia, y aunque no vean aún los resultados, la victoria de Cristo ya se ha realizado y es definitiva. Esto es una orientación para afrontar los acontecimientos humanos con una actitud de fundamental confianza, que surge de la fe en el Resucitado, presente y activo en la historia.

CAPÍTULO I

JESUCRISTO ES NUESTRA ESPERANZA

«*No temas, soy yo, el Primero y el Último, el que vive*» (Ap 1, 17-18)

El Resucitado está siempre con nosotros

6. En la época del autor del Apocalipsis, tiempo de persecución, tribulación y desconcierto para la Iglesia (cf. Ap 1, 9), en la visión se proclama una *palabra de esperanza*: «No temas, soy yo, el Primero y el Último, el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la Muerte y del Hades» (Ap 1, 17-18). Estamos ante el Evangelio, «la Buena nueva», que es *Jesucristo mismo*. Él es el Primero y el Último: en Él comienza, tiene sentido, orientación y cumplimiento toda la historia; en Él y con Él, en su muerte y resurrección, ya se ha dicho todo. Es *el que vive*: murió, pero ahora vive para siempre. Él es *el Cordero* que está de pie en medio del trono de Dios (cf. Ap 5, 6): es *inmolado*, porque ha derramado su sangre por nosotros en el madero de la cruz; *está en pie*, porque ha vuelto para siempre a la vida y nos ha mostrado la omnipotencia infinita del amor del Padre. *Tiene firme en sus manos las siete estrellas* (cf. Ap 1, 16), es decir, la Iglesia de Dios perseguida, en lucha contra el mal y contra el pecado, pero que tiene igualmente derecho a sentirse alegre y victoriosa, porque está en manos de Quien ya ha vencido el mal. *Camina entre los siete candeleros de oro* (Ap 2, 1): está presente y actúa en su Iglesia en oración. Él es también el que «*va a venir*» (cf. Ap 1, 4) por medio de la misión y la acción de la Iglesia a lo largo de la historia humana; viene al final de los tiempos, como segador escatológico, para dar cumplimiento a todas las cosas (cf. Ap 14, 15- 16; 22, 20).

I. Retos y signos de esperanza para la Iglesia en Europa

El oscurecimiento de la esperanza

7. Esta palabra se dirige hoy también a las Iglesias en *Europa, afectadas a menudo por un oscurecimiento de la esperanza*. En efecto, la época que estamos viviendo, con sus propios retos, resulta en cierto modo desconcertante. Tantos hombres y mujeres parecen desorientados, inseguros, sin esperanza, y muchos cristianos están sumidos en este estado de ánimo. Hay numerosos *signos preocupantes* que, al principio del tercer milenio, perturban el horizonte del Continente europeo que, «aun teniendo cuantiosos signos de fe y testimonio, y en un clima de convivencia indudablemente más libre y más unida, siente todo el desgaste que la historia, antigua y reciente, ha producido en las fibras más profundas de sus pueblos, engendrando a menudo desilusión».¹⁴

Entre los muchos aspectos indicados con ocasión del Sínodo,¹⁵ quisiera recordar la *pérdida de la memoria y de la herencia cristianas*, unida a una especie de agnosticismo práctico y de indiferencia religiosa, por lo cual muchos europeos dan la impresión de vivir sin base espiritual y como herederos que han despilfarrado el patrimonio recibido a lo largo de la historia. Por eso no han de sorprender demasiado los intentos de dar a Europa una identidad que excluye su herencia religiosa y, en particular, su arraigada alma cristiana, fundando los derechos de los pueblos que la conforman sin injertarlos en el tronco vivificado por la savia del cristianismo.

En el Continente europeo no faltan ciertamente símbolos prestigiosos de la presencia cristiana, pero éstos, con el lento y progresivo avance del laicismo, corren el riesgo de convertirse en mero vestigio del pasado. Muchos ya no logran integrar el mensaje evangélico en la experiencia cotidiana; aumenta la dificultad de vivir la propia fe en Jesús en un contexto social y cultural en que el proyecto de vida cristiano se ve continuamente desdeñado y amenazado; en muchos ambientes públicos es más fácil declararse agnóstico que creyente; se tiene la impresión de que lo obvio es no creer, mientras que creer requiere una legitimación social que no es indiscutible ni puede darse por descontada.

¹⁴ II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Instrumentum laboris*, n. 2: *L’Osservatore Romano*, 6 agosto 1999 - Supl., pp. 2-3.

¹⁵ Cf. *ibid.*, nn. 12-13.16-19, *l.c.*, pp. 4-6; Idem, *Relatio ante disceptationem*, I: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 8 octubre 1999, pp. 19-20; Idem, *Relatio post disceptationem*, II, A: *L’Osservatore Romano*, 11-12 octubre 1999, p. 10.

8. Esta pérdida de la memoria cristiana va unida a un cierto *miedo en afrontar el futuro*. La imagen del porvenir que se propone resulta a menudo vaga e incierta. Del futuro se tiene más temor que deseo. Lo demuestran, entre otros signos preocupantes, el vacío interior que atenaza a muchas personas y la pérdida del sentido de la vida. Como manifestaciones y frutos de esta angustia existencial pueden mencionarse, en particular, el dramático descenso de la natalidad, la disminución de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, la resistencia, cuando no el rechazo, a tomar decisiones definitivas de vida incluso en el matrimonio.

Se está dando una difusa *fragmentación de la existencia*; prevalece una sensación de soledad; se multiplican las divisiones y las contraposiciones. Entre otros síntomas de este estado de cosas, la situación europea actual experimenta el grave fenómeno de las crisis familiares y el deterioro del concepto mismo de familia, la persistencia y los rebrotos de conflictos étnicos, el resurgir de algunas actitudes racistas, las mismas tensiones interreligiosas, el egocentrismo que encierra en sí mismos a las personas y los grupos, el crecimiento de una indiferencia ética general y una búsqueda obsesiva de los propios intereses y privilegios. Para muchos, la globalización que se está produciendo, en vez de llevar a una mayor unidad del género humano, amenaza con seguir una lógica que margina a los más débiles y aumenta el número de los pobres de la tierra.

Junto con la difusión del individualismo, se nota un *decaimiento creciente de la solidaridad interpersonal*: mientras las instituciones asistenciales realizan un trabajo benemérito, se observa una falta del sentido de solidaridad, de manera que muchas personas, aunque no carezcan de las cosas materiales necesarias, se sienten más solas, abandonadas a su suerte, sin lazos de apoyo afectivo.

9. En la raíz de la pérdida de la esperanza está el *intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo*. Esta forma de pensar ha llevado a considerar al hombre como «el centro absoluto de la realidad, haciéndolo ocupar así falsamente el lugar de Dios y olvidando que no es el hombre el que hace a Dios, sino que es Dios quien hace al hombre. El olvido de Dios condujo al abandono del hombre», por lo que, «no es extraño que en este contexto se haya abierto un amplísimo campo para el libre desarrollo del nihilismo, en la filosofía; del relativismo en la gnoseología y en la moral; y del pragmatismo y hasta

del hedonismo cínico en la configuración de la existencia diaria».¹⁶ La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera.

En esta perspectiva surgen los intentos, repetidos también últimamente, de presentar la cultura europea prescindiendo de la aportación del cristianismo, que ha marcado su desarrollo histórico y su difusión universal. Asistimos al nacimiento de una *nueva cultura*, influenciada en gran parte por los medios de comunicación social, con características y contenidos que a menudo contrastan con el Evangelio y con la dignidad de la persona humana. De esta cultura forma parte también un agnosticismo religioso cada vez más difuso, vinculado a un relativismo moral y jurídico más profundo, que hunde sus raíces en la pérdida de la verdad del hombre como fundamento de los derechos inalienables de cada uno. Los signos de la falta de esperanza se manifiestan a veces en las formas preocupantes de lo que se puede llamar una «cultura de muerte».¹⁷

La imborrable nostalgia de la esperanza

10. Pero, como han subrayado los Padres sinodales, «*el hombre no puede vivir sin esperanza*: su vida, condenada a la insignificancia, se convertiría en insopportable».¹⁸ Frecuentemente, quien tiene necesidad de esperanza piensa poder saciarla con realidades efímeras y frágiles. De este modo la *esperanza*, reducida al *ámbito intramundano* cerrado a la trascendencia, se contenta, por ejemplo, con el paraíso prometido por la ciencia y la técnica, con las diversas formas de mesianismo, con la felicidad de tipo hedonista, lograda a través del consumismo o aquella ilusoria y artificial de las sustancias estupefacientes, con ciertas modalidades del milenarismo, con el atractivo de las filosofías orientales, con la búsqueda de formas esotéricas de espiritualidad o con las diferentes corrientes de *New Age*.¹⁹

Sin embargo, todo esto se demuestra sumamente ilusorio e incapaz de satisfacer la sed de felicidad que el corazón del hombre continúa sintiendo den-

¹⁶ II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Relatio ante disceptationem*, I, 1, 2: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 8 octubre 1999, p. 19.

¹⁷ Cf. *Propositio 5*;

¹⁸ II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Mensaje final*, 1: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 29 octubre 1999, p. 10.

¹⁹ Cf. *Propositio 5*; Consejo Pontificio de la Cultura y Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, *Gesù Cristo portatore dell’acqua viva. Una riflessione cristiana sul New Age*, Ciudad del Vaticano, 2003.

tro de sí. De este modo permanecen y se agudizan los signos preocupantes de la falta de esperanza, que a veces se manifiesta también bajo formas de agresividad y violencia.²⁰

Signos de esperanza

11. Ningún ser humano puede vivir sin perspectivas de futuro. Mucho menos la Iglesia, que vive de la esperanza del Reino que viene y que ya está presente en este mundo. Sería injusto no reconocer *los signos* de la influencia *del Evangelio de Cristo* en la vida de la sociedad. Los Padres sinodales los han especificado y subrayado.

Entre estos signos se ha de mencionar la recuperación de la libertad de la Iglesia en Europa del Este, con las nuevas posibilidades de actividad pastoral que se han abierto para ella; el que la Iglesia se concentre en su misión espiritual y en su compromiso de vivir la primacía de la evangelización incluso en sus relaciones con la realidad social y política; la creciente toma de conciencia de la misión propia de todos los bautizados, con la variedad y complementariedad de sus dones y tareas; la mayor presencia de la mujer en las estructuras y en los diversos ámbitos de la comunidad cristiana.

Una comunidad de pueblos

12. Considerando Europa como comunidad civil, no faltan *signos que dan lugar a la esperanza*: en ellos, aun entre las contradicciones de la historia, podemos percibir con una mirada de fe la presencia del Espíritu de Dios que renueva la faz de la tierra. Los Padres sinodales los han descrito así al final de sus trabajos: «Comprobamos con alegría la creciente *apertura* recíproca de los pueblos, la *reconciliación* entre naciones durante largo tiempo hostiles y enemigas, la *ampliación* progresiva del proceso unitario a los países del Este europeo. Reconocimientos, *colaboraciones e intercambios* de todo tipo se están llevando a cabo, de forma que, poco a poco, se está creando una cultura, más aún, una *conciencia europea*, que esperamos pueda suscitar, especialmente entre los jóvenes, un sentimiento de fraternidad y la voluntad de participación. Registramos como positivo el hecho de que todo este proceso se realiza según métodos *democráticos*, de manera pacífica y con un espíritu de *libertad*, que respeta y

²⁰Cf. *Propositio 5*;

valora las legítimas diversidades, suscitando y sosteniendo el proceso de *unificación de Europa*. Acogemos con satisfacción lo que se ha hecho para precisar las condiciones y las modalidades del respeto de los *derechos humanos*. Por último, en el contexto de la legítima y necesaria unidad económica y política de Europa, mientras registramos los signos de la esperanza que ofrece la consideración dada al *derecho* y a la *calidad de la vida*, deseamos vivamente que, con fidelidad creativa a la tradición humanista y cristiana de nuestro continente, se garantice la supremacía de los *valores éticos y espirituales*».²¹

Los mártires y los testigos de la fe

13. Pero quiero llamar la atención particularmente sobre algunos signos surgidos en el ámbito específicamente eclesial. Ante todo, con los Padres sinodales, quiero proponer a todos, para que nunca se olvide, el gran signo de esperanza constituido por los numerosos *testigos de la fe cristiana* que ha habido en el último siglo, tanto en el Este como en el Oeste. Ellos han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución, frecuentemente hasta el testimonio supremo de la sangre.

Estos testigos, especialmente los que han afrontado el martirio, son un signo elocuente y grandioso que se nos pide contemplar e imitar. Ellos muestran la vitalidad de la Iglesia; son para ella y la humanidad como una luz, porque han hecho resplandecer en las tinieblas la luz de Cristo; al pertenecer a diversas confesiones cristianas, brillan asimismo como signo de esperanza para el camino ecuménico, por la certeza de que su sangre es «también linfa de unidad para la Iglesia».²²

Más radicalmente aún, demuestran que el *martirio* es la encarnación suprema del Evangelio de la esperanza: «En efecto, los mártires anuncian este Evangelio y lo testimonian con su vida hasta la efusión de su sangre, porque están seguros de no poder vivir sin Cristo y están dispuestos a morir por Él, convencidos de que Jesús es el Dios y el Salvador del hombre y que, por tanto, sólo en Él encuentra el hombre la plenitud verdadera de la vida. De este modo, según la exhortación del apóstol Pedro, se muestran preparados para dar razón

²¹ II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Mensaje final*, 6: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 29 octubre 1999, p. 11.

²² *Angelus* (25 agosto 1996), 2: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 30 agosto 1996, p. 1; cf. *Propositio* 9.

de su esperanza (cf. *I Pe* 3, 15). Los mártires, además, celebran el “Evangelio de la esperanza”, porque el ofrecimiento de su vida es la manifestación más radical y más grande del sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, que constituye el verdadero culto espiritual (cf. *Rm* 12, 1), origen, alma y cumbre de toda celebración cristiana. Ellos, por fin, sirven al “Evangelio de la esperanza”, porque con su martirio expresan en sumo grado el amor y el servicio al hombre, en cuanto demuestran que la obediencia a la ley evangélica genera una vida moral y una convivencia social que honra y promueve la dignidad y la libertad de cada persona».²³

La santidad de muchos

14. Fruto de la conversión realizada por el Evangelio es la *santidad* de tantos hombres y mujeres de nuestro tiempo. No sólo de los que así han sido proclamados oficialmente por la Iglesia, sino también de los que, con sencillez y en la existencia cotidiana, han dado testimonio de su fidelidad a Cristo. ¿Cómo no pensar en los innumerables hijos de la Iglesia que, a lo largo de la historia del Continente europeo, han vivido una santidad generosa y auténtica de forma oculta en la vida familiar, profesional y social? «Todos ellos, como “piedras vivas”, unidas a Cristo “piedra angular”, han construido Europa como edificio espiritual y moral, dejando a la posteridad la herencia más preciosa. Nuestro Señor Jesucristo lo había prometido: “El que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y las hará mayores aún, porque yo voy al Padre” (*Jn* 14, 12). Los santos son la prueba viva del cumplimiento de esta promesa, y nos animan a creer que ello es posible también en los momentos más difíciles de la historia».²⁴

La parroquia y los movimientos eclesiales

15. El Evangelio sigue dando sus frutos en las comunidades parroquiales, en las personas consagradas, en las asociaciones de laicos, en los grupos de oración y apostolado, en muchas comunidades juveniles, así como también a través de la presencia y difusión de nuevos movimientos y realidades eclesiales. En efecto, el mismo Espíritu sabe suscitar en cada uno de ellos una renovada entrega al Evangelio, disponibilidad generosa al servicio, vida cristiana caracterizada por el radicalismo evangélico y el impulso misionero.

²³ II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Instrumentum laboris*, n. 88: *L’Osservatore Romano*, 6 agosto 1999 - Supl., p. 17.

²⁴ *Homilía durante la misa de clausura de la II Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos* (23 octubre 1999), 4: *AAS* 92 (2000), 179.

Todavía hoy en Europa, tanto en los Países postcomunistas como en Occidente, *la parroquia*, si bien necesita una renovación constante,²⁵ sigue conservando y ejerciendo su misión indispensable y de gran actualidad en el ámbito pastoral y eclesial. Es capaz de ofrecer a los fieles un espacio para el ejercicio efectivo de la vida cristiana y es lugar también de auténtica humanización y socialización, tanto en un contexto de dispersión y anonimato, propio de las grandes ciudades modernas, como en zonas rurales con escasa población.²⁶

16. Al mismo tiempo, mientras expreso junto con los Padres sinodales mi gran estima por la presencia y la acción de muchas asociaciones y organizaciones apostólicas y, en particular, de la Acción Católica, deseo hacer notar la contribución específica que, en comunión con las otras realidades eclesiales y nunca de manera aislada, pueden ofrecer *los nuevos movimientos y las nuevas comunidades eclesiales*. En efecto, éstos últimos «ayudan a los cristianos a vivir más radicalmente según el Evangelio; son cuna de diversas vocaciones y generan nuevas formas de consagración; promueven sobre todo la vocación de los laicos y la llevan a manifestarse en los diversos ámbitos de la vida; favorecen la santidad del pueblo; pueden ser anuncio y exhortación para quienes, de otra manera, no se encontrarían con la Iglesia; con frecuencia apoyan el camino ecuménico y abren cauces para el diálogo interreligioso; son un antídoto contra la difusión de las sectas; son una gran ayuda para difundir vivacidad y alegría en la Iglesia».²⁷

El camino ecuménico

17. Damos gracias a Dios por el destacado y alentador signo de esperanza que son *los progresos logrados por el camino ecuménico* siguiendo las directrices de la verdad, la caridad y la reconciliación.

Es uno de los grandes dones del Espíritu Santo a un Continente como el europeo, que dio origen a las graves divisiones entre los cristianos en el segundo milenio y que todavía sufre mucho por sus consecuencias.

Recuerdo con emoción algunos momentos muy intensos experimentados durante los trabajos sinodales y la convicción unánime, expresada también

²⁵ Cf. Exhort. ap. postsinodal *Christifideles laici* (30 diciembre 1988), 26: AAS 81 (1989), 439.

²⁶ Cf. *Propositio 21*.

²⁷ *Ibid.*

por los Delegados Fraternos, de que este camino –no obstante los problemas aún pendientes y los nuevos que van surgiendo– no se debe interrumpir, sino que ha de continuar con renovado ardor, con más profunda determinación y con la humilde disponibilidad de todos al perdón recíproco. Me complace hacer más algunas expresiones de los Padres sinodales, puesto que «el progreso en el diálogo ecuménico, que tiene su fundamento más profundo en el Verbo mismo de Dios, representa un signo de gran esperanza para la Iglesia de hoy. En efecto, el crecimiento de la unidad entre los cristianos enriquece mutuamente a todos».²⁸ Hace falta «fijarse con alegría en los progresos conseguidos hasta ahora en el diálogo, sea con los hermanos de las Iglesias ortodoxas, sea con los de las comunidades eclesiales procedentes de la Reforma, reconociendo en ellos un signo de la acción del Espíritu, por la cual se ha de alabar y dar gracias a Dios».²⁹

II. Volver a Cristo, fuente de toda esperanza

Confesar nuestra fe

18. En la Asamblea sinodal se ha consolidado la certeza, clara y apasionada, de que la Iglesia ha de ofrecer a Europa el bien más precioso y que nadie más puede darle: la fe en Jesucristo, fuente de la esperanza que no defrauda,³⁰ don que está en el origen de la unidad espiritual y cultural de los pueblos europeos, y que todavía hoy y en el futuro puede ser una aportación esencial a su desarrollo e integración. Sí, después de veinte siglos, la Iglesia se presenta al principio del tercer milenio con el mismo anuncio de siempre, que es su único tesoro: Jesucristo es el Señor; en Él, y en ningún otro, podemos salvarnos (cf. *Hch* 4, 12). La fuente de la esperanza, para Europa y el mundo entero, es Cristo, y «la Iglesia es el canal a través del cual pasa y se difunde la ola de gracia que fluye del Corazón traspasado del Redentor».³¹

En base a esta confesión de fe brota de nuestro corazón y de nuestros labios «una alegre *confesión de esperanza*: ¡tú, Señor, resucitado y vivo, eres la esperanza siempre nueva de la Iglesia y de la humanidad; tú eres la única y verdadera esperanza del hombre y de la historia; tú eres entre nosotros “la espe-

²⁸ *Propositio* 9.

²⁹ *Ibíd.*

³⁰ Cf. *Propositio* 4, 1.

³¹ *Homilía durante la misa de clausura de la II Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos* (23 octubre 1999), 2: *AAS* 92 (2000), 178.

ranza de la gloria” (*Col 1, 27*) ya en esta vida y también más allá de la muerte! En ti y contigo podemos alcanzar la verdad, nuestra existencia tiene un sentido, la comunión es posible, la diversidad puede transformarse en riqueza, la fuerza del Reino ya está actuando en la historia y contribuye a la edificación de la ciudad del hombre, la caridad da valor perenne a los esfuerzos de la humanidad, el dolor puede hacerse salvífico, la vida vencerá a la muerte y lo creado participará de la gloria de los hijos de Dios».³²

Jesucristo nuestra esperanza

19. Jesucristo, el Verbo eterno de Dios que está en el seno del Padre desde siempre (cf. *Jn 1, 18*), es nuestra esperanza porque nos ha amado hasta el punto de asumir en todo nuestra naturaleza humana, excepto el pecado, participando de nuestra vida para salvarnos. La confesión de esta verdad está en el corazón mismo de nuestra fe. La pérdida de la verdad sobre Jesucristo, o su incomprensión, impiden ahondar en el misterio mismo del amor de Dios y de la comunión trinitaria.³³

Jesucristo es nuestra esperanza porque *revela el misterio de la Trinidad*. Éste es el centro de la fe cristiana, que puede ofrecer todavía una gran aportación, como lo ha hecho hasta ahora, a la edificación de estructuras que, inspirándose en los grandes valores evangélicos o confrontándose con ellos, promuevan la vida, la historia y la cultura de los diversos pueblos del Continente. Múltiples son las raíces ideales que han contribuido con su savia al reconocimiento del valor de la persona y de su dignidad inalienable, del carácter sagrado de la vida humana y el papel central de la familia, de la importancia de la educación y la libertad de opinión, de palabra, de religión, así como también a la tutela legal de los individuos y los grupos, a la promoción de la solidaridad y el bien común, al reconocimiento de la dignidad del trabajo. Tales raíces han favorecido que el poder político esté sujeto a la ley y al respeto de los derechos de la persona y de los pueblos. A este propósito se han de recordar el espíritu de la Grecia antigua y de la romanidad, las aportaciones de los pueblos celtas, germanos, eslavos, ugrofineses, de la cultura hebrea y del mundo islámico. Sin embargo, se ha de reconocer que estas influencias han encontrado histórica-

³² II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Mensaje final, 2: L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 29 octubre 1999, p. 10.

³³ Cf. *Propositio 4, 2*.

mente en la tradición judeocristiana una fuerza capaz de armonizarlas, consolidarlas y promoverlas. Se trata de un hecho que no se puede ignorar; por el contrario, en el proceso de construcción de la «casa común europea», debe reconocerse que este edificio ha de apoyarse también sobre valores que encuentran en la tradición cristiana su plena manifestación. Tener esto en cuenta beneficia a todos.

La Iglesia «no posee título alguno para expresar preferencias por una u otra solución institucional o constitucional» de Europa y coherentemente, por tanto, quiere respetar la legítima autonomía del orden civil.³⁴ Sin embargo, tiene la misión de avivar en los cristianos de Europa la fe en la Trinidad, sabiendo que esta fe es precursora de auténtica esperanza para el Continente.

Muchos de los grandes paradigmas de referencia antes indicados, que son la base de la civilización europea, hunden sus raíces últimas en la fe trinitaria. Ésta contiene un extraordinario potencial espiritual, cultural y ético, capaz, entre otras cosas, de iluminar algunas grandes cuestiones que hoy se debaten en Europa, como la disgregación social y la pérdida de una referencia que dé sentido a la vida y a la historia. De ello se desprende la necesidad de una renovada meditación teológica, espiritual y pastoral sobre el misterio trinitario.³⁵

20. Las Iglesias particulares en Europa no son meras entidades u organizaciones privadas. En realidad, actúan con una dimensión institucional específica que merece ser valorada jurídicamente, en el pleno respeto del justo ordenamiento civil. Al reflexionar sobre sí mismas, las comunidades cristianas han de reconocerse como un don con el que Dios enriquece a los pueblos que viven en el Continente. Éste es el anuncio gozoso que han de llevar a todas las personas. Profundizando su propia dimensión misionera, deben dar constantemente testimonio de que Jesucristo «es el único mediador y portador de salvación para la humanidad entera: sólo en Él la humanidad, la historia y el cosmos encuentran su sentido positivo definitivamente y se realizan totalmente; Él tiene en sí mismo, en sus hechos y en su persona, las razones definitivas de la salvación; no sólo es un mediador de salvación, sino la fuente misma de la salvación».³⁶

³⁴ Cf. Carta enc. *Centesimus annus* (1 mayo 1991), 47: AAS 83 (1991), 852.

³⁵ Cf. *Propositio* 4, 1.

³⁶ II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Instrumentum laboris*, n. 30: *L'Osservatore Romano*, 6 de agosto de 1999 - Suppl., p. 8.

En el contexto del pluralismo ético y religioso actual que caracteriza cada vez más a Europa, es necesario, pues, confesar y proponer la verdad de Cristo como único Mediador entre Dios y los hombres y único Redentor del mundo. Por tanto –como he hecho al final de la asamblea sinodal–, con toda la Iglesia, invito a mis hermanos y hermanas en la fe a abrirse constantemente con confianza a Cristo y a dejarse renovar por Él, anunciando con el vigor de la paz y el amor a todas las personas de buena voluntad, que quien encuentra al Señor conoce la Verdad, descubre la Vida y reconoce el Camino que conduce a ella (cf. *Jn 14, 6; Sal 16 [15], 11*). Por el tenor de vida y el testimonio de la palabra de los cristianos, los habitantes de Europa podrán descubrir que Cristo es el futuro del hombre. En efecto, en la fe de la Iglesia «no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que debamos salvarnos» (*Hch 4, 12*).³⁷

21. Para los creyentes, Jesucristo es la esperanza de toda persona porque *da la vida eterna*. Él es «la Palabra de vida» (*I Jn 1, 1*), venido al mundo para que los hombres «tengan la vida y la tengan en abundancia» (*Jn 10, 10*). Así nos enseña cómo el verdadero sentido de la vida del hombre no queda encerrado en el horizonte mundial, sino que se abre a la eternidad. La misión de cada Iglesia particular en Europa es tener en cuenta la sed de verdad de toda persona y la necesidad de valores auténticos que animen a los pueblos del Continente. Ha de proponer con renovada energía la novedad que la anima. Se trata de emprender una articulada acción cultural y misionera, enseñando con obras y argumentos convincentes cómo la nueva Europa necesita descubrir sus propias raíces últimas. En este contexto, los que se inspiran en los valores evangélicos tienen un papel esencial que desempeñar, relacionado con el sólido fundamento sobre el cual se ha de edificar una convivencia más humana y más pacífica porque es respetuosa de todos y de cada uno.

Es preciso que las Iglesias particulares en Europa sepan devolver a la esperanza su dimensión escatológica originaria.³⁸ En efecto, la verdadera esperanza cristiana es teologal y escatológica, fundada en el Resucitado, que vendrá de nuevo como Redentor y Juez, y que nos llama a la resurrección y al premio eterno.

³⁷ Cf. *Homilía durante la misa de clausura de la II Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos* (23 octubre 1999), 3: *AAS* 92 (2000), 178; Congregación para la Doctrina de la Fe, Decl. *Dominus Iesus* (6 agosto 2000), 13: *AAS* 92 (2000), 754.

³⁸ Cf. *Propositio 5*.

Jesucristo vivo en la Iglesia

22. Mirando a Cristo, los pueblos europeos podrán hallar la única esperanza que puede dar plenitud de sentido a la vida. También hoy lo pueden encontrar, porque *Jesús está presente, vive y actúa en su Iglesia*: Él está en la Iglesia y la Iglesia está en Él (cf. *Jn 15, 1ss; Ga 3, 28; Ef 4, 15-16; Hch 9, 5*). En ella, por el don del Espíritu Santo, continúa sin cesar su obra salvadora.³⁹

Con los ojos de la fe podemos ver la misteriosa acción de Jesús en los diversos signos que nos ha dejado. Está presente, ante todo, en la Sagrada Escritura, que habla de Él en todas sus páginas (cf. *Lc 24, 27.44-47*). Pero de una manera verdaderamente única está presente en las especies eucarísticas. Esta «presencia se llama “real”, no por exclusión, como si las otras no fueran “reales”, sino por autonomía, ya que es *sustancial*, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro». ⁴⁰ En efecto, en la Eucaristía «se contiene verdadera, real y sustancialmente, el Cuerpo y la Sangre, juntamente con el alma y la divinidad, de nuestro Señor Jesucristo y, por ende, Cristo entero». ⁴¹ «Verdaderamente la Eucaristía es *mysterium fidei*, misterio que supera nuestro pensamiento y puede ser acogido sólo en la fe». ⁴² También es real la presencia de Jesús en las otras acciones litúrgicas que, en su nombre, celebra la Iglesia. Así ocurre en los Sacramentos, acciones de Cristo, que Él realiza a través de los hombres.⁴³

Jesús está verdaderamente presente también en el mundo de otros modos, especialmente en sus discípulos que, fieles al doble mandamiento de la caridad, adoran a Dios en espíritu y en verdad (cf. *Jn 4, 24*), y testimonian con la vida el amor fraternal que los distingue como seguidores del Señor (cf. *Mt 25, 31-46; Jn 13, 35; 15, 1-17*).⁴⁴

³⁹ Carta. enc. *Dominum et vivificantem* (18 mayo 1986), 7: AAS 78 (1986), 816; Congregación para la Doctrina de la Fe, Decl. *Dominus Iesus* (6 agosto 2000), 16: AAS 92 (2000), 756-757.

⁴⁰ Pablo VI, Carta enc. *Mysterium fidei* (3 septiembre 1965): AAS 57 (1965) 762-763. Cf. S. Congregación de ritos, Instr. *Eucharisticum mysterium* (25 mayo 1967), 9: AAS 59 (1967) 547; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1374.

⁴¹ Concilio Ecum. Tridentino, Decr. *De SS. Eucharistia*, can. 1: *DS*, 1651; cf. cap. 3: *DS*, 1641.

⁴² Carta enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), 15: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 18 abril 2003, p. 9.

⁴³ Cf. San Agustín, *In Ioannis Evangelium*, Tractatus VI, cap. I, n. 7: *PL* 35,1428; San Juan Crisóstomo, *Sobre la traición de Judas*, 1, 6: *PG* 49, 380C.

⁴⁴ Cf. Conc. ecum. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 7; Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 50; Pablo VI, Carta. enc. *Mysterium fidei* (3 septiembre 1965): AAS 57 (1965) 762-763; S. Congregación de ritos, Instr. *Eucharisticum mysterium* (25 mayo 1967), 9: AAS 59 (1967) 547; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1373-1374.

CAPÍTULO II

EL EVANGELIO DE LA ESPERANZA CONFIADO A LA IGLESIA DEL NUEVO MILENIO

«Ponte en vela, reanima lo que te queda y está a punto de morir» (Ap 3, 2)

I. El Señor llama a la conversión

Jesús se dirige a nuestras Iglesias

23. «Esto dice el que tiene las siete estrellas en su mano derecha, el que camina entre los siete candeleros de oro [...], el Primero y el Ultimo, el que estuvo muerto y revivió [...], el Hijo de Dios» (Ap 2, 1.8.18). *Jesús mismo* es el que *habla a su Iglesia*. Su mensaje se dirige a cada una de las Iglesias particulares y concierne su vida interna, caracterizada a veces por la presencia de concepciones y mentalidades incompatibles con la tradición evangélica, víctima a menudo de diversas formas de persecución y, lo que es más peligroso aún, afectada por síntomas preocupantes de mundanización, perdida de la fe primigenia y connivencia con la lógica del mundo. No es raro que las comunidades ya no tengan el amor que antes tenían (cf. Ap 2, 4).

Se observa cómo *nuestras comunidades eclesiales* tienen que forcejear con debilidades, fatigas, contradicciones. Necesitan escuchar también de nuevo la voz del Esposo que las invita a la conversión, las incita a actuar con entusiasmo en las nuevas situaciones y las llama a comprometerse en la gran obra de la «nueva evangelización». La Iglesia tiene que someterse constantemente al juicio de la palabra de Cristo y vivir su dimensión humana con una actitud de purificación para ser cada vez más y mejor la Esposa sin mancha ni arruga, engalanada con un vestido de lino puro resplandeciente (cf. Ef 5, 27; Ap 19, 7-8).

De este modo, *Jesucristo llama a nuestras Iglesias en Europa a la conversión*, y ellas, con su Señor y gracias a su presencia, se hacen portadoras de esperanza para la humanidad.

La acción del Evangelio a lo largo de la historia

24. *Europa ha sido impregnada amplia y profundamente por el cristianismo*. «No cabe duda de que, en la compleja historia de Europa, el cristianismo

representa un elemento central y determinante, que se ha consolidado sobre la base firme de la herencia clásica y de las numerosas aportaciones que han dado los diversos flujos étnicos y culturales que se han sucedido a lo largo de los siglos. La fe cristiana ha plasmado la cultura del Continente y se ha entrelazado indisolublemente con su historia, hasta el punto de que ésta no se podría entender sin hacer referencia a las vicisitudes que han caracterizado, primero, el largo periodo de la evangelización y, después, tantos siglos en los que el cristianismo, aun en la dolorosa división entre Oriente y Occidente, se ha afirmado como la religión de los europeos. También en el periodo moderno y contemporáneo, cuando se ha ido fragmentando progresivamente la unidad religiosa, bien por las posteriores divisiones entre los cristianos, bien por los procesos que han alejado la cultura del horizonte de la fe, el papel de ésta ha seguido teniendo una importancia notable».⁴⁵

25. *El interés que la Iglesia tiene por Europa* deriva de su misma naturaleza y misión. En efecto, a lo largo de los siglos, la Iglesia ha mantenido lazos muy estrechos con nuestro Continente, de tal modo que la fisonomía espiritual de Europa se ha ido formando gracias a los esfuerzos de grandes misioneros y al testimonio de santos y mártires, a la labor asidua de monjes, religiosos y pastores. De la concepción bíblica del hombre, Europa ha tomado lo mejor de su cultura humanista, ha encontrado inspiración para sus creaciones intelectuales y artísticas, ha elaborado normas de derecho y, sobre todo, ha promovido la dignidad de la persona, fuente de derechos inalienables.⁴⁶ De este modo la Iglesia, en cuanto depositaria del Evangelio, ha contribuido a difundir y a consolidar los valores que han hecho universal la cultura europea.

Al recordar todo esto, la Iglesia de hoy siente, con nueva responsabilidad, el deber apremiante de no disipar este patrimonio precioso y ayudar a Europa a construirse a sí misma, revitalizando las raíces cristianas que le han dado origen.⁴⁷

Para dar una verdadera imagen de Iglesia

26. Que toda la Iglesia en Europa sienta como dirigida a ella la exhortación y la invitación del Señor: arrepíntete, conviértete, «ponte en vela, reanima

⁴⁵ Motu proprio *Spes aedificandi* (1 octubre 1999), 1: AAS 92 (2000), 220.

⁴⁶ Cf. *Discurso al Parlamento polaco, Varsovia* (11 junio 1999), 6: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 25-26 junio 1999, p. 6.

⁴⁷ Cf. *Discurso durante la ceremonia de despedida en el aeropuerto de Cracovia* (10 junio 1997), 4: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 26-27 junio 1997, p. 17.

lo que te queda y está a punto de morir» (*Ap* 3, 2). Es una exigencia que nace también de la consideración del tiempo actual: «La grave situación de indiferencia religiosa de numerosos europeos; la presencia de muchos que, incluso en nuestro Continente, no conocen todavía a Jesucristo y su Iglesia, y que todavía no están bautizados; el secularismo que contagia a un amplio sector de cristianos que normalmente piensan, deciden y viven “como si Cristo no existiera”, lejos de apagar nuestra esperanza, la hacen más humilde y capaz de confiar sólo en Dios. De su misericordia recibimos *la gracia y el compromiso de la conversión*».⁴⁸

27. A pesar de que a veces, como en el episodio evangélico de la tempestad calmada (cf. *Mc* 4, 35-41; *Lc* 8, 22-25), pueda parecer que Cristo duerme y deja su barca a merced de las olas encrespadas, se pide a la Iglesia en Europa que *cultive la certeza de que el Señor*, por el don de su Espíritu, *está siempre presente y actúa en ella y en la historia de la humanidad*. Él prolonga en el tiempo su misión, haciendo que la Iglesia fuera una corriente de vida nueva, que fluye dentro de la vida de la humanidad como signo de esperanza para todos.

En un contexto en el que la tentación del activismo llega fácilmente también al ámbito pastoral, se pide a los cristianos en Europa que sigan *siendo transparencia real del Resucitado, viviendo en íntima comunión con Él*. Hacen falta comunidades que, contemplando e imitando a la Virgen María, figura y modelo de la Iglesia en la fe y en la santidad,⁴⁹ cuiden el sentido de la vida litúrgica y de la vida interior. Ante todo y sobre todo, han de alabar al Señor, invocarlo, adorarlo y escuchar su Palabra. Sólo así asimilarán su misterio, viviendo totalmente dedicadas a Él, como miembros de su fiel Esposa.

28. Ante las insistentes tentaciones de división y contraposición, la diversas Iglesias particulares en Europa, bien unidas al Sucesor de Pedro, han de esforzarse en *ser verdaderamente lugar e instrumento de comunión* de todo el Pueblo de Dios en la fe y en el amor.⁵⁰ Cultiven, por tanto, un clima de caridad fraterna, vivida con radicalidad evangélica en el nombre de Jesús y de su amor;

⁴⁸ II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Mensaje final*, 5: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 29 octubre 1999, pp. 10-11.

⁴⁹ Cf. *Propositio* 15,1; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 773; Carta ap. *Mulieris dignitatem* (15 agosto 1988), 27: *AAS* 80 (1988), 1718.

⁵⁰ Cf. *Propositio* 15, 1.

desarrollen un ambiente de relaciones de amistad, de comunicación, corresponsabilidad, participación, conciencia misionera, disponibilidad y servicialidad; estén animadas por actitudes recíprocas de estima, acogida y corrección (cf. *Rm* 12, 10; 15, 7-14), de servicio y ayuda (cf. *Ga* 5, 13; 6, 2), de perdón mutuo (cf. *Col* 3, 13) y edificación de unos con otros (cf. *1 Ts* 5, 11); se esfuerzen en realizar una pastoral que, valorando todas las diversidades legítimas, fomente una colaboración cordial entre todos los fieles y sus asociaciones; promuevan los organismos de participación como instrumentos preciosos de comunión para una acción misionera armónica, impulsando la presencia de agentes de pastoral adecuadamente preparados y cualificados. De este modo, las Iglesias mismas, animadas por la comunión, que es manifestación del amor de Dios, fundamento y razón de la esperanza que no defrauda (cf. *Rm* 5, 5), serán un reflejo más brillante de la Trinidad, además de un signo que interpela e invita a creer (cf. *Jn* 17, 21).

29. Para vivir de manera plena la comunión en la Iglesia, hace falta valorar la *variedad de carismas y vocaciones*, que confluyen cada vez más en la unidad y pueden enriquecerla (cf. *1 Co* 12). En esta perspectiva, es necesario también que, de una parte, los nuevos movimientos y las nuevas comunidades eclesiales «abandonando toda tentación de reivindicar derechos de primogenitura y toda incomprensión recíproca», avancen en el camino de una comunión más auténtica entre sí y con todas las demás realidades eclesiales, y «vivan con amor en total obediencia a los Obispos»; por otro lado, es necesario también que los Obispos, «manifestándoles la paternidad y el amor propios de los pastores»,⁵¹ sepan reconocer, discernir y coordinar sus carismas y su presencia para la edificación de la única Iglesia.

En efecto, gracias al crecimiento de la colaboración entre los numerosos sectores eclesiales bajo la guía afable de los pastores, la Iglesia entera podrá presentar a todos una imagen más hermosa y creíble, transparencia más limpida del rostro del Señor, y contribuir así a dar nueva esperanza y consuelo, tanto a los que la buscan como a los que, aunque no la busquen, la necesitan.

Para poder responder a la llamada del Evangelio a la conversión, «debemos hacer todos juntos un humilde y valiente *examen de conciencia* para reconocer nuestros temores y nuestros errores, para confesar con sinceridad nuestras

⁵¹ *Propositio* 21.

lentitudes, omisiones, infidelidades y culpas».⁵² En vez de adoptar actitudes huidizas de desaliento, el reconocimiento evangélico de las propias culpas suscitará en la comunidad la experiencia que vive cada bautizado: la alegría de una profunda liberación y la gracia de comenzar de nuevo, que permite proseguir con mayor vigor el camino de la evangelización.

Para progresar hacia la unidad de los cristianos

30. Finalmente, el Evangelio de la esperanza es también fuerza y llamada a la *conversión en el campo ecuménico*. En la certeza de que la unidad de los cristianos corresponde al mandato del Señor, «para que todos sean uno» (cf. *Jn* 17, 11), y que hoy se presenta como una necesidad para que sea más creíble la evangelización y la contribución a la unidad de Europa, es necesario que todas las Iglesias y Comunidades eclesiales «sean ayudadas e invitadas a interpretar el camino ecuménico como un “ir juntos” hacia Cristo»⁵³ y hacia la unidad visible querida por Él, de tal modo que la unidad en la diversidad brille en la Iglesia como don del Espíritu Santo, artífice de comunión.

Para lograr esto hace falta un paciente y constante empeño por parte de todos, animado por una auténtica esperanza y, al mismo tiempo, por un sobrio realismo, orientado a la «valoración de lo que ya nos une, a la sincera estima recíproca, a la eliminación de los prejuicios, al conocimiento y al amor mutuo».⁵⁴ En esta perspectiva, el esfuerzo por la unidad ha de incluir, si quiere apoyarse en fundamentos sólidos, la búsqueda apasionada de la verdad, a través de un diálogo y una confrontación que, mientras reconoce los resultados hasta ahora alcanzados, los considere un estímulo para seguir avanzando en la superación de las divergencias que todavía dividen a los cristianos.

31. Sin rendirse ante dificultades y cansancios, es preciso *continuar con determinación el diálogo*, que se ha entablar «bajo muchos aspectos (doctrinal, espiritual y práctico), siguiendo la lógica del intercambio de dones que el Espíritu suscita en cada Iglesia y educando a las comunidades y los fieles, sobre todo a los jóvenes, a vivir momentos de encuentro, haciendo del ecumenismo rectamente entendido una dimensión ordinaria de la vida y de la acción eclesial».⁵⁵

⁵² II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Mensaje final*, 5: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 29 octubre 1999, p. 10.

⁵³ *Proposito 9.*

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ *Ibid.*

Este diálogo es una de las principales preocupaciones de la Iglesia, sobre todo en esta Europa que en el milenio pasado ha visto surgir demasiadas divisiones entre los cristianos y que hoy se encamina hacia una mayor unidad. ¡No podemos detenernos ni volver atrás! Hemos de continuar este camino y vivirlo con confianza, porque la estima recíproca, la búsqueda de la verdad, la colaboración en la caridad y, sobre todo, el ecumenismo de la santidad, con la ayuda de Dios, no dejarán de producir sus frutos.

32. A pesar de las dificultades inevitables, invito a todos a reconocer y valorar, con amor y fraternidad, la contribución que las *Iglesias Católicas Orientales* pueden ofrecer para una edificación más real de la unidad, con su presencia misma, la riqueza de su tradición, el testimonio de su «unidad en la diversidad», la inculturación realizada por ellas en el anuncio del Evangelio o la diversidad de sus ritos.⁵⁶ Al mismo tiempo, quiero asegurar una vez más a los pastores y a los hermanos y hermanas de las Iglesias ortodoxas, que la nueva evangelización en modo alguno debe ser confundida con el proselitismo, quedando firme el deber de respetar la verdad, la libertad y la dignidad de toda persona.

II. Toda la Iglesia enviada en misión

33. Servir al Evangelio de la esperanza mediante una caridad que evangeliza es un *compromiso y una responsabilidad de todos*. En efecto, cualquiera que sea el carisma y el ministerio de cada uno, la caridad es la vía maestra indicada a todos y que todos pueden recorrer: es la vía que la comunidad eclesial entera está llamada a emprender siguiendo las huellas de su Maestro.

Compromiso de los ministros ordenados

34. En virtud de su ministerio, los sacerdotes están llamados a celebrar, enseñar y servir de modo especial el Evangelio de la esperanza. Por el sacramento del Orden, que los configura a Cristo Cabeza y Pastor, los Obispos y sacerdotes tienen que conformar toda su vida y su acción con Jesús; por la predicación de la Palabra, la celebración de los sacramentos y la guía de la comunidad cristiana, hacen presente el misterio de Cristo y, por el ejercicio de su ministerio, están «llamados a prolongar la presencia de Cristo, único y supre-

⁵⁶ Cf. *Propositio 22.*

mo Pastor, siguiendo su estilo de vida y siendo como una transparencia suya en medio del rebaño que les ha sido confiado».⁵⁷

Estando “en” el mundo, pero sin ser “del” mundo (cf. *Jn* 17, 15-16), en la actual situación cultural y espiritual del Continente europeo, se les pide que sean signo de contradicción y esperanza para una sociedad aquejada de horizontalismo y necesitada de abrirse al Trascendente.

35. En este marco adquiere relieve también el *celibato sacerdotal*, signo de una esperanza puesta totalmente en el Señor. No es una mera disciplina eclesiástica impuesta por la autoridad; por el contrario, es ante todo gracia, don inestimable de Dios para la Iglesia, valor profético para el mundo actual, fuente de vida espiritual intensa y de fecundidad pastoral, testimonio del Reino escatológico, signo del amor de Dios a este mundo, así como del amor indiviso del sacerdote a Dios y a su Pueblo.⁵⁸ Vivido como respuesta al don de Dios y como superación de las tentaciones de una sociedad hedonista, no sólo favorece la realización humana de quien ha sido llamado, sino que se manifiesta también como factor de crecimiento para los demás.

Considerado conveniente para el sacerdocio en toda la Iglesia,⁵⁹ requerido obligatoriamente por la Iglesia latina,⁶⁰ sumamente respetado por las Iglesias Orientales,⁶¹ el celibato aparece en el contexto de la cultura actual como signo elocuente, que debe ser custodiado como un bien precioso para la Iglesia. A este respeto, una revisión de la disciplina actual no permitiría solucionar la crisis de las vocaciones al presbiterado que se percibe en muchas partes de Europa.⁶² Un compromiso al servicio del Evangelio de la esperanza requiere también que la Iglesia presente el celibato en toda su riqueza bíblica, teológica y espiritual.

36. No se puede ignorar que el ejercicio del sagrado ministerio encuentra hoy muchas dificultades, bien debidas a la cultura imperante, bien por la disminución numérica de los presbíteros, con el aumento de la carga pastoral y de cansancio que esto puede comportar. Por eso son más dignos aun de *estima*,

⁵⁷ Exhort. ap. postsinodal *Pastores dabo vobis* (25 marzo 1992), 15: AAS 84 (1992), 679-680.

⁵⁸ Cf. *ibíd.*, 29, *l.c.*, 703-705; *Propositio 28*.

⁵⁹ Cf. *Código de los Cánones de las Iglesias Orientales*, can. 373.

⁶⁰ Cf. *Código de Derecho Canónico*, can. 277,1.

⁶¹ Cf. Pablo VI, Carta enc. *Sacerdotalis coelibatus* (24 junio 1967), 40: AAS 59 (1967), 673.

⁶² Cf. *Propositio 18*.

gratitud y cercanía los sacerdotes que viven con admirable dedicación y fidelidad el ministerio que se les ha confiado.⁶³

Tomando las palabras escritas por los Padres sinodales, quiero también animarlos, con confianza y gratitud: «No os desalentéis y no os dejéis abatir por el cansancio; en total comunión con nosotros, los obispos, en gozosa fraternidad con los demás presbíteros y en cordial corresponsabilidad con los consagrados y todos los fieles laicos, continuad vuestra valiosa e insustituible labor».⁶⁴ Junto con los presbíteros, deseo recordar también a los *diáconos*, que participan, aunque en grado diferente, del mismo sacramento del Orden. Destinados al servicio de la comunión eclesial, ejercen, bajo la guía del Obispo y con su presbiterio, la “diaconía” de la liturgia, de la palabra y de la caridad.⁶⁵ De este modo específico, *están al servicio del Evangelio de la esperanza*.

Testimonio de los consagrados

37. El testimonio de las *personas consagradas* es particularmente elocuente. A este propósito, se ha de reconocer, ante todo, el papel fundamental que ha tenido el monacato y la vida consagrada en la evangelización de Europa y en la construcción de su identidad cristiana.⁶⁶ Este papel no puede faltar hoy, en un momento en el que urge una «nueva evangelización» del Continente, y en el que la creación de estructuras y vínculos más complejos lo sitúan ante un cambio delicado. Europa necesita siempre la santidad, la profecía, la actividad evangelizadora y de servicio de las personas consagradas. También se ha de resaltar la contribución específica que los Institutos seculares y las Sociedades de vida apostólica pueden ofrecer a través de su aspiración a transformar el mundo desde dentro con la fuerza de las bienaventuranzas.

38. La *aportación* específica que las personas consagradas pueden ofrecer al Evangelio de la esperanza proviene de algunos aspectos que caracterizan la actual fisonomía cultural y social de Europa.⁶⁷ Así, la demanda de nuevas formas de espiritualidad que se produce hoy en la sociedad, ha de encontrar una

⁶³ Cf. *ibid.*

⁶⁴ II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Mensaje final*, 4: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 29 octubre 1999, p. 11.

⁶⁵ Cf. Conc. ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 29.

⁶⁶ Cf. *Propositio* 19.

⁶⁷ Cf. *ibid.*

respuesta en el reconocimiento de la *supremacía absoluta de Dios*, que los consagrados viven con su entrega total y con la conversión permanente de una existencia ofrecida como auténtico culto espiritual. En un contexto contaminado por el laicismo y subyugado por el consumismo, la vida consagrada, don del Espíritu a la Iglesia y para la Iglesia, se convierte cada vez más en signo de esperanza, en la medida en que da testimonio de la dimensión trascendente de la existencia. Por otro lado, en la situación actual de pluralismo religioso y cultural, se considera urgente el testimonio de la *fraternidad evangélica* que caracteriza la vida consagrada, haciendo de ella un estímulo para la purificación y la integración de valores diferentes, mediante la superación de las contraposiciones. La presencia de nuevas formas de pobreza y marginación debe suscitar la creatividad en la *atención de los más necesitados*, que ha distinguido a tantos fundadores de Institutos religiosos. Por fin, la tendencia de la sociedad europea a encerrarse en sí misma se debe contrarrestar con la disponibilidad de las personas consagradas a continuar la *obra de evangelización en otros Continentes*, a pesar de la disminución numérica que se observa en algunos Institutos.

Cultivo de las vocaciones

39. Al ser determinante la entrega de los ministros ordenados y de los consagrados, no se puede pasar por alto la preocupante escasez de seminaristas y de aspirantes a la vida religiosa, sobre todo en Europa occidental. Esta situación requiere que todos se comprometan en una *adecuada pastoral de las vocaciones*. Sólo «cuando a los jóvenes se les presenta sin recortes la persona de Jesucristo, prende en ellos una esperanza que les impulsa a dejarlo todo para seguirle, atendiendo su llamada, y para dar testimonio de él ante sus coetáneos».⁶⁸ El cultivo de las vocaciones es, pues, un problema vital para el futuro de la fe cristiana en Europa y repercute en el progreso espiritual de sus pueblos; es paso obligado para una Iglesia que quiera anunciar, celebrar y servir al Evangelio de la esperanza.⁶⁹

40. Para desarrollar una pastoral vocacional, tan necesaria, es oportuno explicar a los fieles la fe de la Iglesia sobre la naturaleza y la dignidad del sacerdocio ministerial; animar a las familias a vivir como verdaderas «iglesias domésticas» en cuyo seno se puedan percibir, acoger y acompañar las diversas

⁶⁸ II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Relatio ante disceptationem*, III: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 8 octubre 1999, p. 24.

⁶⁹ Cf. *Propositio 17*.

vocaciones; realizar una acción pastoral que ayude, sobre todo a los jóvenes, a tomar opciones de una vida arraigada en Cristo y dedicada a la Iglesia.⁷⁰

En la certeza de que también hoy actúa el Espíritu Santo y no faltan signos de su presencia, se trata ante todo de *llevar el anuncio vocacional al terreno de la pastoral ordinaria*. Por eso es necesario «reavivar, sobre todo en los jóvenes, una profunda nostalgia de Dios, creando así el marco adecuado para que broten vocaciones como respuesta generosa»; es urgente que se propague en las Comunidades eclesiales del continente europeo un gran movimiento de oración, puesto que «la actual situación histórica y cultural, que ha cambiado bastante, exige que la pastoral de las vocaciones sea considerada como uno de los objetivos primarios de toda la Comunidad cristiana».⁷¹ Y es indispensable que los sacerdotes mismos vivan y actúen en coherencia con su verdadera identidad sacramental. En efecto, si la imagen que dan de sí mismos fuera opaca o láguida, ¿cómo podrían inducir a los jóvenes a imitarlos?

Misión de los laicos

41. La aportación de los *fieles laicos* a la vida eclesial es irrenunciable: es, efectivamente, insustituible el papel que tienen en el anuncio y el servicio al Evangelio de la esperanza, ya que «por medio de ellos la Iglesia de Cristo se hace presente en los más variados sectores del mundo, como signo y fuente de esperanza y amor».⁷²

Participando plenamente de la misión de la Iglesia en el mundo, están llamados a dar testimonio de que la fe cristiana es la única respuesta completa a los interrogantes que la vida plantea a todo hombre y a cada sociedad, y pueden insertar en el mundo los valores del Reino de Dios, promesa y garantía de una esperanza que no defrauda.

La Europa de ayer y de hoy cuenta con *figuras significativas y ejemplos luminosos* de laicos de este tipo. Como han subrayado los Padres sinodales, se deben recordar con gratitud, entre otros, a los hombres y mujeres que han testimoniado y testimonian a Cristo y su Evangelio con el servicio a la vida pública y las responsabilidades que éste comporta. Es de capital importancia «suscitar y

⁷⁰ Cf. *ibíd.*

⁷¹ *Al Congreso europeo sobre las vocaciones sacerdotales y religiosas* (Roma, 9 mayo 1997), 1.3: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 16 mayo 1997, p. 2.

⁷² Exhort. ap. postsinodal *Christifideles laici* (30 diciembre 1988), 7: *AAS* 81 (1989), 404.

apoyar vocaciones específicas al servicio del bien común: personas que, a ejemplo y con el estilo de los que se ha llamado “padres de Europa”, sepan ser artífices de la sociedad europea del porvenir, fundándola en las bases sólidas del espíritu».⁷³

Análoga estima merece la labor de laicas y laicos cristianos, realizada frecuentemente en lo recóndito de la vida ordinaria mediante pequeños servicios que anuncian la misericordia de Dios a cuantos se hallan en la pobreza; hemos de agradecerles su audaz testimonio de caridad y de perdón, valores que evangelizan los grandes horizontes de la política, la realidad social, la economía, la cultura, la ecología, la vida internacional, la familia, la educación, las profesiones, el trabajo y el sufrimiento.⁷⁴ Para ello se necesitan *programas pedagógicos*, que capaciten a los fieles laicos a proyectar la fe sobre las realidades temporales. Tales programas, basados en un aprendizaje serio de vida eclesial, particularmente en el estudio de la doctrina social, han de proporcionarles no solamente doctrina y estímulo, sino también una orientación espiritual adecuada que anime el compromiso vivido como auténtico camino de santidad.

Papel de la mujer

42. La Iglesia es consciente de la aportación específica de la *mujer* al servicio del Evangelio de la esperanza. Las vicisitudes de la comunidad cristiana muestran que las mujeres han tenido siempre un lugar relevante en el testimonio del Evangelio. Se debe recordar todo lo que han hecho, a menudo en silencio y con discreción, acogiendo y transmitiendo el don de Dios, bien mediante la maternidad física y espiritual, la actividad educativa, la catequesis y la realización de grandes obras de caridad, bien por la vida de oración y contemplación, las experiencias místicas y por escritos ricos de sabiduría evangélica.⁷⁵

A la luz de los magníficos testimonios del pasado, la Iglesia manifiesta su confianza en lo que las mujeres pueden hacer hoy en favor del crecimiento de la esperanza en todas sus dimensiones. Hay aspectos de la sociedad europea contemporánea que son un reto a la capacidad que tienen las mujeres de acoger, compartir y engendrar en el amor, con tesón y gratuidad. Piénsese, por ejemplo, en la mentalidad científico-técnica generalizada que ensombrece la dimensión afectiva y la importancia de los sentimientos, en la falta de gratui-

⁷³ II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Instrumentum laboris*, n. 82: *L’Osservatore Romano*, 6 agosto 1999, p. 16.

⁷⁴ Cf. *Propositio* 29.

⁷⁵ Cf. *Propositio* 30.

dad, en el temor difuso a dar la vida a nuevas criaturas, en la dificultad de vivir la reciprocidad con el otro y en acoger a quien es diferente. Éste es el contexto en el que la Iglesia espera de las mujeres una aportación vivificadora para una nueva oleada de esperanza.

43. Para lograr todo esto es necesario que, ante todo, *en la Iglesia* se promueva la dignidad de la mujer, puesto que la dignidad del hombre y de la mujer es idéntica, creados ambos a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gn 1, 27*), y cada uno colmado de dones propios y particulares.

Como se ha subrayado en el Sínodo, es deseable que, para favorecer la plena participación de la mujer en la vida y misión de la Iglesia, se tenga en mayor estima sus propias cualidades, también mediante la asunción de funciones eclesiales reservada por el derecho a los laicos. Además, se ha de valorar adecuadamente la misión de la mujer como esposa y madre, así como su dedicación a la vida familiar.⁷⁶

La Iglesia no deja de alzar su voz para denunciar las injusticias y violencias cometidas contra las mujeres, en cualquier lugar y circunstancia que ocurran. Pide que se apliquen efectivamente las leyes que protegen a la mujer y que se establezcan medidas eficaces contra el empleo humillante de imágenes femeninas en la propaganda comercial, así como contra la plaga de la prostitución; desea que el servicio prestado por la madre, del mismo modo que por el padre, en la vida doméstica, se considere como una contribución al bien común, incluso mediante formas de reconocimiento económico.

CAPÍTULO III

ANUNCIAR EL EVANGELIO DE LA ESPERANZA

«*Toma el librito que está abierto [...] devóralo*» (*Ap 10, 8.9*)

I. Proclamar el misterio de Cristo

La revelación da sentido a la historia

44. La visión del Apocalipsis nos habla de «un libro, escrito por el anverso y el reverso, sellado con siete sellos», tenido «en la mano derecha del que

⁷⁶ Cf. *ibíd.*

está sentado en el trono» (*Ap 5, 1*). Este texto contiene al plan creador y salvador de Dios, su proyecto detallado sobre toda la realidad, sobre las personas, sobre las cosas y sobre los acontecimientos. Ningún ser creado, terreno o celestial, es capaz «de abrir el libro ni de leerlo» (*Ap 5, 3*), o sea de comprender su contenido. En la confusión de las vicisitudes humanas, *nadie sabe decir la dirección y el sentido último de las cosas*.

Sólo Jesucristo posee el volumen sellado (cf. *Ap 5, 6-7*); sólo Él es «digno de tomar el libro y abrir sus sellos» (*Ap 5, 9*). En efecto, *sólo Jesús puede revelar y actuar el proyecto de Dios que encierra*. El esfuerzo del hombre, por sí mismo, es incapaz de dar un sentido a la historia y a sus vicisitudes: la vida se queda sin esperanza. Sólo el Hijo de Dios puede *disipar las tinieblas e indicar el camino*.

El libro abierto es entregado a Juan y, por su medio, a la Iglesia entera. Se invita a Juan a tomar el libro y a devorarlo: «Vete, toma el librito que está abierto en la mano del Ángel, el que está de pie sobre el mar y sobre la tierra [...]. Toma, devóralo» (*Ap 10, 8-9*). Sólo después de haberlo asimilado en profundidad podrá comunicarlo adecuadamente a los demás, a los que es enviado con la orden de «profetizar otra vez contra muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes» (*Ap 10, 11*).

Necesidad y urgencia del anuncio

45. El Evangelio de la esperanza, entregado a la Iglesia y asimilado por ella, exige que se anuncie y testimonie cada día. Esta es la vocación propia de la Iglesia en todo tiempo y lugar. Es también la misión de la Iglesia hoy en Europa. «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la Santa Misa, memorial de su Muerte y Resurrección gloriosa».⁷⁷

¡Iglesia en Europa, te espera la tarea de la «nueva evangelización»! Recobra el entusiasmo del anuncio. Siente, como dirigida a ti, en este comienzo del tercer milenio, la súplica que ya resonó en los albores del primer milenio,

⁷⁷ Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi* (8 diciembre 1975), 14: *AAS* 68 (1976), 13.

cuando, en una visión, un macedonio se le apareció a Pablo suplicándole: «Pasa por Macedonia y ayúdanos» (*Hch* 16, 9). Aunque no se exprese o incluso se reprenda, ésta es la invocación más profunda y verdadera que surge del corazón de los europeos de hoy, sedientos de una esperanza que no defrauda. A ti se te ha dado esta esperanza como don para que tú la ofrezcas con gozo en todos los tiempos y latitudes. Por tanto, que el *anuncio de Jesús*, que es el Evangelio de la esperanza, sea tu honra y tu razón de ser. Continúa con renovado ardor el mismo espíritu misionero que, a lo largo de estos veinte siglos y comenzando desde la predicación de los apóstoles Pedro y Pablo, ha animado a tantos Santos y Santas, auténticos evangelizadores del continente europeo.

Primer anuncio y nuevo anuncio

46. En varias partes de Europa *se necesita un primer anuncio del Evangelio*: crece el número de las personas no bautizadas, sea por la notable presencia de emigrantes pertenecientes a otras religiones, sea porque también los hijos de familias de tradición cristiana no han recibido el Bautismo, unas veces por la dominación comunista y otras por una indiferencia religiosa generalizada.⁷⁸ De hecho, Europa ha pasado a formar parte de aquellos lugares tradicionalmente cristianos en los que, además de una nueva evangelización, se impone en ciertos casos una primera evangelización.

La Iglesia no puede eludir el deber de un diagnóstico claro que permita preparar los remedios oportunos. En el «viejo» Continente existen también amplios sectores sociales y culturales en los que se necesita una verdadera y auténtica *misión ad gentes*.⁷⁹

47. Además, por doquier *es necesario un nuevo anuncio incluso a los bautizados*. Muchos europeos contemporáneos creen saber qué es el cristianismo, pero realmente no lo conocen. Con frecuencia se ignoran ya hasta los elementos y las nociones fundamentales de la fe. Muchos bautizados viven como si Cristo no existiera: se repiten los gestos y los signos de la fe, especialmente en las prácticas de culto, pero no se corresponden con una acogida real del contenido de la fe y una adhesión a la persona de Jesús. En muchos, un sentimiento religioso vago y poco comprometido ha suplantado a las grandes certezas de la

⁷⁸ Cf. *Propositio* 3b.

⁷⁹ Cf. Carta enc. *Redemptoris missio* (7 diciembre 1990), 37: *AAS* 83 (1991), 282-286.

fe; se difunden diversas formas de agnosticismo y ateísmo práctico que contribuyen a agravar la disociación entre fe y vida; algunos se han dejado contagiar por el espíritu de un humanismo inmanentista que ha debilitado su fe, llevándoles frecuentemente, por desgracia, a abandonarla completamente; se observa una especie de interpretación secularista de la fe cristiana que la socava, relacionada también con una profunda crisis de la conciencia y la práctica moral cristiana.⁸⁰ Los grandes valores que tanto han inspirado la cultura europea han sido separados del Evangelio, perdiendo así su alma más profunda y dando lugar a no pocas desviaciones.

«Pero cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?» (*Lc 18, 8*). ¿La encontrará en estas tierras de nuestra Europa de antigua tradición cristiana? Es una pregunta abierta que indica con lucidez la profundidad y el dramatismo de uno de los retos más serios que nuestras Iglesias han de afrontar. Se puede decir –como se ha subrayado en el Sínodo– que tal desafío consiste frecuentemente no tanto en bautizar a los nuevos convertidos, sino en guiar a los bautizados a *convertirse a Cristo y a su Evangelio*:⁸¹ nuestras comunidades tendrían que preocuparse seriamente por llevar el Evangelio de la esperanza a los alejados de la fe o que se han apartado de la práctica cristiana.

Fidelidad al único mensaje

48. Para poder anunciar el Evangelio de la esperanza hace falta una sólida *fidelidad al Evangelio mismo*. Por tanto, la *predicación de la Iglesia* en todas sus formas, *se ha de centrar siempre en la persona de Jesús* y debe conducir cada vez más a Él. Es preciso vigilar que *se le presente en su integridad*: no sólo como modelo ético, sino ante todo como el Hijo de Dios, el Salvador único y necesario para todos, que vive y actúa en su Iglesia. Para que la esperanza sea verdadera e indestructible, la «*predicación íntegra, clara y renovada de Jesucristo resucitado, de la resurrección y de la vida eterna*»⁸² debe ser una prioridad en la acción pastoral de los próximos años.

Si bien el Evangelio que se ha de anunciar es siempre el mismo, *los modos en que dicho anuncio puede hacerse son diferentes*. Por tanto, cada uno

⁸⁰Cf. II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Relatio ante disceptationem*, I, 2: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 8 octubre 1999, p. 19.

⁸¹Cf. *Propositio 3*;

⁸²II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Relatio ante disceptationem*, III, 1: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 8 octubre 1999, p. 23.

está llamado a «proclamar» a Jesús y la fe en Él en todas las circunstancias; a «atraer» a otros a la fe, poniendo en práctica formas de vida personal, familiar, profesional y comunitaria que reflejen el Evangelio; a «irradiar» en su entorno alegría, amor y esperanza, para que muchos, viendo nuestras buenas obras, den gloria al Padre que está en los cielos (cf. *Mt 5, 16*), de tal modo que sean «contagiados» y conquistados; a ser «fermento» que transforma y anima desde dentro toda expresión cultural.⁸³

Testimonio de vida

49. Europa reclama *evangelizadores creíbles, en cuya vida, en comunión con la cruz y la resurrección de Cristo, resplandezca la belleza del Evangelio*.⁸⁴ Estos evangelizadores han de ser formados adecuadamente.⁸⁵ Hoy más que nunca se necesita una *conciencia misionera* en todo cristiano, comenzando por los Obispos, presbíteros, diáconos, consagrados, catequistas y profesores de religión: «Todo bautizado, en cuanto testigo de Cristo, ha de adquirir la formación apropiada a su situación, para que la fe no sólo no se agoste por falta de cuidado en un medio tan hostil como es el ambiente secularista, sino para sostener e impulsar el testimonio evangelizador».⁸⁶

El hombre contemporáneo «escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio».⁸⁷ Por consiguiente, hoy son decisivos los signos de la *sanidad: ésta es un requisito previo esencial para una auténtica evangelización* capaz de dar de nuevo esperanza. Hacen falta testimonios fuertes, personales y comunitarios, de vida nueva en Cristo. En efecto, no basta ofrecer la verdad y la gracia a través de la proclamación de la Palabra y la celebración de los Sacramentos; es necesario que sean acogidas y vividas en cada circunstancia concreta, en el modo de ser de los cristianos y de las comunidades eclesiales. Éste es uno de los retos más grandes que tiene la Iglesia en Europa al principio del nuevo milenio.

⁸³ Cf. II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Instrumentum laboris*, n. 53: *L’Osservatore Romano*, 6 de agosto de 1999 - Supl., p. 12.

⁸⁴ Cf. *Propositio 4, 1*.

⁸⁵ Cf. *Propositio 26, 1*.

⁸⁶ II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Relatio ante disceptationem*, III, 1: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 8 octubre 1999, p. 23.

⁸⁷ Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi* (8 diciembre 1975), 41: *AAS* 68 (1976), 31.

Formar para una fe madura

50. «La actual situación cultural y religiosa de Europa exige la presencia de católicos adultos en la fe y de comunidades cristianas misioneras que testimonien la caridad de Dios a todos los hombres».⁸⁸ El anuncio del Evangelio de la esperanza comporta, por tanto, que se *promueva el paso* de una fe sustentada por costumbres sociales, aunque sean apreciables, a una fe más personal y madura, iluminada y convencida.

Los cristianos, pues, han de tener una fe que les permita enfrentarse críticamente con la cultura actual, resistiendo a sus seducciones; incidir eficazmente en los ámbitos culturales, económicos, sociales y políticos; manifestar que la comunión entre los miembros de la Iglesia católica y con los otros cristianos es más fuerte que cualquier vinculación étnica; transmitir con alegría la fe a las nuevas generaciones; construir una cultura cristiana capaz de evangelizar la cultura más amplia en que vivimos.⁸⁹

51. Además de esforzarse para que el ministerio de la Palabra, la celebración de la liturgia y el ejercicio de la caridad, se orienten a la edificación y el sustento de una fe madura y personal, es necesario que las comunidades cristianas se movilicen para *proponer una catequesis* apropiada a los diversos itinerarios espirituales de los fieles en las diversas edades y condiciones de vida, previendo también formas adecuadas de acompañamiento espiritual y de redescubrimiento del propio Bautismo.⁹⁰ En este cometido, el Catecismo de la Iglesia Católica es obviamente un punto de referencia fundamental.

En particular, reconociendo su innegable prioridad en la acción pastoral, se ha de *cultivar* y, si fuera el caso, relanzar *el ministerio de la catequesis* como educación y desarrollo de la fe de cada persona, de modo que crezca y madure la semilla puesta por el Espíritu Santo y transmitida con el Bautismo. Remitiéndose constantemente a la Palabra de Dios, custodiada en la Sagrada Escritura, proclamada en la liturgia e interpretada por la Tradición de la Iglesia, una catequesis orgánica y sistemática es sin duda alguna un instrumento esencial y primario para formar a los cristianos en una fe adulta.⁹¹

⁸⁸ *Propositio 8, 1.*

⁸⁹ Cf. *Propositio 8, 2.*

⁹⁰ Cf. *Propositio 8,1a-b; Propositio 6.*

⁹¹ Cf. Eshort. ap. *Catechesi tradendae* (16 octubre 1979), 21; *AAS* 71 (1979), 1294-1295.

52. A este respecto, se ha de subrayar también el *papel importante de la teología*. En efecto, hay una conexión intrínseca e inseparable entre la evangelización y la reflexión teológica, ya que esta última, como ciencia con reglas y metodología propias, vive de la fe de la Iglesia y está al servicio de su misión.⁹² Nace de la fe y está llamada a interpretarla, conservando su vinculación irrenunciable con la comunidad cristiana en todas sus articulaciones; al estar al servicio del crecimiento espiritual de todos los fieles,⁹³ los encamina hacia la comprensión más profunda del mensaje de Cristo.

En el desempeño de la misión de anunciar el Evangelio de la esperanza, la Iglesia en Europa aprecia con gratitud *la vocación de los teólogos*, valora y promueve su trabajo.⁹⁴ A ellos les dirijo, con estima y afecto, una invitación a perseverar en el servicio que prestan, uniendo siempre investigación científica y oración, poniéndose en diálogo atento con la cultura contemporánea, adhiriendo fielmente al Magisterio y colaborando con él en espíritu de comunión en la verdad y la caridad, respirando el *sensus fidei* del Pueblo de Dios y contribuyendo a alimentarlo.

II. Testimoniar en la unidad y en el diálogo

Comunión entre las Iglesias particulares

53. La fuerza del anuncio del Evangelio de la esperanza será más eficaz si se une al testimonio de una profunda unidad y comunión en la Iglesia. Las Iglesias particulares no pueden estar solas a la hora de afrontar el reto que se les presenta. Se necesita una auténtica *colaboración entre todas las Iglesias particulares del Continente, que sea expresión de su comunión esencial*; colaboración exigida también por la nueva realidad europea.⁹⁵ En este contexto se debe situar la contribución de los organismos eclesiales continentales, comenzando por el *Consejo de las Conferencias Episcopales Europeas*. Éste es un instrumento eficaz para buscar juntos vías idóneas para evangelizar Europa.⁹⁶ Mediante el «intercambio de dones» entre las diversas Iglesias particulares, se ponen en común las experiencias y las reflexiones de Europa del Oeste y del Este,

⁹² Cf. *Propositio 24*.

⁹³ Cf. *Propositio 8,1c*.

⁹⁴ Cf. *Propositio 24*.

⁹⁵ Cf. *Propositio 22*.

⁹⁶ Cf. *Discurso a los Presidentes de las Conferencias Episcopales Europeas* (16 abril 1993), 1: *AAS* 86 (1994), 227.

del Norte y del Sur, compartiendo orientaciones pastorales comunes; por tanto, representa cada vez más una expresión significativa del sentimiento colegial entre los Obispos del Continente, para anunciar juntos, con audacia y fidelidad, el nombre de Jesucristo, única fuente de esperanza para todos en Europa.

Junto con todos los cristianos

54. Al mismo tiempo, el deber de una fraterna y sincera colaboración ecuménica es un imperativo irrenunciable.

El destino de la evangelización está estrechamente unido al testimonio de unidad que den los discípulos de Cristo: «Todos los cristianos están llamados a cumplir esta misión de acuerdo con su vocación. La tarea de la evangelización exige que todos los cristianos nos acerquemos unos a otros y avancemos juntos, con el mismo espíritu; evangelización y unidad, evangelización y ecumenismo están indisolublemente vinculados entre sí».⁹⁷ Por eso hago mías las palabras escritas por Pablo VI al Patriarca ecuménico Atenágoras I: «Que el Espíritu Santo nos guíe por el camino de la reconciliación, para que la unidad de nuestras Iglesias llegue a ser un signo cada vez más luminoso de esperanza y de consuelo para toda la humanidad».⁹⁸

En diálogo con las otras religiones

55. Como en toda la tarea de la «nueva evangelización», para anunciar el Evangelio de la esperanza es necesario también que se establezca un *diálogo interreligioso* profundo e inteligente, en particular con el hebraísmo y el islamismo. «Entendido como método y medio para un conocimiento y enriquecimiento recíproco, no está en contraposición con la misión *ad gentes*; es más, tiene vínculos especiales con ella y es una de sus expresiones».⁹⁹ En el ejercicio de este diálogo no se trata de dejarse llevar por una «mentalidad indiferentista, ampliamente difundida, desgraciadamente, también entre cristianos, enraizada a menudo en concepciones teológicas no correctas y marcada por un relativismo religioso que termina por pensar que “una religión vale la otra”».¹⁰⁰

⁹⁷ *Discurso en la celebración ecuménica en la Catedral de Paderborn* (22 junio 1996), 5: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 28 junio 1996, p. 9.

⁹⁸ Carta del 13 de enero de 1970: *Tomas agapis*, Roma- Estambul 1971, pp. 610-611; cf. Carta enc. *Ut unum sint* (25 mayo 1995), 99: AAS 87 (1995), 980.

⁹⁹ Carta enc. *Redemptoris missio* (7 diciembre 1990), 55: AAS 83 (1991), 302.

¹⁰⁰ *Ibid.*, 36, *l.c.*, 281.

56. Se trata más bien de tomar mayor conciencia de *la relación que une a la Iglesia con el pueblo judío* y del papel singular desempeñado por Israel en la historia de la salvación. Como ya se hizo notar en la I Asamblea Especial para Europa del Sínodo de los Obispos y se ha reiterado también en este Sínodo, se han de reconocer las raíces comunes existentes entre el cristianismo y el pueblo judío, llamado por Dios a una alianza que sigue siendo irrevocable (cf. *Rm* 11, 29) ¹⁰¹ y que ha alcanzado su plenitud definitiva en Cristo.

Es necesario, pues, favorecer el diálogo con el hebraísmo, sabiendo que éste tiene una importancia fundamental para la conciencia cristiana de sí misma y para superar las divisiones entre las Iglesias, y esforzarse para que florezca una nueva primavera en las relaciones recíprocas. Esto comporta que cada comunidad eclesial debe ejercitarse, en cuanto las circunstancias lo permitan, en el diálogo y la colaboración con los creyentes de religión hebrea. Dicho ejercicio implica, entre otras cosas, que «se recuerde la parte que hayan podido desempeñar los hijos de la Iglesia en el nacimiento y difusión de una actitud antisemita en la historia, y que pida perdón a Dios por ello, favoreciendo toda suerte de encuentros de reconciliación y de amistad con los hijos de Israel».¹⁰² En este contexto, por lo demás, habrá que recordar también a los numerosos cristianos que, a veces a costa de la propia vida, sobre todo en períodos de persecución, han ayudado y salvado a estos «hermanos mayores» suyos.

57. Se trata también de sentirse interesados en conocer mejor las otras religiones, para poder entablar un coloquio fraternal con las personas que se adhieren a ellas y viven en la Europa de hoy. En particular, es importante una correcta *relación con el Islam*. Esto, como han notado varias veces en estos años los Obispos europeos, «debe llevarse a cabo con prudencia, con ideas claras sobre sus posibilidades y límites, y con confianza en el designio salvífico de Dios con respecto a todos sus hijos».¹⁰³ Es necesario, además, ser conscientes de la notable diferencia entre la cultura europea, con profundas raíces cristianas, y el pensamiento musulmán.¹⁰⁴

¹⁰¹ *Declaración final* (13 diciembre 1991), 8: *Ench. Vat.*, 13, nn. 653-655; II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Instrumentum laboris*, 62: *L’Oss. Rom.*, 6 agosto 1999 - Suppl., p. 13; *Propositio* 10.

¹⁰² *Propositio* 10; cf. Comisión para las Relaciones religiosas con el hebraísmo, *Noi ricordiamo: una riflessione sulla Shoah*, 16 marzo 1998, *Ench. Vat.* 17, 520-550.

¹⁰³ I Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Declaración final* (13 diciembre 1991), 9: *Ench. Vat.*, 13, n. 656.

¹⁰⁴ Cf. *Propositio* 11.

A este respecto, hay que preparar adecuadamente a los cristianos que viven cotidianamente en contacto con musulmanes para que conozcan el Islam de manera objetiva y sepan confrontarse con él; dicha preparación debe propiciarse particularmente en los seminaristas, los presbíteros y todos los agentes de pastoral. Por lo demás, es comprensible que la Iglesia, así como pide que las Instituciones europeas promuevan la libertad religiosa en Europa, reitere también que la reciprocidad en la garantía de la libertad religiosa se observe en Países de tradición religiosa distinta, en los cuales los cristianos son minoría.¹⁰⁵ En este sentido, se comprende «la extrañeza y sentimiento de frustración de los cristianos que acogen, por ejemplo en Europa, a creyentes de otras religiones y les dan la posibilidad de ejercer su culto, y a ellos se les prohíbe todo ejercicio del culto cristiano»¹⁰⁶ en los Países donde estos creyentes mayoritarios han hecho de su religión la única admitida y promovida. La persona humana tiene derecho a la libertad religiosa y todos, en cualquier parte del mundo, «deben estar libres de coacción, tanto por parte de personas particulares como de los grupos sociales y de cualquier poder humano».¹⁰⁷

III. Evangelizar la vida social

Evangelización de la cultura e inculcación del Evangelio

58. El anuncio de Jesucristo tiene que llegar también a la cultura europea contemporánea. *La evangelización de la cultura* debe mostrar también que hoy, en esta Europa, es posible vivir en plenitud el Evangelio como itinerario que da sentido a la existencia. Para ello, la pastoral ha de asumir la tarea de imprimir una mentalidad cristiana a la vida ordinaria: en la familia, la escuela, la comunicación social; en el mundo de la cultura, del trabajo y de la economía, de la política, del tiempo libre, de la salud y la enfermedad. Hace falta una serena confrontación crítica con la actual situación cultural de Europa, evaluando las tendencias emergentes, los hechos y las situaciones de mayor relieve de nuestro tiempo, a la luz del papel central de Cristo y de la antropología cristiana.

Hoy, recordando también la fecundidad cultural del cristianismo a lo largo de la historia de Europa, es preciso mostrar el planteamiento evangélico, teórico y práctico, de la realidad y del hombre. Además, considerando el gran

¹⁰⁵ Cf. *ibid.*

¹⁰⁶ *Discurso al Cuerpo Diplomático* (12 enero 1985), 3: *AAS* 77 (1985), 650

¹⁰⁷ Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Dignitatis humanae*, sobre la libertad religiosa, 2.

impacto de las ciencias y los progresos tecnológicos en la cultura y en la sociedad de Europa, la Iglesia, con sus instrumentos de profundización teórica y de iniciativa práctica, está llamada a relacionarse de manera activa con los conocimientos científicos y sus aplicaciones, indicando la insuficiencia y el carácter inadecuado de una concepción inspirada en el científicismo, que pretende reconocer validez objetiva solamente al saber experimental, y señalando asimismo los criterios éticos que el hombre lleva inscritos en su propia naturaleza.¹⁰⁸

59. En la tarea de evangelización de la cultura interviene el importante servicio desarrollado por las *escuelas católicas*. Es necesario esforzarse para que se reconozca una libertad efectiva de educación e igualdad jurídica entre las escuelas estatales y no estatales. Éstas últimas son a veces el único medio para proponer la tradición cristiana a los que se encuentran alejados de ella. Exhorto a los fieles implicados en el *mundo de la escuela* a perseverar en su misión, llevando la luz de Cristo Salvador en sus actividades educativas específicas, científicas y académicas.¹⁰⁹ Se debe valorar en particular la contribución de los cristianos dedicados a la investigación o que enseñan en las *Universidades*: con su «servicio intelectual», transmiten a las jóvenes generaciones los valores de un patrimonio cultural enriquecido por dos milenios de experiencia humanista y cristiana. Convencido de la importancia de las instituciones académicas, pido también que en las diversas Iglesias particulares se promueva una *pastoral universitaria* apropiada, favoreciendo así una respuesta a las actuales necesidades culturales.¹¹⁰

60. Tampoco puede olvidarse la aportación positiva que supone la valoración de los *bienes culturales* de la Iglesia. En efecto, éstos pueden ser un factor peculiar que ayude a suscitar nuevamente un humanismo de inspiración cristiana. Con una adecuada conservación y un uso inteligente, pueden ser, en cuanto testimonio vivo de la fe profesada a lo largo de los siglos, un instrumento válido para la nueva evangelización y la catequesis, e invitar a descubrir el sentido del misterio.

Al mismo tiempo, se han de promover *nuevas expresiones artísticas de la fe* mediante un diálogo asiduo con quienes se dedican al arte.¹¹¹ En efecto, la

¹⁰⁸ Cf. *Propositio 23*.

¹⁰⁹ Cf. *Propositio 25*; *Propositio 26, 2*.

¹¹⁰ Cf. *Propositio 26, 3*.

¹¹¹ Cf. *Propositio 27*.

Iglesia necesita el arte, la literatura, la música, la pintura, la escultura y la arquitectura, porque «debe hacer perceptible, más aún, fascinante en lo posible, el mundo del espíritu, de lo invisible, de Dios»,¹¹² y porque la belleza artística, como un reflejo del Espíritu de Dios, es un criptograma del misterio, una invitación a buscar el rostro de Dios hecho visible en Jesús de Nazaret.

Educación de los jóvenes en la fe

61. Animo además a la Iglesia en Europa a dedicar una creciente atención a la *educación de los jóvenes en la fe*. Al poner la mirada en el porvenir no podemos dejar de pensar en ellos: hemos de encontrarnos con la mente, el corazón y el carácter juvenil, para ofrecerles una sólida formación humana y cristiana.

En toda ocasión en la que participan muchos jóvenes, no es difícil percatarse de que hay en ellos actitudes diferenciadas. Se constata el deseo de vivir juntos para salir del aislamiento, la sed más o menos sentida de lo absoluto; se ve en ellos una fe oculta que debe ser purificada e impulsa a seguir al Señor; se nota la decisión de continuar el camino ya emprendido y la exigencia de compartir la fe.

62. Para lograrlo hace falta *renovar la pastoral juvenil*, articulada por edades y atenta a las distintas condiciones de niños, adolescentes y jóvenes. Es necesario además dotarla de mayor organicidad y coherencia, escuchando pacientemente las preguntas de los jóvenes, para hacerlos protagonistas de la evangelización y edificación de la sociedad.

En este quehacer hay que promover ocasiones de encuentro entre los jóvenes, para favorecer un clima de escucha recíproca y oración. No se ha de tener miedo a ser exigentes con ellos en lo que atañe a su crecimiento espiritual. Se les debe indicar el camino de la santidad, estimulándolos a tomar decisiones comprometidas en el seguimiento de Jesús, fortalecidos por una vida sacramentalmente intensa. De este modo podrán resistir a las seducciones de una cultura que con frecuencia les propone sólo valores efímeros e incluso contrarios al Evangelio, y hacer que ellos mismos sean capaces de manifestar una mentalidad cristiana en todos los ámbitos de la existencia, incluidos el del ocio y la diversión.¹¹³

¹¹² *Carta a los artistas* (4 abril 1999), 12: *AAS* 91 (1999), 1168.

¹¹³ Cf. *Propositio* 7b-c.

Tengo aún presente ante mis ojos *los rostros alegres de muchos jóvenes*, verdadera esperanza de la Iglesia y del mundo, signo elocuente del Espíritu que no se cansa de suscitar nuevas energías. Los he encontrado tanto en mi peregrinar por diversos Países como en las inolvidables Jornadas Mundiales de la Juventud.¹¹⁴

Atención a los medios de comunicación social

63. Dada su importancia, la Iglesia en Europa ha de *prestar particular atención al multiforme mundo de los medios de comunicación social*. Entre otras cosas, esto comporta la adecuada formación de los cristianos que trabajan en ellos y de los usuarios de los mismos, con el fin de alcanzar un buen dominio de los nuevos lenguajes. Se ha de poner un cuidado especial en la elección de personas competentes para la comunicación del mensaje a través de estos medios. Es también muy útil el intercambio de informaciones y estrategias entre las Iglesias sobre los diversos aspectos y sobre las iniciativas concernientes este tipo de comunicación. Y no se debe descuidar la creación de medios de comunicación social locales, incluso en el ámbito parroquial.

Al mismo tiempo, hay que tratar de introducirse en los procesos de la comunicación social para hacer que se respete mejor la verdad de la información y la dignidad de la persona humana. A este propósito, invito a los católicos a participar en la elaboración de un código deontológico para todos los que intervienen en el sector de la comunicación social, dejándose guiar por los criterios que los competentes organismos de la Santa Sede han indicado recientemente,¹¹⁵ y que los Obispos en el Sínodo habían sintetizado así: «Respeto de la dignidad de la persona humana, de sus derechos, incluido el derecho a la *privacidad*; servicio a la verdad, a la justicia y a los valores humanos, culturales y espirituales; respeto por las diversas culturas, evitando que se diluyan en la masa, tutela de los grupos minoritarios y de los más débiles; búsqueda del bien común por encima de intereses particulares o del predominio de criterios exclusivamente económicos».¹¹⁶

¹¹⁴ Cf. *Homilía durante la Vigilia de oración celebrada en Tor Vergata, en la XV Jornada Mundial de la Juventud* (19 agosto 2000), 6: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 25 agosto 2000, p. 12.

¹¹⁵ Cf. Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales, *Ética en las comunicaciones sociales*, Ciudad del Vaticano, 4 junio 2000.

¹¹⁶ *Propositio 13.*

Misión ad gentes

64. Un anuncio de Jesucristo y de su Evangelio que se limitara sólo al contexto europeo mostraría síntomas de una preocupante falta de esperanza. La obra de evangelización está animada por verdadera esperanza cristiana cuando se abre a horizontes universales, que llevan a ofrecer gratis a todos lo que se ha recibido también como don. La *misión ad gentes* se convierte así en *expresión de una Iglesia forjada por el Evangelio de la esperanza*, que se renueva y rejuvenece continuamente. Ésta ha sido la convicción de la Iglesia en Europa a lo largo de los siglos: innumerables grupos de misioneros y misioneras han anunciado el Evangelio de Jesucristo a las gentes de todo el mundo, yendo al encuentro de otros pueblos y civilizaciones.

El mismo ardor misionero debe animar a la Iglesia en la Europa de hoy. La disminución de presbíteros y personas consagradas en ciertos Países no ha de ser impedimento en ninguna Iglesia particular para que asuma las exigencias de la Iglesia universal. Cada una encontrará el modo de favorecer la preparación a la misión *ad gentes*, para responder así con generosidad al clamor que se eleva aún en muchos pueblos y naciones deseosas de conocer el Evangelio. En otros Continentes, particularmente Asia y África, las Comunidades eclesiales observan todavía a las Iglesias en Europa y esperan que sigan llevando a cabo su vocación misionera. Los cristianos en Europa no pueden renunciar a su historia.¹¹⁷

El Evangelio: libro para la Europa de hoy y de siempre

65. Al principio del Gran Jubileo del año 2000, al pasar por la Puerta Santa levanté ante la Iglesia y al mundo el libro de los Evangelios. Este gesto, realizado por cada Obispo en las diversas catedrales del mundo, debe indicar el compromiso que la Iglesia tiene hoy y siempre en nuestro Continente.

Iglesia en Europa, ¡entra en el nuevo milenio con el libro de los Evangelios! Que todos los fieles acojan la exhortación conciliar a «la lectura asidua de la Escritura para que adquieran la “sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús” (*Flp 3, 8*), “pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo”».¹¹⁸

¹¹⁷ Cf. *Propositio 12*.

¹¹⁸ Conc. ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 25.

Que la Sagrada Biblia siga siendo un tesoro para la Iglesia y para todo cristiano: en el estudio atento de la Palabra encontraremos alimento y fuerza para llevar a cabo cada día nuestra misión.

¡Tomemos este Libro en nuestras manos! Recibámoslo del Señor que lo ofrece continuamente por medio de su Iglesia (cf. Ap 10, 8). Devorémoslo (cf. Ap 10, 9) para que se convierta en vida de nuestra vida. Gustémoslo hasta el fondo: nos costará, pero nos proporcionará alegría porque es dulce como la miel (cf. Ap 10, 9-10). Estaremos así rebosantes de esperanza y capaces de comunicarla a cada hombre y mujer que encontramos en nuestro camino.

CAPÍTULO IV

CELEBRAR EL EVANGELIO DE LA ESPERANZA

«Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y potencia por los siglos de los siglos» (Ap 5, 13)

Una comunidad orante

66. *Se ha de celebrar el Evangelio de la esperanza*, anuncio de la verdad que nos hace libres (cf. Jn 8, 32). Ante el Cordero del Apocalipsis comienza una liturgia solemne de alabanza y adoración: «Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y potencia por los siglos de los siglos» (Ap 5, 13). Esta visión, que revela a Dios y el sentido de la historia, tiene lugar «en el día del Señor» (Ap 1, 10), el día de la resurrección revivido por la asamblea dominical.

La Iglesia que recibe esta revelación es *una comunidad que ora*. Orando escucha a su Señor y lo que el Espíritu le dice: ella adora, alaba, da gracias e invoca la llegada del Señor, «¡Ven, Señor Jesús!» (cf. Ap 22, 16-20), afirmando así que sólo de Él espera la salvación.

También a ti, *Iglesia de Dios que vives en Europa*, se te pide que seas *comunidad que ora*, celebrando a tu Señor con los Sacramentos, la liturgia y toda la existencia. En la oración descubrirás la presencia vivificante del Señor. Así, enraizando en Él cada una de tus acciones, podrás proponer de nuevo a los europeos el encuentro con Él mismo, esperanza verdadera y la única que puede

satisfacer plenamente el anhelo de Dios escondido en las diversas formas de búsqueda religiosa que retoñan en la Europa contemporánea.

I. Descubrir la liturgia

El sentido religioso en la Europa de hoy

67. No obstante las amplias áreas deschristianizadas en el Continente europeo, hay *signos* que ayudan a perfilar el rostro de una Iglesia que, creyendo, anuncia, celebra y sirve a su Señor. En efecto, no faltan ejemplos de cristianos auténticos, que viven momentos de silencio contemplativo, participan fielmente en iniciativas espirituales, viven el Evangelio en su existencia cotidiana y dan testimonio de él en los diversos ámbitos en que se mueven. Se pueden entrever, además, muestras de una «santidad de pueblo», que manifiestan cómo en la Europa actual es posible vivir el Evangelio no sólo en la esfera personal sino también como una auténtica experiencia comunitaria.

68. Junto con muchos ejemplos de fe genuina, hay también en Europa una religiosidad vaga y, a veces, desencaminada. Sus manifestaciones son frecuentemente genéricas y superficiales, en ocasiones incluso contrastantes en las personas mismas de las que proceden. Hay fenómenos claros de fuga hacia el espiritualismo, el sincretismo religioso y esotérico, una búsqueda de acontecimientos extraordinarios a todo coste, hasta llegar a opciones descarriadas, como la adhesión a sectas peligrosas o a experiencias pseudoreligiosas.

El deseo difuso de alimento espiritual ha de ser acogido con comprensión y purificado. Al hombre que se percata, aunque sea confusamente, de no poder vivir sólo de pan, la Iglesia ha de presentarle de modo convincente la respuesta de Jesús al tentador: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (*Mt 4, 4*).

Una Iglesia que celebra

69. En el contexto de la sociedad actual, cerrada con frecuencia a la trascendencia, sofocada por comportamientos consumistas, presa fácil de antiguas y nuevas idolatrías y, al mismo tiempo, sedienta de algo que vaya más allá de lo inmediato, a la Iglesia en Europa le espera una tarea laboriosa y apasionante a la vez. Consiste en descubrir el sentido del «misterio»; en renovar las

celebraciones litúrgicas para que sean signos más elocuentes de la presencia de Cristo, el Señor; en proporcionar nuevos espacios para el silencio, la oración y la contemplación; en volver a los Sacramentos, especialmente la Eucaristía y la Penitencia, como fuente de libertad y de nueva esperanza.

Por eso te dirijo a ti, *Iglesia que vives en Europa*, una invitación apremiante: sé una Iglesia que ora, alaba a Dios, reconoce su absoluta supremacía y lo exalta con fe gozosa. *Descubre el sentido del misterio*: vívelo con humilde gratitud; da testimonio de él con alegría sincera y contagiosa. *Celebra la salvación de Cristo*: acógela como don que te convierte en sacramento suyo y haz de tu vida un verdadero culto espiritual agradable a Dios (cf. *Rm 12, 1*).

Sentido del misterio

70. Algunos síntomas revelan un decaimiento del sentido del misterio en las celebraciones litúrgicas, que deberían precisamente acercarnos a él. Por tanto, es urgente que en la Iglesia se reavive el auténtico sentido de la liturgia. Ésta, como han recordado los Padres sinodales,¹¹⁹ es instrumento de santificación, celebración de la fe de la Iglesia y medio de transmisión de la fe. Con la Sagrada Escritura y las enseñanzas de los Padres de la Iglesia, es fuente viva de auténtica y sólida espiritualidad. Con ella, como subraya certeramente también la tradición de las venerables Iglesias de Oriente, los fieles entran en comunión con la Santísima Trinidad, experimentando su participación en la naturaleza divina como don de la gracia. La liturgia se convierte así en anticipación de la bienaventuranza final y participación de la gloria celestial.

71. En las celebraciones hay que poner como centro a Jesús para dejarnos iluminar y guiar por Él. En ellas podemos encontrar una de las respuestas más rotundas que nuestras Comunidades han de dar a una religiosidad ambigua e inconsistente. La liturgia de la Iglesia no tiene como objeto calmar los deseos y los temores del hombre, sino escuchar y acoger a Jesús que vive, honra y alaba al Padre, para alabar y honrarlo con Él. Las celebraciones eclesiales proclaman que nuestra esperanza nos viene de Dios por medio de Jesús, nuestro Señor.

Se trata de vivir la liturgia como acción de la Trinidad. El Padre es quien actúa por nosotros en los misterios celebrados; Él es quien nos habla, nos

¹¹⁹ Cf. *Propositio 14*.

perdona, nos escucha, nos da su Espíritu; a Él nos dirigimos, lo escuchamos, alabamos e invocamos. Jesús es quien actúa para nuestra santificación, haciendo partícipes de su misterio. El Espíritu Santo es el que interviene con su gracia y nos convierte en el Cuerpo de Cristo, la Iglesia.

Se debe vivir la liturgia como *anuncio y anticipación de la gloria futura*, término último de nuestra esperanza. Como enseña el Concilio, «en la liturgia terrena pregostamos y participamos en la Liturgia celeste que se celebra en la ciudad santa, Jerusalén, hacia la que nos dirigimos como peregrinos [...], hasta que se manifieste Él, nuestra Vida, y nosotros nos manifestamos con Él en la gloria».¹²⁰

Formación litúrgica

72. Aunque se ha avanzado mucho después del Concilio Ecuménico Vaticano II en vivir el auténtico sentido de la liturgia, todavía queda mucho por hacer. Es necesaria una renovación continua y una constante formación de todos: ordenados, consagrados y laicos.

La verdadera *renovación*, más que recurrir a actuaciones arbitrarias, consiste en desarrollar cada vez mejor la conciencia del sentido del misterio, de modo que las liturgias sean momentos de comunión con el misterio grande y santo de la Trinidad. Celebrando los actos sagrados como relación con Dios y acogida de sus dones, como expresión de auténtica vida espiritual, la Iglesia en Europa podrá alimentar verdaderamente su esperanza y ofrecerla a quien la ha perdido.

73. Para ello se necesita un gran esfuerzo de *formación*. Ésta se orienta a favorecer la comprensión del verdadero sentido de las celebraciones de la Iglesia y requiere, además, una adecuada instrucción sobre los ritos, una auténtica espiritualidad y una educación a vivirla en plenitud.¹²¹ Por tanto, se ha de promover más una auténtica «mistagogía litúrgica», con la *participación activa de todos los fieles*, cada uno según sus propios cometidos, en las acciones sagradas, especialmente en la Eucaristía.

¹²⁰ Const. *Sacrosanctum concilium*, sobre la sagrada liturgia, 8.

¹²¹ Cf. *Propositio 14*; II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Relatio ante disceptationem*, III, 2: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 8 octubre 1999, p. 23.

II. Celebrar los Sacramentos

74. Se debe dar gran relieve a la *celebración de los Sacramentos*, como acciones de Cristo y de la Iglesia orientadas a dar culto a Dios, a la santificación de los hombres y la edificación de la Comunidad eclesial. Reconociendo que Cristo mismo actúa en ellos por medio del Espíritu Santo, los Sacramentos se deben celebrar con el máximo esmero y poniendo las condiciones apropiadas. Las Iglesias particulares del Continente han de poner sumo interés en reforzar su pastoral de los Sacramentos, para que se reconozca su verdad profunda. Los Padres sinodales han destacado esta exigencia para contrarrestar dos peligros: por un lado, algunos ambientes eclesiales parecen haber perdido el auténtico sentido del sacramento y podrían banalizar los misterios celebrados; por otro, muchos bautizados, por costumbre y tradición, siguen recurriendo a los Sacramentos en momentos significativos de su existencia, pero sin vivir conforme a las normas de la Iglesia.¹²²

La Eucaristía

75. La *Eucaristía*, supremo don de Cristo a la Iglesia, hace presente sacramentalmente el sacrificio de Cristo para nuestra salvación: «La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua».¹²³ La Iglesia, en su peregrinación, acude a ella, «fuente y cima de toda la vida cristiana»,¹²⁴ encontrando la fuente de toda esperanza. En efecto, la Eucaristía «da impulso a nuestro camino histórico, poniendo una semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas».¹²⁵

Todos estamos invitados a *confesar la fe en la Eucaristía*, «prenda de la gloria futura», convencidos de que la comunión con Cristo, vivida ahora como peregrinos en la existencia terrena, anticipa el encuentro supremo del día en que «seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es» (*I Jn 3, 2*). La Eucaristía es «gustar la eternidad en el tiempo», presencia divina y comunión con ella;

¹²² Cf. *Propositio 14*, 2ª.;

¹²³ Conc. ecum. Vat. II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros, 5.

¹²⁴ Conc. ecum. Vat. II, Const. Dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 11.

¹²⁵ Carta enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), 20: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 18 abril 2003, p. 9.

memorial de la Pascua de Cristo, es por naturaleza portadora de la gracia en la historia humana. Abre al futuro de Dios; siendo comunión con Cristo, con su cuerpo y su sangre, es participación en la vida eterna de Dios.¹²⁶

La reconciliación

76. Junto con la Eucaristía, el sacramento de la *Reconciliación* debe tener también un *papel fundamental en la recuperación de la esperanza*: «En efecto, la experiencia personal del perdón de Dios para cada uno de nosotros es fundamento esencial de toda esperanza respecto a nuestro futuro».¹²⁷ Una de las causas del abatimiento que acecha a muchos jóvenes de hoy debe buscarse en la incapacidad de reconocerse pecadores y dejarse perdonar, una incapacidad debida frecuentemente a la soledad de quien, viviendo como si Dios no existiera, no tiene a nadie a quien pedir perdón. El que, por el contrario, se reconoce pecador y se encomienda a la misericordia del Padre celestial, experimenta la alegría de una verdadera liberación y puede vivir sin encerrarse en su propia miseria.¹²⁸ Recibe así la gracia de un nuevo comienzo y encuentra motivos para esperar.

Es necesario, pues, que se revitalice en la Iglesia en Europa el sacramento de la Reconciliación. Se recuerda, sin embargo, que la forma del Sacramento es la confesión personal de los pecados seguida de la absolución individual. Este encuentro entre el penitente y el sacerdote ha de ser favorecido en cualquiera de las formas previstas *por el rito del Sacramento*. Ante la pérdida tan extendida del sentido del pecado y la creciente mentalidad caracterizada por el relativismo y el subjetivismo en campo moral, es preciso que en cada comunidad eclesial se imparta una seria formación de las conciencias.¹²⁹ Los Padres Sinodales ha insistido en que se reconozca claramente la verdad del pecado personal y la necesidad del perdón personal de Dios mediante el ministerio del sacerdote. Las absoluciones colectivas no son un modo alternativo de administrar el sacramento de la Reconciliación.¹³⁰

¹²⁶ Cf. *Catequesis en la Audiencia general* (25 octubre 2000), 2: *Insegnamenti* XXIII/2 (2000), 697.

¹²⁷ *Propositio 16.*

¹²⁸ Cf. II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Relatio ante disceptationem*, III, 2: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 8 octubre 1999, p. 23.

¹²⁹ Cf. *Propositio 16.*

¹³⁰ Cf. *Motu proprio Misericordia Dei* (7 abril 2002), 4: *AAS* 94 (2002), 456-457.

77. Me dirijo a los *sacerdotes*, exhortándolos a ofrecer generosamente la propia disponibilidad para oír las confesiones y a que ellos mismos den ejemplo, acudiendo con regularidad al sacramento de la Penitencia. Les recomiendo que procuren estar al día en el campo de la teología moral, de modo que sepan afrontar con competencia los problemas planteados recientemente a la moral personal y social. Presten una especial atención, además, a las condiciones concretas de vida en que se encuentran los fieles y les ayuden pacientemente a descubrir las exigencias de la ley moral cristiana, ayudándolos a vivir el Sacramento como un gozoso encuentro con la misericordia del Padre celestial.¹³¹

Oración y vida

78. Junto con la celebración Eucarística, hace falta promover también otras formas de *oración comunitaria*,¹³² ayudando a descubrir la relación entre ésta y la oración litúrgica. En particular, manteniendo viva la tradición de la Iglesia latina, se han de promover las diversas manifestaciones del *culto eucarístico fuera de la Misa*: adoración personal, exposición y procesión, que se han de concebir como expresión de fe en la presencia real y permanente del Señor en el Sacramento del altar.¹³³ Se ha de educar a ver una conexión similar con el misterio eucarístico en la celebración, personal o comunitaria, de la *Liturgia de las Horas*, cuyo valor para los fieles laicos ha sido puesto también de relieve por el Concilio Vaticano II.¹³⁴ Se exhorta a las familias a dedicar algún tiempo a la oración en común, de tal modo que interpreten a la luz del Evangelio toda la vida matrimonial y familiar. Así, partiendo de quienes se ponen a la escucha de la Palabra de Dios, se formará una *liturgia doméstica* que marcará cada momento de la familia.¹³⁵

Toda forma de oración comunitaria presupone la oración individual. Entre la persona y Dios se establece un coloquio franco que se expresa en la alabanza, el agradecimiento, la súplica al Padre por Jesucristo y en el Espíritu Santo. Nunca se descuide la oración personal, que es como el aire que respira el cristiano. Y se edique también a descubrir la relación entre ésta última y la oración litúrgica.

¹³¹ Cf. *Propositio 16; Carta a los Sacerdotes para el Jueves Santo* de 2002 (17 marzo 2002), 4: *AAS* 94 (2002), 435-436.

¹³² Cf. *Propositio 14c.*

¹³³ Cf. *ibid.*

¹³⁴ Cf. *Const. Sacrosanctum concilium*, sobre la sagrada liturgia, 100.

¹³⁵ Cf. *Propositio 14c; Propositio 20.*

79. Se ha de dedicar también una atención especial a la *piedad popular*.¹³⁶ Muy extendida por las diversas regiones de Europa mediante las cofradías, procesiones y peregrinaciones a numerosos santuarios, enriquece el itinerario del año litúrgico, inspirando usos y costumbres familiares y sociales. Todas estas formas deben ser consideradas cuidadosamente mediante una pastoral de promoción y renovación, que les ayude a desarrollar todo lo que es expresión auténtica de la sabiduría del Pueblo de Dios. Lo es ciertamente el Santo Rosario. En este año dedicado al mismo, me complace recomendar su rezo, porque «el Rosario, comprendido en su pleno significado, conduce al corazón mismo de la vida cristiana y ofrece una oportunidad ordinaria y fecunda, espiritual y pedagógica, para la contemplación personal, la formación del Pueblo de Dios y la nueva evangelización».¹³⁷

En el campo de la piedad popular hay que vigilar constantemente los aspectos ambiguos de algunas de sus manifestaciones, preservando las de desviaciones secularistas, consumismos desconsiderados o también de riesgos de superstición, para mantenerlas dentro de formas auténticas y juiciosas. Se ha de llevar a cabo una pedagogía apropiada, explicando cómo la piedad popular se ha vivir siempre en armonía con la liturgia de la Iglesia y vinculada con los Sacramentos.

80. No se debe olvidar que el «*culto espiritual agradable a Dios*» (cf. *Rm* 12, 1) se realiza ante todo en la *existencia cotidiana*, vivida en la caridad por la entrega libre y generosa de uno mismo incluso en momentos de aparente impotencia. Así, la vida está animada por una esperanza inquebrantable, porque sólo se apoya en la certeza del poder de Dios y la victoria de Cristo: es una vida rebosante de consolaciones de Dios, con las cuales hemos de consolar, por nuestra parte, a cuantos encontramos en nuestro camino (cf. *2 Co* 1, 4).

El día del Señor

81. *El día del Señor* es un momento paradigmático y sumamente evocador en la celebración del Evangelio de la esperanza.

En el contexto actual, diversas circunstancias hacen difícil que los cristianos vivan plenamente el domingo como día del encuentro con el Señor. No

¹³⁶ Cf. *Propositio* 20.

¹³⁷ Carta ap. *Rosarium Virginis Mariae* (10 octubre 2002), 3: *AAS* 95 (2003), 7.

es raro que se reduzca a un simple «fin de semana», a un tiempo de mera evasión. Hace falta, pues, una acción pastoral articulada en el ámbito educativo, espiritual y social, que ayude a vivir su sentidogenuino.

82. Renuevo, por tanto, la invitación a *recuperar el sentido más profundo del día del Señor*,¹³⁸ para que sea santificado con la participación en la Eucaristía y con un descanso lleno de fraternidad y regocijo cristiano. Que se celebre como centro de todo el culto, preanuncio incesante de la vida sin fin, que reanima la esperanza y alienta en el camino. Por eso no se ha de tener miedo a *defenderlo contra toda insidia y a esforzarse por salvaguardarlo* en la organización del trabajo, de modo que sea un día para el hombre y ventajoso para toda la sociedad. En efecto, si se priva al domingo de su sentido originario y no es posible darle un espacio adecuado para la oración, el descanso, la comunión y la alegría, puede suceder que «el hombre quede cerrado en un horizonte tan restringido que no le permite ya ver el “cielo”». Entonces, aunque vestido de fiesta, interiormente es incapaz de “hacer fiesta”».¹³⁹ Y sin la dimensión de la fiesta, la esperanza no encontraría un hogar donde vivir.

CAPÍTULO V

SERVIR AL EVANGELIO DE LA ESPERANZA

«*Conozco tu conducta: tu caridad, tu fe, tu espíritu de servicio, tu paciencia*» (Ap 21, 2)

La vía del amor

83. La palabra que el Espíritu dice a las Iglesias contiene *un juicio sobre su vida*. Éste se refiere a hechos y comportamientos. «*Conozco tu conducta*» es la introducción que, como un estribillo y con pocas variantes, aparece en las cartas dirigidas a las siete Iglesias. Cuando las obras resultan positivas, son fruto de la laboriosidad y la constancia, del saber resistir las dificultades, la tribulación y la pobreza; lo son también de la fidelidad en las persecuciones, de la caridad, la fe y el servicio. En este sentido, pueden ser entendidas como la descripción de una Iglesia que, además de anunciar y celebrar la salvación que le viene del Señor, la “vive” en lo concreto.

¹³⁸ *Propositio 14.*

¹³⁹ Carta ap. *Dies Domini* (31 mayo 1998), 4: AAS 90 (1998), 716.

Para servir al Evangelio de la esperanza, *la Iglesia que vive en Europa está llamada también a seguir el camino del amor*. Es un camino que pasa a través de la caridad evangelizadora, el esfuerzo multiforme en el servicio y la opción por una generosidad sin pausas ni límites.

I. El servicio de la caridad

En la comunión y en la solidaridad

84. Para todo ser humano, la caridad que se recibe y se da es *la experiencia originaria de la cual nace la esperanza*. «El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente».¹⁴⁰

El reto para la Iglesia en la Europa de hoy consiste, por tanto, en ayudar al hombre contemporáneo a experimentar el amor de Dios Padre y de Cristo en el Espíritu Santo, mediante el testimonio de la *caridad, que tiene en sí misma una intrínseca fuerza evangelizadora*.

En esto consiste en definitiva el «Evangelio», la buena noticia para todos los hombres: «Dios nos ha amado primero» (cf. *I Jn 4, 10.19*); Jesús nos ha amado hasta el final (cf. *Jn 13, 1*). Gracias al don del Espíritu, se ofrece a los creyentes la caridad de Dios, haciéndoles partícipes de su misma capacidad de amar: la caridad apremia en el corazón de cada discípulo y de toda la Iglesia (cf. *2 Co 5, 14*). Precisamente porque se recibe de Dios, la caridad se convierte en mandamiento para el hombre (cf. *Jn 13, 34*).

Vivir en la caridad es, pues, un *gozoso anuncio* para todos, haciendo visible el amor de Dios, que no abandona a nadie. En definitiva, significa dar al hombre desorientado razones verdaderas para seguir esperando.

85. Es vocación de la Iglesia, como «signo creíble, aunque siempre inadecuado del amor vivido, hacer que los hombres y mujeres se encuentren con el amor de Dios y de Cristo, que viene a su encuentro».¹⁴¹ La Iglesia, «signo e

¹⁴⁰ Carta enc. *Redemptor hominis* (4 marzo 1979), 10: AAS 71 (1979), 274.

¹⁴¹ II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Instrumentum laboris*, n. 72: *L'Osservatore Romano*, 6 de agosto de 1999 - Supl., pp. 15.

instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano»,¹⁴² da testimonio del amor cuando las personas, las familias y las comunidades viven intensamente el Evangelio de la caridad. En otras palabras, nuestras comunidades eclesiales están llamadas a ser verdaderas escuelas prácticas de comunión.

Por su propia naturaleza, el testimonio de la caridad ha de extenderse más allá de los confines de la comunidad eclesial, para llegar a cada ser humano, de modo que *el amor por todos los hombres fomente auténtica solidaridad en toda la vida social*. Cuando la Iglesia sirve a la caridad, hace crecer al mismo tiempo la «cultura de la solidaridad», contribuyendo así a dar nueva vida a los valores universales de la convivencia humana.

En esta perspectiva es menester *revalorizar el sentido auténtico del voluntariado cristiano*. Naciendo de la fe y siendo alimentado continuamente por ella, debe saber conjugar capacidad profesional y amor auténtico, impulsando a quienes lo practican a «elevar los sentimientos de simple filantropía a la altura de la caridad de Cristo; a reconquistar cada día, entre fatigas y cansancios, la conciencia de la dignidad de cada hombre; a salir al encuentro de las necesidades de las personas iniciando -si es preciso- nuevos caminos allí donde más urgentes son las necesidades y más escasas las atenciones y el apoyo».¹⁴³

II. Servir al hombre en la sociedad

Dar esperanza a los pobres

86. Se pide a toda la Iglesia que *dé nueva esperanza a los pobres*. Para ella, acogerlos y servirlos significa acoger y servir a Cristo (cf. *Mt 25, 40*). *El amor preferencial a los pobres* es una dimensión necesaria del ser cristiano y del servicio al Evangelio. Amarlos y mostrarles que son los predilectos de Dios, significa reconocer que las personas valen por sí mismas, cualesquiera que sean sus condiciones económicas, culturales o sociales en que se encuentren, ayudándolas a valorar sus propias capacidades.

87. Es preciso también *dejarse interpelar por el fenómeno del desempleo*, que es una grave plaga social en muchas naciones de Europa. A esto se

¹⁴² Conc. ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.

¹⁴³ Carta enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), 90; *AAS* 87 (1995), 503.

añaden, además, los problemas relacionados con los crecientes flujos migratorios. Se pide a la Iglesia hacer presente que el trabajo es un bien del cual toda la sociedad debe hacerse cargo.

Reiterando los criterios éticos que han de regir el mercado y la economía, respetando escrupulosamente el puesto central del hombre, la Iglesia no dejará de intentar el diálogo con las personas responsables, tanto en el ámbito político, como sindical y empresarial.¹⁴⁴ Este diálogo debe orientarse a la edificación de una Europa entendida como comunidad de gentes y pueblos, comunidad solidaria en la esperanza, no sometida exclusivamente a las leyes del mercado, sino decididamente preocupada por salvaguardar también la dignidad del hombre en las relaciones económicas y sociales.

88. Se ha de promover también convenientemente la *pastoral de los enfermos*. Teniendo en cuenta que la enfermedad es una situación que plantea cuestiones esenciales sobre el sentido de la vida, el cuidado de los enfermos ha de ser una de las prioridades «en una sociedad de la prosperidad y la eficiencia, en una cultura caracterizada por la idolatría del cuerpo, por la supresión del sufrimiento y el dolor y por el mito de la eterna juventud».¹⁴⁵ Para ello se ha de promover, por un lado, una adecuada presencia pastoral en los diversos lugares del dolor, por ejemplo, mediante la dedicación de los capellanes de hospitales, los miembros de asociaciones de voluntariado, las instituciones sanitarias eclesiásticas, y, por otro, el apoyo a las familias de los enfermos. Hará falta además estar al lado del personal médico y auxiliar con medios pastorales adecuados, para apoyarlo en su delicada vocación al servicio de los enfermos. En efecto, los agentes sanitarios prestan cada día en su actividad un noble servicio a la vida. A ellos se les pide que den también a los pacientes una ayuda espiritual especial, que supone el calor de un auténtico contacto humano.

89. Finalmente, no se ha de olvidar que a veces se hace un *uso indebido de los bienes de la tierra*. En efecto, al descuidar su misión de cultivar y cuidar la tierra con sabiduría y amor (cf. *Gn 2, 15*), el hombre ha devastado en muchas zonas bosques y llanuras, contaminado las aguas, hecho irrespirable el aire, alterado los sistemas hidrogeológicos y atmosféricos y desertificado grandes superficies.

¹⁴⁴ Cf. *Propositio 33*.

¹⁴⁵ *Propositio 35*.

También en este caso, servir al Evangelio de la esperanza quiere decir empeñarse de un modo nuevo en un *correcto uso de los bienes de la tierra*,¹⁴⁶ llamando la atención para que, además de tutelar los *ambientes naturales*, se defienda la calidad de la vida de las personas y se prepare a las generaciones futuras un entorno más conforme con el proyecto del Creador.

La verdad sobre el matrimonio y la familia

90. La Iglesia en Europa, en todos sus estamentos, ha de proponer con fidelidad *la verdad sobre el matrimonio y la familia*.¹⁴⁷ Es una necesidad que siente de manera apremiante, porque sabe que dicha tarea le compete por la misión evangelizadora que su Esposo y Señor le ha confiado y que hoy se plantea con especial urgencia. En efecto, son muchos los factores culturales, sociales y políticos que contribuyen a provocar una crisis cada vez más evidente de la familia. Comprometen en buena medida la verdad y dignidad de la persona humana y ponen en tela de juicio, desvirtuándola, la idea misma de familia. El valor de la indisolubilidad matrimonial se tergiversa cada vez más; se reclaman formas de reconocimiento legal de las convivencias de hecho, equiparándolas al matrimonio legítimo; no faltan proyectos para aceptar modelos de pareja en los que la diferencia sexual no se considera esencial.

En este contexto, se pide a la Iglesia que *anuncie con renovado vigor lo que el Evangelio dice sobre el matrimonio y la familia*, para comprender su sentido y su valor en el designio salvador de Dios. En particular, es preciso reafirmar dichas instituciones como provenientes de la voluntad de Dios. Hay que descubrir la verdad de la familia como íntima comunión de vida y amor,¹⁴⁸ abierta a la procreación de nuevas personas, así como su dignidad de «iglesia doméstica» y su participación en la misión de la Iglesia y en la vida de la sociedad.

91. Según los Padres sinodales, se ha de reconocer que muchas familias, en la existencia cotidiana vivida en el amor, son testigos visibles de la presencia de Jesús, que las acompaña y sustenta con el don de su Espíritu. Para apoyarlas en este camino, se debe profundizar la teología y la espiritualidad del matrimonio y de la familia; proclamar con firmeza e integridad, manifestándolo con

¹⁴⁶ Cf. *Propositio 36*.

¹⁴⁷ Cf. *Propositio 31*.

¹⁴⁸ Cf. Conc. ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 48.

ejemplos convincentes, la verdad y la belleza de la familia fundada en el matrimonio de un hombre y una mujer, entendido como unión estable y abierta al don de la vida; promover en todas las comunidades eclesiales una adecuada y orgánica pastoral familiar. Asimismo, hay que ofrecer con solicitud materna por parte de la Iglesia una ayuda a los que se encuentran en situaciones difíciles, como por ejemplo, las madres solteras, personas separadas, divorciadas o hijos abandonados. En todo caso, conviene suscitar, acompañar y sostener el justo protagonismo de las familias, individualmente o asociadas, en la Iglesia y en la sociedad, y esforzarse para que los Estados y la Unión Europea misma promuevan auténticas y adecuadas políticas familiares.¹⁴⁹

92. Se ha de prestar una atención particular a que los *jóvenes y los novios* reciban una *educación al amor*, mediante programas específicos de preparación al sacramento del Matrimonio, que les ayuden a llegar a su celebración viviendo en castidad. En su labor educativa, la Iglesia mostrará su solicitud acompañando a los recién casados después de la celebración del matrimonio.

93. Finalmente, la Iglesia ha de acercarse también, con bondad materna, a las situaciones matrimoniales en las que fácilmente puede decaer la esperanza. En particular, «ante tantas familias rotas, la Iglesia no se siente llamada a expresar un juicio severo e indiferente, sino más bien a *iluminar los diversos dramas humanos con la luz de la palabra de Dios*, acompañada por el testimonio de su misericordia. Con este espíritu, la pastoral familiar trata de aliviar también las situaciones de los *creyentes que se han divorciado y vuelto a casar civilmente*. No están excluidos de la comunidad; al contrario, están invitados a participar en su vida, recorriendo un camino de crecimiento en el espíritu de las exigencias evangélicas. La Iglesia, sin ocultarles la verdad del desorden moral objetivo en el que se hallan y de las consecuencias que derivan de él para la práctica sacramental, quiere mostrarles toda su cercanía materna».¹⁵⁰

94. Si para servir al Evangelio de la esperanza es necesario prestar una atención adecuada y prioritaria a la familia, es igualmente indudable que *las familias mismas tienen que realizar una tarea insustituible* respecto al Evangelio de la esperanza. Por eso, con confianza y afecto a todas las familias cristianas que viven en Europa, les renuevo la invitación: «¡Familias, sed lo que sois!».

¹⁴⁹ Cf. *Propositio 31*.

¹⁵⁰ *Discurso en el tercer encuentro mundial de las Familias con ocasión de su Jubileo* (14 octubre 2000), 6: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 20 octubre 2000, p. 6.

Vosotras sois la representación viva de la caridad de Dios: en efecto, tenéis la «misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa».¹⁵¹

Sois el «santuario de la vida [...]: el ámbito donde la vida, don de Dios, puede ser acogida y protegida de manera adecuada contra los múltiples ataques a que está expuesta, y puede desarrollarse según las exigencias de un auténtico crecimiento humano».¹⁵²

Sois el fundamento de la sociedad, en cuanto lugar primordial de la «humanización» de la persona y de la convivencia civil,¹⁵³ modelo para instaurar relaciones sociales vividas en el amor y la solidaridad.

¡Sed vosotras mismas testimonio creíble del Evangelio de la esperanza! Porque sois «gaudium et spes».¹⁵⁴

Servir al Evangelio de la vida

95. El envejecimiento y la disminución de la población que se advierte en muchos Países de Europa es motivo de preocupación; en efecto, la *disminución de los nacimientos* es síntoma de escasa serenidad ante el propio futuro; manifiesta claramente una falta de esperanza y es signo de la «cultura de la muerte» que invade la sociedad actual.¹⁵⁵

Junto con la disminución de la natalidad, se han de recordar otros signos que contribuyen a delinear el eclipse del valor de la vida y a desencadenar una especie de conspiración contra ella. Entre ellos se ha de mencionar con tristeza, ante todo, la difusión del *aborto*, recurriendo incluso a productos químico-farmacéuticos que permiten efectuarlo sin tener que acudir al médico y eludir cualquier forma de responsabilidad social; ello es favorecido por la existencia en muchos Estados del Continente de legislaciones permisivas de un acto que

¹⁵¹ Exhort. ap. *Familiaris consortio*, sobre la misión de la familia en el mundo actual (22 noviembre 1981), 17: AAS 74 (1982), 99-100.

¹⁵² Carta enc. *Centesimus annus* (1 mayo 1991), 39: AAS 83 (1991), 842.

¹⁵³ Cf. Exhort. ap. postsinodal *Christifideles laici* (30 diciembre 1988), 40: AAS 81 (1989), 469.

¹⁵⁴ Cf. *Discurso en el Primer Encuentro Mundial con las Familias* (8 octubre 1994), 7: AAS 87 (1995), 587.

¹⁵⁵ Cf. *Propositio* 32.

es siempre un «crimen nefando»¹⁵⁶ y un grave desorden moral. Tampoco se pueden olvidar los atentados perpetrados por la «intervención sobre los embriones humanos que, aun buscando fines en sí mismos legítimos, comportan inevitablemente su destrucción», o mediante el uso incorrecto de técnicas diagnósticas prenatales puestas al servicio no de terapias a veces posibles sino «de una mentalidad eugenésica, que acepta el aborto selectivo».¹⁵⁷

Se ha de citar también la tendencia, detectada en algunas partes de Europa, a creer que se puede permitir poner conscientemente punto final a la propia vida o a la de otro ser humano: de aquí la difusión de la *eutanasia*, encubierta o abiertamente practicada, para la cual no faltan peticiones y tristes ejemplos de legalización.

96. Ante este estado de cosas, es necesario «servir al Evangelio de la vida» incluso mediante una «movilización general de las conciencias y un común esfuerzo ético, para poner en práctica una gran estrategia en favor de la vida».¹⁵⁸ Éste es un gran reto que se debe afrontar con responsabilidad, convencidos de que «el futuro de la civilización europea depende en gran parte de la decidida defensa y promoción de los valores de la vida, núcleo de su patrimonio cultural»;¹⁵⁹ se trata, pues, de devolver a Europa su verdadera dignidad, que consiste en ser un lugar donde cada persona ve afirmada su incomparable dignidad.

Hago mías, pues, estas palabras de los Padres sinodales: «El Sínodo de los Obispos europeos anima a las comunidades cristianas a ser evangelizadoras de la vida. Anima a los matrimonios y familias cristianas a ayudarse mutuamente a ser fieles a su misión de colaboradores de Dios en la procreación y educación de nuevas criaturas; aprecia todo intento de reaccionar al egoísmo en el ámbito de la transmisión de la vida, fomentado por falsos modelos de seguridad y felicidad; pide a los Estados y a la Unión Europea que actúen políticas clarividentes que promuevan las condiciones concretas de vivienda, trabajo y servicios sociales, idóneas para favorecer la constitución de la familia, la realización de la vocación a la maternidad y a la paternidad, y, además, aseguren a la Europa de hoy el recurso más precioso: los europeos del mañana».¹⁶⁰

¹⁵⁶ Conc. ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 51.

¹⁵⁷ Carta enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), 63: AAS 87 (1995), 473.

¹⁵⁸ *Ibid.*, 95, *l.c.*, 509.

¹⁵⁹ *Discurso al nuevo Embajador de Noruega ante la Santa Sede* (25 marzo 1995): *Insegnamenti* XVIII/1 (1995), 857.

¹⁶⁰ *Propositio* 32.

Construir una ciudad digna del hombre

97. La caridad diligente nos apremia a anticipar el Reino futuro. Por eso mismo colabora en la promoción de los auténticos valores que son la base de una civilización digna del hombre. En efecto, como recuerda el Concilio Vaticano II, «los cristianos, en su peregrinación hacia la ciudad celeste, deben buscar y gustar las cosas de arriba; esto no disminuye nada, sino que más bien aumenta, la importancia de su tarea de trabajar juntamente con todos los hombres en la edificación de un mundo más humano».¹⁶¹ La espera de los cielos nuevos y de la tierra nueva, en vez de alejarnos de la historia, intensifica la solicitud por la realidad presente, donde ya ahora crece una novedad, que es germen y figura del mundo que vendrá.

Animados por estas certezas de fe, *esforcémonos en construir una ciudad digna del hombre*. Aunque no sea posible establecer en la historia un orden social perfecto, sabemos sin embargo que cada esfuerzo sincero por construir un mundo mejor cuenta con la bendición de Dios, y que cada semilla de justicia y amor plantado en el tiempo presente florece para la eternidad.

98. La *Doctrina Social de la Iglesia tiene una función inspiradora* en la construcción de una ciudad digna del hombre. En efecto, con ella la Iglesia plantea al Continente europeo la cuestión de la calidad moral de su civilización. Tiene origen, por una parte, en el encuentro del mensaje bíblico con la razón y, por otra, con los problemas y las situaciones que afectan a la vida del hombre y la sociedad. Con el conjunto de los principios que ofrece, dicha doctrina contribuye a poner bases sólidas para una convivencia en la justicia, la verdad, la libertad y la solidaridad. Orientada a defender y promover la dignidad de la persona, fundamento no sólo de la vida económica y política, sino también de la justicia social y de la paz, se muestra capaz de dar soporte a los pilares maestros del futuro del Continente.¹⁶² En esta misma doctrina se encuentran las bases para poder defender la estructura moral de la libertad, de manera que se proteja la cultura y la sociedad europea tanto de la utopía totalitaria de una «justicia sin libertad», como de una «libertad sin verdad», que comporta un falso concepto de «tolerancia», precursoras ambas de errores y horrores para la humanidad, como muestra tristemente la historia reciente de Europa misma.¹⁶³

¹⁶¹ Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 57.

¹⁶² Cf. *Propositio 28*; I Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Declaración final* (13 diciembre 1991), 2: *Ench. Vat.* 10, nn. 659-669.

¹⁶³ Cf. *Propositio 23*.

99. La Doctrina Social de la Iglesia, por su relación intrínseca con la dignidad de la persona, está formulada para ser entendida también por los que no pertenecen a la comunidad de los creyentes. Es urgente, pues, difundir su conocimiento y estudio, superando la ignorancia que se tiene de ella incluso entre los cristianos. Lo exige la nueva Europa en vías de construcción, necesitada de personas educadas según estos valores y dispuestas a trabajar con ahínco en la realización del bien común. Es necesaria la presencia de laicos cristianos que, en las diversas responsabilidades de la vida civil, de la economía, la cultura, la salud, la educación y la política, trabajen para infundir en ellas los valores del Reino.¹⁶⁴

Hacia una cultura de la acogida

100. Entre los retos que tiene hoy el servicio al Evangelio de la esperanza se debe incluir el creciente fenómeno de la *inmigración*, que llama en causa la capacidad de la Iglesia para acoger a toda persona, cualquiera que sea su pueblo o nación de pertenencia. Estimula también a toda la sociedad europea y sus instituciones a buscar un orden justo y modos de convivencia respetuosos de todos y de la legalidad, en un proceso de posible integración.

Teniendo en cuenta el estado de miseria, de subdesarrollo o también de insuficiente libertad, que por desgracia caracteriza aún a diversos Países y son algunas de las causas que impulsan a muchos a dejar su propia tierra, es preciso un compromiso valiente por parte de todos para *realizar un orden económico internacional más justo*, capaz de promover el auténtico desarrollo de todos los pueblos y de todos los Países.

101. Ante el fenómeno de la inmigración, se plantea en Europa la cuestión de su capacidad para encontrar formas de *acogida y hospitalidad* inteligentes. Lo exige la visión «universal» del bien común: hace falta ampliar las perspectivas hasta abarcar las exigencias de toda la familia humana. El fenómeno mismo de la globalización reclama apertura y participación, si no quiere ser origen de exclusión y marginación sino más bien de participación solidaria de todos en la producción e intercambio de bienes.

Todos han de colaborar en el crecimiento de una *cultura madura de la acogida* que, teniendo en cuenta la igual dignidad de cada persona y la obligada

¹⁶⁴ Cf. *Propositio 28.*

solidaridad con los más débiles, exige que *se reconozca a todo migrante los derechos fundamentales*. A las autoridades públicas corresponde la responsabilidad de ejercer el control de los flujos migratorios considerando las exigencias del bien común. La acogida debe realizarse siempre respetando las leyes y, por tanto, armonizarse, cuando fuere necesario, con la firme *represión de los abusos*.

102. También es necesario tratar de individuar posibles formas de *auténtica integración* de los inmigrados acogidos legítimamente en el tejido social y cultural de las diversas naciones europeas.

Esto exige que no se ceda a la indiferencia sobre los valores humanos universales y que se salvaguarde el propio patrimonio cultural de cada nación. Una convivencia pacífica y un intercambio de la propia riqueza interior harán posible la edificación de una Europa que sepa ser casa común, en la que cada uno sea acogido, nadie se vea discriminado y todos sean tratados, y vivan responsablemente, como miembros de una sola gran familia.

103. Por su parte, la Iglesia está llamada a «continuar su actividad, creando y mejorando cada vez más *sus servicios de acogida y su atención pastoral* con los inmigrados y refugiados»,¹⁶⁵ para que se respeten su dignidad y libertad, y se favorezca su integración.

En particular, no se debe olvidar una *atención pastoral específica a la integración de los inmigrantes católicos*, respetando su cultura y la peculiaridad de su tradición religiosa. Para ello se han de favorecer contactos entre las Iglesias de origen de los inmigrados y las que los acogen, con el fin de estudiar formas de ayuda que pueden prever también la presencia entre los inmigrados de presbíteros, consagrados y agentes de pastoral, adecuadamente formados, procedentes de sus países.

El servicio al Evangelio exige, además, que la Iglesia, defendiendo la causa de los oprimidos y excluidos, *pida a las autoridades políticas de los diversos Estados y a los responsables de las Instituciones europeas* que reconozcan la condición de refugiados a los que huyen del propio país de origen por estar en peligro su vida, y favorezcan el retorno a su patria; y que se creen,

¹⁶⁵ *Propositio 34.*

además, la condiciones necesarias para que se respete la dignidad de todos los inmigrados y se defiendan sus derechos fundamentales.¹⁶⁶

III. ¡Optemos por la caridad!

104. La llamada a vivir la caridad activa, dirigida por los Padres sinodales a todos los cristianos del Continente europeo,¹⁶⁷ es una síntesis lograda de un auténtico servicio al Evangelio de la esperanza. Ahora te la propongo a ti, Iglesia de Cristo que vives en Europa. Que las alegrías y esperanzas, las tristezas y angustias de los europeos de hoy, sobre todo de los pobres y de los que sufren, sean tus alegrías y esperanzas, tus tristezas y angustias, y que nada de lo genuinamente humano deje de tener eco en tu corazón. Observa a Europa y su rumbo con la simpatía de quien aprecia todo elemento positivo, pero que, al mismo tiempo, no cierra los ojos ante lo que es incoherente con el Evangelio y lo denuncia con energía.

105. Iglesia en Europa, acoge cotidianamente con renovado frescor el don de la caridad que Dios te ofrece y de la que te hace capaz. Aprende el contenido y la dimensión del amor. *Que seas la Iglesia de las bienaventuranzas*, siempre en conformidad con Cristo (cf. *Mt 5, 1-12*).

Que, libre de obstáculos y dependencias, seas pobre y amiga de los más pobres, acogedora de cada persona y atenta a toda forma, antigua o nueva, de pobreza.

Purificada constantemente por la bondad del Padre, reconoce en la actitud de Jesús, que ha defendido siempre la verdad mostrándose al mismo tiempo misericordioso con los pecadores, la norma suprema de tu actividad.

En Jesús, en cuyo nacimiento se anunció la paz (cf. *Lc 2, 14*); en Él, que con su muerte ha abatido toda enemistad (cf. *Ef 2, 14*) y nos ha dado la paz verdadera (cf. *Jn 14, 27*), hazte artífice de paz, invitando a tus hijos a que dejen purificar su corazón de cualquier hostilidad, egoísmo y partidismo, favoreciendo en toda circunstancia el diálogo y el respeto recíproco.

¹⁶⁶ Cf. Congregación para los Obispos, Instr. *Nemo est* (22 agosto 1969), 16; *AAS* 61 (1969), 621-622; *Código de Derecho Canónico*, can. 294 y 518; *Código de los Cánones de las Iglesias Orientales*, can. 280 § 1.

¹⁶⁷ Cf. II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Mensaje final*, 5: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 29 octubre 1999, p. 11.

En Jesús, justicia de Dios, nunca te canses de denunciar toda forma de injusticia. Viviendo en el mundo con los valores del Reino venidero, serás Iglesia de la caridad, darás tu contribución indispensable para edificar en Europa una civilización cada vez más digna del hombre.

CAPÍTULO VI

EL EVANGELIO DE LA ESPERANZA PARA UNA NUEVA EUROPA

«*Vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo»* (Ap 21, 2)

El Resucitado está siempre con nosotros

106. El Evangelio de la esperanza que resuena en el Apocalipsis abre el corazón a la *contemplación de la novedad realizada por Dios*: «Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva –porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya» (Ap 21, 1). Dios mismo la proclama con una palabra que explica la visión apenas descrita: «Mira que hago un mundo nuevo» (Ap 21, 5).

La novedad de Dios –plenamente comprensible sobre el fondo de las cosas viejas, llenas de lágrimas, luto, lamentos, preocupación y muerte (cf. Ap 21, 4)– consiste en salir de la condición de pecado y sus consecuencias en que se encuentra la humanidad; es el nuevo cielo y la nueva tierra, la nueva Jerusalén, en contraposición a un cielo y una tierra viejos, a un orden de cosas anticuado y a una Jerusalén decrepita, atormentada por sus rivalidades.

Para la construcción de la ciudad del hombre no es indiferente la imagen de la nueva Jerusalén que baja «del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo» (Ap 21, 2), y que se refiere directamente al misterio de la Iglesia. Es una imagen que habla de una *realidad escatológica*: va más allá de todo lo que el hombre puede hacer; es un don de Dios que se cumplirá en los últimos tiempos. Pero no es una utopía: es una *realidad ya presente*. Lo indica el verbo en presente usado por Dios –«Mira que *hago* un mundo nuevo» (Ap 21, 5)–, el cual precisa aun: «Hecho está» (Ap 21, 6). En efecto, Dios ya está actuando para renovar el mundo; la Pascua de Jesús es ya la novedad de Dios. Ella hace nacer la Iglesia, anima su existencia y renueva y transforma la historia.

107. Esta novedad empieza a tomar forma ante todo *en la comunidad cristiana*, que ya ahora «es la morada de Dios con los hombres» (*Ap* 21, 3), en cuyo seno Dios ya actúa, renovando la vida de los que se someten al soplo del Espíritu. Para el mundo la Iglesia es signo e instrumento del Reino que se hace presente ante todo en los corazones. Un reflejo de esta misma novedad se manifiesta también *en cada forma de convivencia humana animada por el Evangelio*. Se trata de una novedad que interpela a la sociedad en cada momento de la historia y en cada lugar de la tierra, y particularmente a la sociedad europea, que desde hace tantos siglos escucha el Evangelio del Reino inaugurado por Jesús.

I. La vocación espiritual de Europa

Europa promotora de los valores universales

108. La historia del Continente europeo se caracteriza por el influjo vivificante del Evangelio. «Si dirigimos la mirada a los siglos pasados, no podemos por menos de dar gracias al Señor porque el Cristianismo ha sido en nuestro Continente un factor primario de unidad entre los pueblos y las culturas, y de promoción integral del hombre y de sus derechos».¹⁶⁸

No se puede dudar de que la fe cristiana es parte, de manera radical y determinante, de los fundamentos de la cultura europea. En efecto, el cristianismo ha dado forma a Europa, acuñando en ella algunos valores fundamentales. La modernidad europea misma, que ha dado al mundo el ideal democrático y los derechos humanos, toma los propios valores de su herencia cristiana. Más que como lugar geográfico, se la puede considerar como «un *concepto predominantemente cultural e histórico*, que caracteriza una realidad nacida como Continente gracias también a la fuerza aglutinante del cristianismo, que ha sabido integrar a pueblos y culturas diferentes, y que está íntimamente vinculado a toda la cultura europea».¹⁶⁹

La Europa de hoy, en cambio, en el momento mismo en que refuerza y amplía su propia unión económica y política, parece sufrir una profunda crisis de valores. Aunque dispone de mayores medios, da la impresión de carecer de

¹⁶⁸ *Homilía durante la misa de clausura de la II Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos* (23 octubre 1999), 5: *AAS* 92 (2000), 179.

¹⁶⁹ *Propositio* 39.

impulso para construir un proyecto común y dar nuevamente razones de esperanza a sus ciudadanos.

El nuevo rostro de Europa

109. En el proceso de transformación que está viviendo, *Europa está llamada, ante todo, a reencontrar su verdadera identidad*. En efecto, aunque se haya formado como una realidad muy diversificada, ha de construir un modelo nuevo de unidad en la diversidad, comunidad de naciones reconciliada, abierta a los otros continentes e implicada en el proceso actual de globalización.

Para dar nuevo impulso a la propia historia, tiene que «reconocer y recuperar con fidelidad creativa los valores fundamentales que el cristianismo ha contribuido de manera determinante a adquirir y que pueden sintetizarse en la afirmación de la dignidad trascendente de la persona humana, del valor de la razón, de la libertad, de la democracia, del Estado de Derecho y de la distinción entre política y religión».¹⁷⁰

110. La Unión Europea sigue ampliándose. En ella están llamados a participar a corto o largo plazo todos los pueblos que comparten su misma herencia fundamental. Es de esperar que dicha expansión se haga de manera respetuosa con todos, valorando sus peculiaridades históricas y culturales, sus identidades nacionales y la riqueza de las aportaciones que vengan de los nuevos miembros, poniendo en práctica más consistentemente los principios de subsidiariedad y solidaridad.¹⁷¹ En el proceso de integración del Continente, es de importancia capital tener en cuenta que la unión no tendrá solidez si queda reducida sólo a la dimensión geográfica y económica, pues ha de consistir ante todo en una concordia sobre los valores, que se exprese en el derecho y en la vida.

Promover la solidaridad y la paz en el mundo

111. Decir “Europa” debe querer decir “apertura”. Lo exige su propia historia, a pesar de no estar exenta de experiencias y signos opuestos: «En realidad, Europa no es un territorio cerrado o aislado; se ha construido yendo,

¹⁷⁰ *Ibíd.*

¹⁷¹ Cf. *ibíd.*; *Propositio 28.*

más allá de los mares, al encuentro de otros pueblos, otras culturas y otras civilizaciones».¹⁷² Por eso debe ser un *Continente abierto y acogedor*, que siga realizando en la actual globalización no sólo formas de cooperación económica, sino también social y cultural.

Hay una exigencia a la cual el Continente debe responder positivamente para que su rostro sea verdaderamente nuevo: «Europa no puede encerrarse en sí misma. No puede ni debe desinteresarse del resto del mundo; por el contrario, debe ser plenamente consciente de que otros países y otros continentes esperan de ella iniciativas audaces, para ofrecer a los pueblos más pobres los medios para su desarrollo y su organización social, y para construir un mundo más justo y más fraternal».¹⁷³ Para realizar adecuadamente esto será necesario «una reorientación de la cooperación internacional, con vistas a una nueva cultura de la solidaridad. Pensada como germen de paz, la cooperación no puede reducirse a la ayuda y a la asistencia, menos aún buscando las ventajas del rendimiento de los recursos puestos a disposición. Por el contrario, la cooperación debe expresar un compromiso concreto y tangible de solidaridad, de modo que convierta a los pobres en protagonistas de su desarrollo y permita al mayor número posible de personas fomentar, dentro de las circunstancias económicas y políticas concretas en las que viven, la creatividad propia del ser humano, de la que depende también la riqueza de las naciones».¹⁷⁴

112. Además, Europa debe convertirse en *parte activa en la promoción y realización de una globalización “en la” solidaridad*. A ésta, como una condición, se debe añadir una especie de *globalización “de la” solidaridad* y de sus correspondientes valores de equidad, justicia y libertad, con la firme convicción de que el mercado tiene que ser «controlado oportunamente por las fuerzas sociales y por el Estado, de manera que se garantice la satisfacción de las exigencias fundamentales de toda la sociedad».¹⁷⁵

La Europa que nos ha legado la historia ha experimentado, sobre todo en el último siglo, la imposición de ideologías totalitarias y de nacionalismos

¹⁷² *Carta a los participantes en la Asamblea Plenaria del Consejo de las Conferencias episcopales de Europa* (16 octubre 2000), 7: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 27 octubre 2000, p. 2.

¹⁷³ *Ibíd.*

¹⁷⁴ *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz del año 2000* (8 diciembre 1999), 17: *AAS* 92 (2000), 367-368.

¹⁷⁵ Carta enc. *Centesimus annus* (1 mayo 1991), 35: *AAS* 83 (1991), 837.

exasperados que, ofuscando la esperanza de los hombres y los pueblos del Continente, han alimentado conflictos dentro de las naciones y entre las naciones mismas, hasta llegar a la tragedia inmensa de las dos guerras mundiales.¹⁷⁶ Las beligerancias étnicas más recientes, que han ensangrentado de nuevo el Continente europeo, han mostrado también a todos lo frágil que es la paz, la necesidad de un compromiso activo por parte de todos y que sólo puede garantizarse abriendo nuevas perspectivas de contactos, de perdón y reconciliación entre las personas, los pueblos y las naciones.

Ante este estado de cosas, Europa, con todos sus habitantes, ha de *comprometerse incansablemente a construir la paz* dentro de sus fronteras y en el mundo entero. A este respecto, se debe recordar, «de una parte, que las diferencias nacionales han de ser mantenidas y cultivadas como fundamento de la solidaridad europea y, de otra, que la propia identidad nacional no se realiza si no es en apertura con los demás pueblos y por la solidaridad con ellos».¹⁷⁷

II. La construcción europea

El papel de las Instituciones europeas

113. En el proceso de diseñar el nuevo rostro del Continente, en muchos aspectos resulta determinante el *papel de las instituciones internacionales*, vinculadas y operativas principalmente en territorio europeo, que han contribuido a marcar el curso de la historia sin embarcarse en operaciones de carácter militar. A este propósito deseo mencionar ante todo la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, que se ocupa de mantener la paz y la estabilidad, inclusive a través de la protección y promoción de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, y se ocupa también de la cooperación económica y ambiental.

Está luego el Consejo de Europa, del que forman parte los Estados que han suscrito la Convención Europea para la salvaguardia de los derechos humanos fundamentales de 1950 y la Carta social de 1961. Anexa a éste se encuentra el Tribunal europeo de los derechos del hombre. Ambas Instituciones se proponen, mediante la cooperación política, social, jurídica y cultural, así

¹⁷⁶ Cf. *Propositio 39*.

¹⁷⁷ II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Instrumentum laboris*, n. 85: *L'Osservatore Romano*, 6 de agosto de 1999 - Supl., pp. 17; cf. *Propositio 39*.

como con la promoción de los derechos humanos y la democracia, la realización de la Europa de la libertad y de la solidaridad. Finalmente, la Unión Europea, con su Parlamento, el Consejo de Ministros y la Comisión, propone un modelo de integración que se va perfeccionando con vistas a la adopción, en su día, de una Constitución fundamental común. Dicho organismo tiene el objetivo de realizar una mayor unidad política, económica y monetaria entre los Estados miembros, tanto los actuales como los que entrarán a formar parte. En su diversidad y desde la identidad específica de cada una de ellas, las Instituciones europeas mencionadas promueven la unidad del Continente y, más profundamente aún, están al servicio del hombre.¹⁷⁸

114. Junto con los Padres Sinodales, pido a las Instituciones europeas y a cada uno de los Estados de Europa¹⁷⁹ que reconozcan que *un buen ordenamiento de la sociedad debe basarse en auténticos valores éticos y civiles*, compartidos lo más posible por los ciudadanos, haciendo notar que dichos valores son patrimonio, en primer lugar, de los diversos cuerpos sociales. Es importante que las Instituciones y cada uno de los Estados reconozcan que, entre estos cuerpos sociales, están también las Iglesias, las Comunidades eclesiales y las demás organizaciones religiosas. Con mayor razón aún, cuando ya existen antes de la fundación de las naciones europeas, éstas no se pueden reducir a meras entidades privadas, sino que actúan con un peso institucional específico que merece ser tomado en seria consideración. En el desarrollo de sus tareas, las instituciones estatales y europeas han de actuar conscientes de que sus ordenamientos jurídicos serán plenamente respetuosos de la democracia en la medida en que prevean *formas de «sana cooperación»*¹⁸⁰ con las Iglesias y las organizaciones religiosas.

A luz de lo que acabo de resaltar, deseo dirigirme una vez más a los redactores del tratado constitucional europeo para que figure en él una referencia al patrimonio religioso y, especialmente, cristiano de Europa. Respetando plenamente el carácter laico de las Instituciones, espero que se reconozcan, sobre todo, tres elementos complementarios: el derecho de las Iglesias y de las comunidades religiosas a organizarse libremente, en conformidad con los propios estatutos y convicciones; el respeto de la identidad específica de las Confesiones religiosas y la previsión de un diálogo reglamentado entre la Unión Europea y

¹⁷⁸ Cf. *Discurso a la Oficina de la Presidencia del Parlamento Europeo* (5 abril 1979): *Insegnamenti*, II/1 (1979), 796-799.

¹⁷⁹ Cf. *Propositio 37*.

¹⁸⁰ Conc. ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 76.

las Confesiones mismas; el respeto del estatuto jurídico del que ya gozan las Iglesias y las instituciones religiosas en virtud de las legislaciones de los Estados miembros de la Unión.¹⁸¹

115. Las Instituciones europeas tienen como objetivo declarado la tutela de los derechos de la persona humana. Con este cometido contribuyen a construir la Europa de los valores y del derecho. Los Padres sinodales han interpelado a los responsables europeos diciendo: «Alzad la voz cuando se violen los *derechos humanos* de los individuos, de las minorías y de los pueblos, comenzando por el derecho a la libertad religiosa; reservad la mayor atención a todo lo que concierne a la *vida humana* desde su concepción hasta la muerte natural, y la *familia* fundada en el matrimonio: éstas son las bases sobre las que se apoya la casa común europea; [...] afrontad, según la justicia y la equidad, y con sentido de gran solidaridad, el fenómeno creciente de las *migraciones*, convirtiéndolas en un nuevo recurso para el futuro europeo; esforzaos para que a los jóvenes se les garantice un futuro verdaderamente humano con *el trabajo, la cultura, la educación* en los valores morales y espirituales».¹⁸²

La Iglesia para la nueva Europa

116. Europa necesita *una dimensión religiosa*. Para ser “nueva”, análogamente a lo se dice de la “ciudad nueva” del Apocalipsis (cf. 21, 2), tiene que dejarse tocar por la mano de Dios. En efecto, la esperanza de construir un mundo más justo y más digno del hombre, no puede prescindir de la convicción de que nada valdrían los esfuerzos humanos si no fueran acompañados por la ayuda divina, porque «si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los albañiles» (*Sal 127[126], 1*). Para que Europa pueda edificarse sobre bases sólidas, necesita apuntalarse sobre los valores auténticos, que tienen su fundamento en la ley moral universal, inscrita en el corazón de todo hombre. «Los cristianos no sólo pueden unirse a todos los hombres de buena voluntad para trabajar en la construcción de este gran proyecto, sino que, más aún, están invitados a ser su alma, mostrando el verdadero sentido de la organización de la ciudad terrena».¹⁸³

¹⁸¹ Cf. *Discurso al Cuerpo diplomático ante la Santa Sede* (13 enero 2003), 5: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 17 enero 2003, p. 3.

¹⁸² II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Mensaje final*, 6: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 29 octubre 1999, p. 11.

¹⁸³ *Carta a los participantes en la Asamblea Plenaria del Consejo de las Conferencias episcopales de Europa* (16 octubre 2000), 4: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 27 octubre 2000, p. 2.

La Iglesia católica, una y universal, aunque presente en la multiplicidad de las Iglesias particulares, puede ofrecer una contribución única a la edificación de una Europa abierta al mundo. En efecto, en la Iglesia católica se da un modelo de unidad esencial en la diversidad de las expresiones culturales, la conciencia de pertenecer a una comunidad universal que hunde sus raíces, pero no se agota, en las comunidades locales, el sentido de lo que une, más allá de lo que diferencia.¹⁸⁴

117. En las relaciones con los poderes públicos, la Iglesia no pide volver a formas de Estado confesional. Al mismo tiempo, deplora todo tipo de laicismo ideológico o separación hostil entre las instituciones civiles y las confesiones religiosas.

Por su parte, *en la lógica de una sana colaboración entre comunidad eclesial y sociedad política, la Iglesia católica está convencida de poder dar una contribución singular* al proyecto de unificación, ofreciendo a las instituciones europeas, en continuidad con su tradición y en coherencia con las indicaciones de su doctrina social, la aportación de comunidades creyentes que tratan de llevar a cabo el compromiso de humanizar la sociedad a partir del Evangelio, vivido bajo el signo de la esperanza. Con esta óptica, es necesaria *una presencia de cristianos*, adecuadamente formados y competentes, en las diversas instancias e Instituciones europeas, para contribuir, respetando los procedimientos democráticos correctos y mediante la confrontación de las propuestas, a delinejar una convivencia europea cada vez más respetuosa de cada hombre y cada mujer y, por tanto, conforme al bien común.

118. La Europa que se va construyendo como “unión”, impulsa también *a los cristianos hacia la unidad*, para ser verdaderos testigos de esperanza. En este contexto, se debe continuar y desarrollar el *intercambio de dones* que en la última década ha tenido significativas manifestaciones. Realizado entre comunidades con historias y tradiciones diferentes, lleva a estrechar vínculos más duraderos entre las Iglesias en los diversos países y a su enriquecimiento mutuo mediante encuentros, confrontaciones y ayudas recíprocas. En particular, se debe valorar la contribución aportada por la tradición cultural y espiritual de las Iglesias Católicas Orientales.¹⁸⁵

¹⁸⁴ Cf. I Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Declaración final* (13 diciembre 1991), 10: *Ench. Vat.* 13, n. 669.

¹⁸⁵ Cf. *Propositio 22*.

Un papel importante para el crecimiento de esta unidad puede ser desarrollado por los *organismos continentales de comunión eclesial*, que esperan tener un mayor desarrollo.¹⁸⁶ Entre éstos se ha de dar un puesto significativo al *Consejo de las Conferencias Episcopales Europeas*, el cual ha de proveer, en el ámbito del Continente, «a la promoción de una comunión cada vez más intensa entre las diócesis y las Conferencias Episcopales Nacionales, al incremento de la colaboración ecuménica entre los cristianos, a la superación de los obstáculos que constituyen una amenaza para el futuro de la paz y del progreso de los pueblos, y a la consolidación de la colegialidad afectiva y efectiva y de la “*communio*” jerárquica».¹⁸⁷ Se ha de reconocer también el servicio de la *Comisión de los Episcopados de la Comunidad Europea* que, siguiendo el proceso de consolidación y ampliación de la Unión Europea, favorece la información mutua y coordina las iniciativas pastorales de las Iglesias europeas implicadas.

119. La consolidación de la unión en el seno del Continente europeo estimula a los cristianos a cooperar en el proceso de integración y reconciliación mediante un diálogo teológico, espiritual, ético y social.¹⁸⁸ En efecto, en la Europa «que está en camino hacia la unidad política ¿podemos admitir que precisamente la Iglesia de Cristo sea un factor de desunión y de discordia? ¿No sería éste uno de los mayores escándalos de nuestro tiempo?».¹⁸⁹

Desde el Evangelio un nuevo impulso para Europa

120. Europa necesita un salto cualitativo en la *toma de conciencia de su herencia espiritual*. Este impulso sólo puede darlo desde una nueva escucha del Evangelio de Cristo. Corresponde a todos los cristianos comprometerse en satisfacer este hambre y sed de vida.

Por eso, «la Iglesia siente el deber de renovar con vigor el mensaje de esperanza que Dios le ha confiado» y reitera a Europa: «“El Señor, tu Dios, está en medio de ti como poderoso salvador” (*So 3, 17*). Su invitación a la esperanza no se basa en una ideología utópica [...]. Por el contrario, es el imperecedero

¹⁸⁶ Cf. *ibíd.*

¹⁸⁷ *Discurso a los Presidentes de las Conferencias Episcopales Europeas* (16 abril 1993), 5: *AAS* 86 (1994), 229.

¹⁸⁸ Cf. *Propositio* 39d.

¹⁸⁹ *Homilía durante la celebración ecuménica con ocasión del Sínodo para Europa* (7 diciembre 1991), 6: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 13 diciembre 1991, p. 18.

mensaje de salvación proclamado por Cristo [...] (cf. *Mc 1, 15*). Con la autoridad que le viene de su Señor, la Iglesia repite a la Europa de hoy: Europa del tercer milenio, que “no desfallezcan tus manos” (*So 3, 16*), no cedas al desaliento, no te resignes a modos de pensar y vivir que no tienen futuro, porque no se basan en la sólida certeza de la Palabra de Dios».¹⁹⁰

Renovando esta invitación a la esperanza, también hoy te repito, *Europa*, que estás comenzando el tercer milenio, «*vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces*». ¹⁹¹ A lo largo de los siglos has recibido el tesoro de la fe cristiana. Ésta fundamenta tu vida social sobre los principios tomados del Evangelio y su impronta se percibe en el arte, la literatura, el pensamiento y la cultura de tus naciones. Pero esta herencia no pertenece solamente al pasado; es un proyecto para el porvenir que se ha de transmitir a las generaciones futuras, puesto que es el cuño de la vida de las personas y los pueblos que han forjado juntos el Continente europeo.

121. *¡No temas! El Evangelio no está contra ti, sino en tu favor.* Lo confirma el hecho de que la inspiración cristiana puede transformar la integración política, cultural y económica en una convivencia en la cual todos los europeos se sientan en su propia casa y formen una familia de naciones, en la que otras regiones del mundo pueden inspirarse con provecho.

¡Ten confianza! En el Evangelio, que es Jesús, encontrarás la esperanza firme y duradera a la que aspiras. Es una esperanza fundada en la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte. Él ha querido que esta victoria sea para tu salvación y tu gozo.

¡Ten seguridad! ¡El Evangelio de la esperanza no defrauda! En las vicisitudes de tu historia de ayer y de hoy, es luz que ilumina y orienta tu camino; es fuerza que te sustenta en las pruebas; es profecía de un mundo nuevo; es indicación de un nuevo comienzo; es invitación a todos, creyentes o no, a trazar caminos siempre nuevos que desemboquen en la «Europa del espíritu», para convertirla en una verdadera «casa común» donde se viva con alegría.

¹⁹⁰ *Homilía durante la apertura de la II Asamblea Especial para Europa del Sínodo de los Obispos* (1 octubre 1999), 3: *AAS* 92 (2000), 174-175.

¹⁹¹ *Discurso a las Autoridades europeas y los Presidentes de las Conferencias episcopales de Europa* (Santiago de Compostela, 9 noviembre 1982), 4: *AAS* 75 (1983), 330.

CONCLUSIÓN

CONSAGRACIÓN A MARÍA

«*Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer, vestida del sol*» (Ap 12, 1)

La mujer, el dragón y el niño

122. El proceso histórico de la Iglesia va acompañado por «signos» que están a la vista de todos, pero que necesitan una interpretación. Entre ellos, el Apocalipsis pone «una gran señal» aparecida en el cielo, que habla de la *lucha entre la mujer y el dragón*.

La *mujer* vestida de sol que está para dar a luz entre los dolores del parto (cf. Ap 12, 1-2), puede ser considerada como el Israel de los profetas que engendra al Mesías «que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro» (Ap 12, 5; cf. Sal 2, 9). Pero es también la Iglesia, pueblo de la nueva Alianza, a merced de la persecución y, sin embargo, protegida por Dios. El *dragón* es «la Serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero» (Ap 12, 9). La *lucha* es desigual: parece tener ventaja el dragón, por su arrogancia ante la mujer inerme y dolorida. En realidad, quien resulta *vencedor es el hijo que la mujer da a luz*. En esta contienda hay una certeza: el gran dragón ya ha sido derrotado, «fue arrojado a la tierra y sus Ángeles fueron arrojados con él» (Ap 12, 9). Lo han vencido Cristo, Dios hecho hombre, con su muerte y resurrección, y los mártires «gracias a la sangre del Cordero y a la palabra de testimonio que dieron, porque despreciaron su vida ante la muerte» (Ap 12, 11). Y, aunque el dragón continúe su lucha, no hay que temer porque ya ha sido derrotado.

123. Ésta es la certeza que anima a la Iglesia en su camino, mientras en la mujer y en el dragón reconoce su historia de siempre. La mujer que da a luz al hijo varón nos recuerda también a la *Virgen María*, sobre todo en el momento en que, traspasada por el dolor a los pies de la Cruz, engendra de nuevo al Hijo como vencedor del príncipe de este mundo. Es confiada a Juan y éste, a su vez, confiado a Ella (cf. Jn 19, 26- 27), convirtiéndose así en Madre de la Iglesia. Merced al vínculo especial que une a María con la Iglesia y a la Iglesia con María, se aclara mejor el misterio de la mujer: «Pues María, presente en la Iglesia como madre del Redentor, participa maternalmente en aquella “dura batalla contra

el poder de las tinieblas” que se desarrolla a lo largo de toda la historia humana. Y por esta identificación suya eclesial con la “mujer vestida de sol” (*Ap* 12, 1), se puede afirmar que “la Iglesia en la beatísima Virgen ya llegó a la perfección, por la que se presenta sin mancha ni arruga”».¹⁹²

124. Por tanto, toda la Iglesia *dirige su mirada a María*. Gracias a la gran multitud de santuarios marianos diseminados por todas las naciones del Continente, la devoción a María es muy viva y extendida entre los pueblos europeos.

Iglesia en Europa, continua, pues, contemplando a María y reconoce que ella está «maternalmente presente y partícipe en los múltiples y complejos problemas que acompañan hoy la vida de los individuos, de las familias y de las naciones», y que es auxiliadora del «pueblo cristiano en la lucha incesante entre el bien y el mal, para que “no caiga” o, si cae, “se levante”».¹⁹³

Oración a María, madre de la esperanza

125. En esta contemplación, animada por auténtico amor, María se nos presenta como figura de la Iglesia que, alentada por la esperanza, reconoce la acción salvadora y misericordiosa de Dios, a cuya luz comprende el propio camino y toda la historia. Ella nos ayuda a interpretar también hoy nuestras vicisitudes bajo la guía de su Hijo Jesús. Criatura nueva plasmada por el Espíritu Santo, *María hace crecer en nosotros la virtud de la esperanza*.

A ella, Madre de la esperanza y del consuelo, *dirigimos confiadamente nuestra oración*: pongamos en sus manos el futuro de la Iglesia en Europa y de todas las mujeres y hombres de este Continente:

María, Madre de la esperanza,
¡camina con nosotros!
Enséñanos a proclamar al Dios vivo;
ayúdanos a dar testimonio de Jesús,
el único Salvador;
haznos serviciales con el prójimo,

¹⁹² Carta enc. *Redemptoris Mater* (25 marzo 1987), 47: *AAS* 79 (1987), 426.

¹⁹³ *ibid.*, 52: *l.c.*, 432; cf. *Propositio* 40.

acogedores de los pobres, artífices de justicia,
constructores apasionados
de un mundo más justo;
intercede por nosotros que actuamos
en la historia
convencidos de que el designio
del Padre se cumplirá.
Aurora de un mundo nuevo,
¡muéstrate Madre de la esperanza
y vela por nosotros!
Vela por la Iglesia en Europa:
que sea trascendencia del Evangelio;
que sea auténtico lugar de comunión;
que viva su misión
de anunciar, celebrar y servir
el Evangelio de la esperanza
para la paz y la alegría de todos.
Reina de la Paz,
¡protege la humanidad del tercer milenio!
Vela por todos los cristianos:
que prosigan confiados por la vía de la unidad,
como fermento
para la concordia del Continente.
Vela por los jóvenes,
esperanza del mañana:
que respondan generosamente
a la llamada de Jesús;
Vela por los responsables de las naciones:
que se empeñen en construir una casa común,
en la que se respeten la dignidad
y los derechos de todos.
María, ¡danos a Jesús!
¡Haz que lo sigamos y amemos!
Él es la esperanza de la Iglesia,
de Europa y de la humanidad.
Él vive con nosotros,
entre nosotros, en su Iglesia.
Contigo decimos

«Ven, Señor Jesús» (Ap 22,20):
Que la esperanza de la gloria
infundida por Él en nuestros corazones
dé frutos de justicia y de paz.

*Roma, en San Pedro, 28 de junio de 2003, Vigilia de la Solemnidad de
San Pedro y San Pablo, vigésimo quinto de Pontificado.*

JOANNES PAULUS PP. II

MENSAJE PARA LA 37^a JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

Los medios de comunicación social al servicio
de la auténtica paz a la luz de la “*Pacem in terris*”

1 de Junio de 2003

Queridos hermanos y hermanas:

1. La Encíclica *Pacem in terris* del Beato Papa Juan XXIII llegó como un faro de esperanza para los hombres y mujeres de buena voluntad en los oscuros días de la Guerra Fría. Al afirmar que la auténtica paz requiere “guardar íntegramente el orden establecido por Dios.” (*Pacem in terris*, 1), el Santo Padre señaló *la verdad, la justicia, la caridad y la libertad* como los pilares de una sociedad pacífica (*ibid.*, 37).

El creciente poder que adquirían los modernos medios de comunicación social fue parte importante del trasfondo de la Encíclica. El Papa Juan XXIII tenía muy en cuenta esos medios cuando llamaba a la “serena objetividad” en el uso de los “medios de información que la técnica ha introducido” y que “tanto sirven para fomentar y extender el mutuo conocimiento de los pueblos”; él desacreditaba “los sistemas de información que, violando los preceptos de la verdad y la justicia, hieren la fama de cualquier país” (*ibid.*, 90).

2. Hoy, mientras recordamos el cuadragésimo aniversario de *Pacem in terris*, la división de los pueblos en bloques contrapuestos es casi sólo un recuerdo doloroso, pero todavía la paz, la justicia y la estabilidad social están ausentes en muchas partes del mundo. El terrorismo, el conflicto en Medio Oriente y otras regiones, las amenazas y contra-amenazas, la injusticia, la explotación y las violaciones a la dignidad y la santidad de la vida humana, tanto antes como después del nacimiento, son realidades que causan consternación en nuestros días.

Mientras tanto ha crecido enormemente el poder de los medios para moldear las relaciones humanas e influenciar la vida política y social, tanto para el bien como para el mal. De aquí la permanente actualidad del tema elegido para la trigésima séptima Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales: “Los medios de comunicación al servicio de la auténtica paz, a la luz de la *Pacem in terris*”. El mundo de los medios tiene todavía mucho que aprender del mensaje del Beato Papa Juan XXIII.

3. *Los Medios y la verdad.* La exigencia moral fundamental de toda comunicación es el respeto y el servicio a la verdad. La libertad de buscar y decir la verdad es un elemento esencial de la comunicación humana, no sólo en relación con los hechos y la información, sino también y especialmente sobre la naturaleza y destino de la persona humana, respecto a la sociedad y el bien común, respecto a nuestra relación con Dios. Los medios masivos tienen una irrenunciable responsabilidad en este sentido, pues constituyen la escena donde hoy en día se intercambian las ideas y donde los pueblos pueden crecer en el conocimiento mutuo y la solidaridad. Es por eso que el Papa Juan XXIII defendió el derecho a “buscar la verdad libremente y, dentro de los límites del orden moral y el bien común, manifestar y difundir las propias opiniones”, todo ello como condición necesaria para la paz social (*Pacem in terris*, 12).

De hecho, con frecuencia los medios prestan un valiente servicio a la verdad; pero a veces funcionan como agentes de propaganda y desinformación al servicio de intereses estrechos o de prejuicios de naturaleza nacional, étnica, racial o religiosa, de avidez material o de falsas ideologías de tendencias diversas. Ante las presiones que empujan a la prensa a tales errores, es imprescindible una resistencia ante todo por parte de los propios hombres y mujeres de los medios, pero también de la Iglesia y otros grupos responsables.

4. *Los Medios y la justicia.* El Beato Papa Juan XXIII tuvo palabras elocuentes en la *Pacem in terris* sobre el bien común universal -“el bien universal, es decir, el que afecta a toda la familia humana” (nº 132)- en el que cada individuo y todos los pueblos tienen el derecho de compartirlo.

La proyección global de los medios comporta especiales responsabilidades en este aspecto. Si bien es cierto que los medios suelen pertenecer a grupos con intereses propios, privados y públicos, la naturaleza intrínseca de su impacto en la vida requiere que no favorezcan la división entre los grupos - por ejemplo en el nombre de la lucha de clases, del nacionalismo exacerbado, de la supremacía racial, la limpieza étnica u otros similares-. Enfrentar a unos contra otros en nombre de la religión es un error particularmente grave contra la verdad y la justicia, como lo es el tratamiento discriminador de las creencias religiosas, pues éstas pertenecen al espacio más profundo de la dignidad y libertad personal.

Cuando realizan una crónica cuidadosa de los hechos, explicando bien los temas y presentando honradamente los diversos puntos de vista, los medios cumplen su grave deber de impulsar la justicia y la solidaridad en las relaciones humanas a todos los niveles de la sociedad. Esto no significa quitar importancia a las injusticias y divisiones, sino ir a sus raíces para que puedan ser comprendidas y sanadas.

5. *Los medios y la libertad.* La libertad es una condición previa de la verdadera paz, así como uno de sus más preciosos frutos. Los medios sirven a la libertad sirviendo a la verdad, y por el contrario, obstruyen la libertad en la medida en que se alejan de la verdad y difunden falsedades o crean un clima de reacciones emotivas incontroladas ante los hechos. Sólo cuando la sociedad tiene libre acceso a una información veraz y suficiente, puede dedicarse a buscar el bien común y respaldar una responsable autoridad pública.

Si los medios están para servir a la libertad, ellos mismos deben ser libres y usar correctamente esa libertad. Su situación privilegiada les obliga a estar por encima de las meras preocupaciones comerciales y servir a las verdaderas necesidades e intereses de la sociedad. Si bien existen normativas públicas sobre los medios, adecuadas a la defensa del bien común, a veces el control gubernamental no lo es. En particular los reporteros y comentaristas tienen el grave deber de seguir las indicaciones de su conciencia moral y resistir a las

presiones que les empujan a “adaptar” la verdad para satisfacer las exigencias de los poderes económicos o políticos.

En concreto es necesario, no sólo encontrar el modo de garantizar a los sectores más débiles de la sociedad el acceso a la información que necesitan, sino también asegurar que no sean excluidos de un papel efectivo y responsable en la toma de decisiones sobre los contenidos de los medios, y en la determinación de las estructuras y líneas de conducta de las comunicaciones sociales.

6. Los medios y el amor. “La ira del hombre nunca realiza la justicia de Dios” (Santiago 1,20). En el clímax de la Guerra Fría, el Beato Papa Juan XXIII expresó un pensamiento que aunaba la sencillez con una gran profundidad sobre lo que comportaba el camino de la paz: “Es necesario que la norma suprema que hoy se sigue para mantener la paz sea sustituida por otra completamente distinta, en virtud de la cual se reconozca que una paz internacional verdadera y constante no puede apoyarse en el equilibrio de las fuerzas militares, sino únicamente en la confianza recíproca” (*Pacem in terris*, 113).

Los medios de comunicación son actores clave en el mundo actual, y tienen un papel inmenso que realizar para construir aquella confianza. Su poder es tal, que en poco tiempo pueden suscitar una reacción pública positiva o negativa hacia los eventos, según sus intereses. El público sensato se dará cuenta de que un poder tan enorme requiere los más altos niveles de compromiso con la verdad y el bien. En este sentido los hombres y mujeres de los medios están especialmente obligados a contribuir a la paz en todas las partes del mundo derribando las barreras de la desconfianza, impulsando la reflexión sobre el punto de vista de los otros, y esforzándose siempre por aunar a los pueblos y las naciones en un entendimiento y respeto mutuo; y más allá de la comprensión y el respeto, ¡en la reconciliación y la misericordia!. “Allá donde dominan el odio y la sed de venganza, allá donde la guerra lleva sufrimiento y muerte de los inocentes, es necesaria la gracia de la misericordia para apaciguar las mentes y los corazones y construir la paz” (*Homilía en el Santuario de la Divina Misericordia en Cracovia-Lagiewiniki*, 17 de agosto 2002, nº 5).

Aunque todo esto parezca un enorme desafío, de ningún modo es pedir demasiado a los hombres y mujeres de los medios. Tanto por vocación como por profesión, están llamados a ser agentes de paz, de justicia, de libertad y de amor, contribuyendo con su importante labor a un orden social “basado en la

verdad, establecido de acuerdo con las normas de la justicia, sustentado y hendido por la caridad, y realizado bajo los auspicios de la libertad" (*Pacem in terris*, 167). Por ello mi oración en esta Jornada Mundial de las Comunicaciones sociales se eleva para que los hombres y las mujeres de los medios asuman más que nunca el desafío de su vocación: servir al bien común universal. De ello dependen, en gran medida, su realización personal y la paz y felicidad del mundo. Que Dios los bendiga, les ilumine y les fortalezca.

Desde el Vaticano, 24 de enero de 2003, Fiesta de San Francisco de Sales.

Joannes Paulus II

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.
2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.
3. En cada suscripción se incluye para el sacerdote celebrante una hoja con moniciones para cada domingo y observaciones de pastoral litúrgica para los diferentes tiempos y celebraciones especiales.
4. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 25 ejemplares semanales (1.300 ejemplares año).
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Hasta 25 ejemplares se mandan por Correos.
Desde 50-75-100-150-200 etc. ejemplares los lleva un repartidor.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción de 25 a 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
El pago se efectúa cuando se han enviado ya los ejemplares del **primer semestre**.
- **DATOS ORIENTATIVOS:** 25 ejemplares año . . . 133 Euros (mes 11,08 Euros)
50 ejemplares año . . . 266 Euros (mes 22,17 Euros)
100 ejemplares año . . . 500 Euros (mes 41,67 Euros)
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27
28071 Madrid

